

Concurso Literario Autobiográfico
Confieso que he vivido

Sexta Edición



Primera Mención Honrosa

Región de Arica y Parinacota

María Verónica Pradenas Bastías (62)
¡Mi amiga Sole!

Región de Tarapacá

Isabel Honorina Rosales Morón (64)
Mauque, la parodia de una escuela

Región de Atacama

Jorge Enrique Zenteno Vásquez (65)
Matilde

Región de Coquimbo

Doris Nieto Robles (84)
Pensando en voz alta, en medio de la noche

Región de Valparaíso

Octavio Sandoval Gessler (94)
Confieso que he sido un hombre feliz

Región del Maule

Roberto Avendaño Rojas (83)
El auto de mi tío

Región de Los Ríos

Maria Nela Acuña Monge (69)
Calles triangulares

Región de Los Lagos

Lady Cárdenas Cárcamo (72)
La Lady Güaiteca

Región de Antofagasta

Jorge Ruz Laferte (76)
El Girasol (O la teoría del caos)

Región Metropolitana

Lillian María Maturana Cáceres (77)
Golpecitos y tirones
Guacolda León Díaz (76)
Rosas para papá

Región de O'Higgins

Ana Rosa Bravo Muñoz (74)
Adiós Martita querida

Región de Ñuble

Gladys Sepúlveda Sandoval (76)
Un invasor inesperado

Región del Biobío

Carlos Latorre Gutiérrez (75)
Nuestra cuarentena

Región de La Araucanía

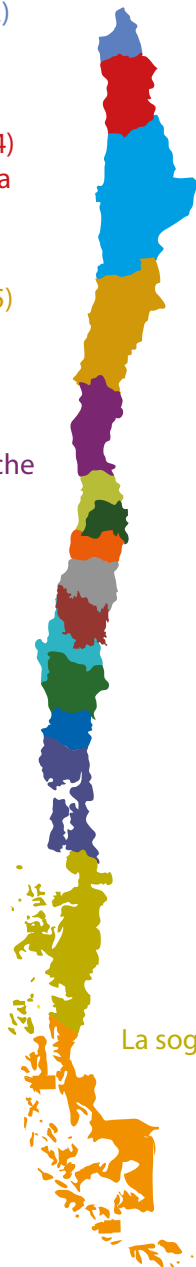
Mario Cofré Varas (70)
La Odisea del Sandalión

Región de Aysén

Armando Provoste Jara (69)
La sogu fue la respuesta al calvario de un patagón

Región de Magallanes

Mirra Doris Velásquez Ojeda (73)
Autorretrato



Internacional: España
Ramón Llanes Domínguez (71)
Semblanza de los días azules

Segunda Mención Honrosa

Región de Arica y Parinacota

María Ester Vildoso Ramos (67)
Jari churi (Hijo hombre)

Región de Atacama

Oswaldo Oyarce Barraza (67)
Mi padre y yo, secreto de un verano de
pesca

Región de Coquimbo

Héctor Leonardo Astudillo G. (67)
Un amigo inolvidable

Región Metropolitana

Benicio Núñez Rojas (69)
Rumbo al puerto
Francisco Javier Arias Valdés (65)
La llama de la vida

Región del Maule

Carlos Montero (84)
El animita milagrosa de Colbún

Región de Los Ríos

Laura Emilia Fredericksen S. (72)
Mi vida frente al mar

Región de Los Lagos

Ide del Rosario Vargas G. (67)
Camino de recuerdos

Región de Tarapacá

Purísima Del Carmen Vásquez G. (71)
La rosa fucsia

Región de Antofagasta

Gustavo Alex Tapia Araya (68)
El Nobel

Región de Valparaíso

Juvenal Benito Saldivia A. (74)
El día que a la Perla del Sur se le movió el
piso y yo corría con un fantasma

Región de O'Higgins

Luis Arturo Ibarra González (70)
El colectivo de los piojos

Región de Ñuble

Ivón Vásquez Yáñez (68)
Mi amiga Laura

Región del Biobío

Silvia Pérez Garcés (73)
Autobiografía Silvia Pérez. Organi-
zación/Preparación=Logro

Región de La Araucanía

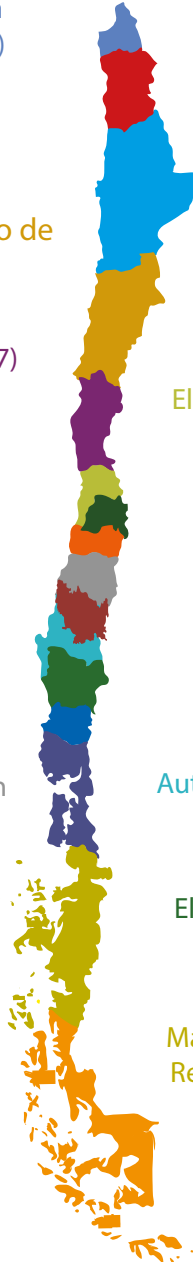
Elia Marina Escobar Castro (71)
La gitana

Región de Aysén

Mario Moreno Opazo (75)
Reencuentro en la niebla

Región de Magallanes

Abel Alfredo Ruiz Pacheco (75)
Fidelidades



Internacional: Colombia
Joaquín Suárez Espinosa (69)
El final de una vida

Concurso Literario Autobiográfico
Confieso que he vivido

Sexta Edición

El Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA), presenta:

Concurso Literario Autobiográfico
Confieso que he vivido, sexta edición.

Publicado con financiamiento del programa
Envejecimiento Activo de SENAMA.

Noviembre 2020

Edición:
Unidad de Comunicaciones
Unidad de Fomento a la Participación
SENAMA

Diseño e impresión:
Feyser Ltda.

PRESENTACIÓN

Karla Rubilar Barahona, Ministra de Desarrollo Social y Familia 5

Octavio Vergara Andueza, Director Servicio Nacional del Adulto Mayor 6

PRIMEROS LUGARES

| | |
|--|-----|
| Un encuentro especial - Punta Arenas | 9 |
| Donde manda capitán - Arica | 13 |
| ¿Dónde está todo? - Iquique | 25 |
| Sanando el alma, de la niña que fui - Antofagasta | 29 |
| El enamorado Maluenda - Copiapó | 39 |
| Confieso que he vivido - La Serena | 45 |
| Amor anacrónico - Villa Alemana | 65 |
| Academia de modas - Rancagua | 71 |
| La casa de reposo - San Clemente | 79 |
| Metamorfosis de un recuerdo de infancia - Chillán | 85 |
| Del campo a la ciudad - San Pedro de la Paz | 89 |
| Extraño viaje hacia el abismo - Temuco | 105 |
| Encierro 2020 - Valdivia | 111 |
| Remembranzas - San Pablo | 117 |
| Oro o plata - Chile Chico | 132 |
| Manuel - Las Condes | 136 |
| Reminicuentos - Argentina | 155 |
| Mención Inclusiva: Toda una vida, en lengua de señas - Lo Padro | 169 |

CONCURSO LITERARIO AUTOBIOGRÁFICO CONFIESO QUE HE VIVIDO

PRESENTACIÓN

En estas páginas, usted, querido lector, encontrará pura magia. Será transportado a otras épocas y lugares pero, por sobre todo, se pondrá en los zapatos de quienes han vivido estas historias. En este libro, las personas mayores nos sorprenden con un trocito de sí y nos da profundo orgullo darles un espacio para que puedan contar sus historias.

Se trata de la sexta versión de este concurso, organizado por el Servicio Nacional del Adulto Mayor, SENAMA, que ya tiene más de 12.000 ejemplares de ediciones anteriores, distribuidos a lo largo del país. Cada año se suman más participantes a este certamen, recibándose incluso textos autobiográficos provenientes del extranjero.

Felicitemos este año a Adolfina Miquio, de la Región de Magallanes quien se llevó el primer lugar con "Un encuentro especial". Y también tenemos una mención honrosa inclusiva para "Toda una vida, en lengua de señas", escrita por Carmen Forcano, de la comuna de Lo Prado.

Agradecemos el entusiasmo de nuestros adultos mayores para participar de esta instancia que este año logró una convocatoria inédita. Esperamos que con cada versión del concurso, se supere el número de historias que recibimos y entre todos hagamos un gran recopilatorio con las memorias de nuestros adultos mayores. ¡Queremos escucharlos!

Karla Rubilar Barahona
Ministra
Ministerio de Desarrollo Social y Familia

PRESENTACIÓN

Cuando comenzamos con la difusión del “Concurso Literario Autobiográfico para Personas Mayores Confieso que he Vivido” 2020, teníamos el gran desafío de incentivar la participación de las personas mayores en plena pandemia y a distancia, siendo éste uno de los principales grupos de riesgo.

Si bien, la preocupación era que las personas mayores no se contagiaran de COVID-19, de inmediato surgió la necesidad de que estuvieran conectados y acompañados, a través de medios seguros y a distancia, para que el aislamiento físico no se transformara en aislamiento social.

En medio de esta realidad surgió la sexta versión del concurso, la que en sus primeros días arrancó lentamente, y luego de extender el plazo para que los mayores tuvieran el tiempo suficiente para escribir, logramos llegar a una cifra histórica de participación: 1.344 textos de todo el país. Todos ellos fueron recibidos a través de correo electrónico, lo que de paso nos demostró que las personas mayores cada vez se están preocupando más por integrarse al mundo tecnológico, contribuyendo así a disminuir las brechas existentes en esta materia.

Las personas mayores supieron sacar lo positivo del encierro y utilizaron su tiempo para traer al presente sus reminiscencias, y también capturando experiencias del presente.

Cada año este concurso nos reafirma que los mayores tienen mucho que decir y aportar: sus historias son variadas, recuerdos de niñez, amores de juventud, sus primeros años al formar sus familias, anécdotas de trabajo; en fin, tenemos de todo, y siempre presentado con honestidad, pasión y por qué no decirlo, también picardía.

Quiero agradecer a las personas mayores que enviaron sus historias desde distintas ciudades del país, y también a quienes lo hicieron desde el extranjero, por compartir generosamente con nosotros parte de sus vidas. Asimismo, felicitar a quienes resultaron ganadores en sus regiones y a quienes recibieron “Menciones Honrosas”.

Finalmente, mis felicitaciones a la ganadora Adolfinia Miquio Espinoza, de Punta Arenas, la primera mujer que obtiene un primer lugar nacional en este concurso literario. Su relato “Un encuentro especial” es una bella historia de amor, con un recuerdo imborrable. Los invito a leerlo junto a esta valiosa colección de cuentos que nos llena de orgullo.

Octavio Vergara Andueza

Director Nacional

Servicio Nacional del Adulto Mayor



**Ganadora Nacional
Región de Magallanes y la Antártica Chilena**

Un encuentro especial

Adolfina Miquio Espinoza (78)
Punta Arenas

Corría la década del 70', plena dictadura, pero, aun así, la gente buscaba como entretenerse; fue así como afuera de la ciudad, se inauguró el primer motel en Punta Arenas, con todos los permisos, tanto sanitarios, municipales, impuestos internos, etc. Con una gran propaganda en los medios de comunicación de la época, un diario y dos o tres radioemisoras (había otros lugares donde se encontraban las parejas, pero eran clandestinas).

Sucedía que en la oficina donde trabajaba no se hablaba de otra cosa, que fulano fue con su minita de turno, que perengano se fue con la secretaria y muchos comentarios más.

Lo malo es que cuando yo estaba presente se quedaban callados, se hacían señas tratando que no me diera cuenta de sus infidelidades, así pasó el tiempo.

Se vino mayo, que es un mes importante para mí, este mes estoy de cumpleaños y aniversario de matrimonio. Maduré una idea, lo pensé y lo hice. Le pedí a mi esposo que pasara por mí a la oficina, bueno así lo hizo, le dije "tengo una invitación sorpresa para ti, es un regalo de aniversario, tú, sólo déjate llevar". Hice parar un taxi, diciéndole al taxista que nos llevara a ese lugar, mencionando el nombre del motel.

El chofer nos miraba por el espejo, sobre todo a mí, yo iba irreconocible, con gorro, bufanda, lentes, con suerte se me veía la punta de la nariz, mi esposo tomaba mi mano y la apretaba y me miraba con complicidad.

El conductor nos conversaba que luego nevaría, que los caminos se ponen peligrosos, etc. y nosotros, solo un “sí, sí” o un “no, no”.

Una vez en la soledad del cuarto mi esposo se largó a reír contagiándome su risa, agregando “me gusta que tus locuras me sorprendan, pero esto jamás lo hubiera imaginado, gracias es el mejor regalo de aniversario, no habrá otro igual, lo malo es que la vara me quedó muy alta, pero ya pensaré en algo”.

Al pasar las horas y cuando pedimos a recepción que llamaran un taxi, la espera fue muy larga, se demoraba demasiado en llegar. Después de mucho rato, nos comunican que no consiguieron movilización alguna, porque ha nevado mucho, los caminos no dan seguridad, y además está muy cerca el toque de queda.

Qué hacer, “sólo quedarnos aquí a pasar la noche”, acotó mi esposo, no pudimos avisar a los niños, que ya eran adolescentes, mañana veremos cómo llegamos a la ciudad, ahora disfrutemos, veámosle el lado positivo a la situación.

Conversamos hasta bien tarde recordando tiempos idos, desde que éramos escolares, como empezamos a pololear, nuestra boda, la llegada de nuestros hijos, las penas y alegrías de nuestro recorrido juntos hasta el momento.

De repente una llamada por el citófono, era el encargado que nos ofrecía un cafecito a la pieza o si preferíamos acompañarlos en el salón, optamos por lo último. Cuando llegamos nos encontramos con otra pareja que no pudo volver, pese a que andaban en una

tremenda camioneta todo terreno, pero los pilló el toque y tuvieron que quedarse.

Ahí compartimos, jugamos a las cartas, el dominó y entre tanto compartir, mi esposo dijo que nosotros estábamos celebrando nuestro aniversario de matrimonio. No lo podían creer, pensaban que éramos una pareja casual, nos felicitaron, de repente aparecieron unas copas de champagne y nos festejaron, fue una linda y emocionante noche. Al otro día, una vez que se levantó el toque de queda, la joven pareja ofreció traernos a la ciudad. Al llegar a casa y abrir la puerta, nos encontramos con familiares y amigos, listos para salir e indagar qué había pasado con nosotros, se organizaron de tal forma que unos irían a la comisaría, otros a investigaciones, otros al hospital, y los más valientes irían al regimiento, creían que algo terrible nos pudo pasar. Cuando vieron llegar la camioneta, se imaginaron que iban a notificar lo peor.

Cuando pasó el malentendido, y al preguntar qué hacía tanta gente en la casa, nos contaron que mis hijos organizaron una fiesta sorpresa para nosotros y con algunos invitados. Bueno está demás aclarar que esas fiestas eran de toque a toque, no podían ser de otra manera y con mucha cautela la música y conversaciones sin ruido, con cortinas gruesas, que no se viera luz desde afuera.

Después de los abrazos y llantos nos preguntaban una y otra vez, que nos pasó, nosotros, solo nos mirábamos y sonreíamos, los mayores sacaban sus propias conclusiones. Al no poder dar una explicación, al final tuvimos que confesar la verdad. Hasta el día de hoy, es anécdota obligada en los encuentros familiares.

Al pasar los días en la oficina, en una ocasión los y las compañeros/as de trabajo, tocaban en clave ese tema, los miro y digo "no es gran cosa ese lugar, conozco otros mejores, en otros son más producidos, este no me gustó mucho, pero es lo que hay y además

todo lo bueno o malo, lo hace la compañía, ¿no les parece?". Me quedaron mirando, se rieron y ya no continuaron hablando en secreto el tema. Creo que, gracias a mi curiosidad, mi osadía y a contar con un compañero que me apañaba en todas mis locuras... confieso que he vivido.

P.D: Con los años me encontré con el joven que nos llevó ese día de regreso a casa, me contó que su pareja se fue al norte. Él estaba casado con dos niños.

Al preguntar por mi esposo, le conté que ya había partido, me dijo que pena más grande formaban una linda pareja y vi como sus ojos se humedecieron.

Debo decir que jamás supimos los nombres.

Primer Lugar
Región de Arica y Parinacota



Donde manda capitán



Alfredo Enrique Guerrero Gutiérrez (73)
Arica

El sueño de la cancha propia, era eso, un sueño casi imposible de concretar en el sector poblado de nuestro barrio “Faldeos del Morro”. Sólo cabía una posibilidad remota. “La Casa de los Marinos”. Es un terreno de 90 metros de largo por 44 de ancho, que en la actualidad alberga una casona de casi cien años, ubicado en Patricio Lynch N° 2. Su arquitectura colonial ocupa el 40% del terreno. El otro 60% estaba entonces convertido en un sitio eriazo lleno de escombros y basura. Dicho terreno, luego de la toma del Morro de Arica en 1880, pasó a pertenecer a Bienes Nacionales, para tiempo después, en 1912, ser entregado en comodato a la Armada de Chile. En ese sector se instaló la Artillería de Costa.

A inicios de la década de los ochenta, “La Casa de los Marinos” estaba deteriorada por el paso inexorable del tiempo. En sus años mozos, debió ser centro de reunión de la “alta sociedad” ariqueña del aquel entonces, ya que en ella vivía el Comandante de la Guarnición Naval de Arica, con su esposa y dos hermosas hijas. Décadas después, pasó a vivir allí una nueva familia. Un suboficial mayor en retiro de la Armada.

Desde los 18 años de edad, hasta el golpe militar de 1973, yo había integrado las directivas de la Junta de Vecinos “Faldeos del Morro”. En aquellos años de dictadura, los integrantes de las Directivas Vecinales en el país eran elegidos por el Gobernador Departamental



de cada ciudad. En nuestro caso, el Gobernador Provincial de Arica. Me imagino que él tendría sobre su escritorio una bola de cristal, ya que de los doce postulantes que integrábamos la lista para que el Gobernador eligiera la directiva, siempre se dejaba fuera a los que no eran partidarios de la dictadura. Obviamente yo no era del agrado de la "Bola de Cristal". En vista de aquello, opté por autonombrarme "delegado deportivo", y así estar al tanto de las gestiones de los dirigentes de la Junta de Vecinos pro-dictadura.

Esa tarde había reunión de directiva en la Junta de Vecinos, para tratar la propuesta que yo, como delegado deportivo, solicitaríamos al Almirante Merino: pedir "La Casa de los Marineros", y en el peor de los casos, el terreno eriazos para construir la cancha. Todos estaban de acuerdo en enviar la misiva, solo con la salvedad que la carta que se leyó en reunión debía ser enviada por conducto regular, pese a mi protesta, donde insistía que dicha misiva, que yo había redactado debía ser enviada directamente a la Comandancia en Jefe de la Armada de Chile en Santiago.

Los integrantes de la Junta de Vecinos N° 20 eran partidarios incondicionales del General Pinochet, por lo que se optó seguir el conducto regular e ir a dejar la carta a la Gobernación Marítima de Arica.

Tras largos meses, una tarde que bajaba la escala de ingreso a nuestra particular casa: "La Casa Redonda", vi pasar por la calle Morro un jeep de la Gobernación Marítima, con cuatro marinos, dos de ellos sentados en la parte posterior, afirmados del cañón de sus fusiles que tenían entre sus piernas.

Los seguí con la mirada hasta que giraron a la derecha, desplazándose por la calle Héroes del Morro, la que se encuentra a mayor altura de desnivel. Crucé a la acera del frente, para observar por sobre las techumbres de las casas y comprobar que se detenían

frente a la casa de don Luis, ex-carabinero y presidente de la Junta de Vecinos. Luego de cinco minutos, el jeep siguió su marcha para bajar por calle Colón. En ese instante vi venir a don Luis con cara de gran preocupación para decirme:

—Alfredo. Usted y yo, mañana sábado a las once horas, estamos citados a la Gobernación Marítima.

Ese día, cinco minutos antes de la hora establecida, ya estábamos ante el oficial de guardia. Era un marino alto, que ordenó esperar. A los minutos regresó y preguntó en un tono déspota:

—¿Quién es el presidente de la Junta de Vecinos?!

Hizo pasar a don Luis y ordenó que yo esperara en la guardia. A los quince minutos, me hicieron pasar. El Gobernador Marítimo estaba de pie y tenía entre sus manos la carta para el Almirante Merino, que la directiva había enviado por “conducto regular”. Con tono dictador exclamó:

—“¡Esta carta llegó hasta Iquique! ¡De allá la han devuelto, y se les ordena dejar de estar solicitando este terreno o tendrán que atenerse a las consecuencias!”

Luego de unos segundos en silencio, el Gobernador Marítimo trató de justificar la negativa.

—“En el sitio eriazo, a espalda de la Casona, se instalarán baterías anti- aéreas, para proteger ese sector de un posible ataque aéreo de los peruanos o bolivianos”.

Nos retiramos. Por lo menos yo no creí esa patraña. Si fuera cierto, no nos hubiesen comunicado los planes navales para defender Arica.

En vista de aquella imposibilidad de obtener el terreno de los marinos, años después solicitamos a Bienes Nacionales un espacio detrás de las últimas casas ubicadas en la calle Héroes del Morro. En las mismas faldas del Morro de Arica. Conseguimos los fondos municipales y cuando con los jóvenes del barrio, llevábamos tres fines de semanas de arduo trabajo acercando los materiales al sitio de la futura cancha, donde personal del Empleo Mínimo de la Municipalidad llevaba ya construido un muro de contención de concreto armado de 15 metros de largo por uno de ancho. En esos días comenzaron a aparecer gran cantidad de osamentas. Llegaron arqueólogos de la Universidad de Tarapacá y antes de 24 horas, desde Santiago, se ordenó la detención de los trabajos, y el lugar a lo largo de la calle Héroes del Morro, por la parte posterior de los patios, se declaraba Monumento Arqueológico.

Luego de ese infortunio deportivo, de nuevo puse mis ojos en la Casa de los Marinos, pero esta vez la carta debería ser enviada como yo decía, sin la intervención de los mandos medios de la Armada de Chile. Para reafirmar lo que solicitaríamos, fotografié la casona por todos los costados y el sitio erizado lleno de basura. Seleccioné las peores vistas para enviar y me guardé las mejores. Una foto frontal era la más destacada. La casona, a pesar de sus años se veía hermosa.

Con esa idea fija, solicité a la directiva una reunión con la encargada del sector, funcionaria dependiente de la Dirección de Desarrollo Comunitario (DIDECO).

Don Luis había renunciado a seguir siendo presidente y don Adán asumió como vicepresidente.

Ese día de la reunión de directiva solo llegó la señora Paulina de DIDECO y don Adán.

Presenté la carta para el Almirante Merino y expuse mi punto de vista de cómo enviarla. La encargada del sector la leyó en silencio y luego se la pasó a don Adán para preguntar:

—¿Quién le hizo la carta?

—¡Yo la hice!

Exclamé algo molesto por la pregunta, pero enseguida reaccioné pensando que el fin era que la directiva firmara.

Doña Paulina se dirigió al vicepresidente diciéndole:

—La carta está bien don Adán, no se le falta el respeto al Almirante. Puede firmarla.

Noté la cara de molestia de él cuando exclamó:

—Primero tengo que hablar con la directiva y luego firmaré.

Dejé pasar unos días y fuí a la casa de don Adán. Le pedí la carta. Me hizo pasar a la cocina. Tenía las manos enharinadas. Abrió un cajón y cuando se aprontaba a sacar la carta con las manos sucias, le dije:

—Espere, yo la saco.

Aún estaba sin firmar; ni él se había reunido con la directiva.

Molesto, me llevé la carta y fuí donde la secretaria de la Junta de Vecinos, le dije:

—Rosa, hace dos días en la sede social nos reunimos con la señora Paulina y don Adán. Ella leyó la carta y dijo que estaba muy bien. Que la podemos enviar directo a Santiago.

—¿Pero la señora Paulina leyó la carta?, preguntó dudando si era cierto.

—¡Sí! La leyó delante de don Adán, encontraron que está bien y que la enviemos directamente al Almirante.

Cuando ella terminó de leerla, agregué una mentira piadosa:

—“Dijo don Adán que, si tú firmas, él va a firmar”.

La señora Rosa, secretaria de la Junta de Vecinos, firmó la carta y me pidió:

—Después que firme don Adán, por favor pídele a la señora Florita que le ponga el timbre.

Con la carta firmada por la secretaria, me dirigí donde don Adán y le comuniqué:

—“Don Adán, la secretaria ya firmó y dice que usted firme también”.

Molesto tomó la carta y mientras se aprontaba a poner su rúbrica, exclamó:

—“Putá la huevá, hace apenas una semana, en reunión de directiva, se acordó que a usted no se le firme ningún documento”.

Fastidiado, me pasó la carta firmada y de inmediato me dirigí donde la Florita, tesorera de la Junta de Vecinos. Ella sorprendida al ver las dos firmas, se la llevó al interior de su casa, mientras yo esperaba en la vereda. Luego de un par de minutos, la hermana la trajo timbrada y sentenció:

—“¡Alfredo, el almirante Merino te va a dar la casa!”

Lo dijo con tal convicción que concluí que ella había leído la misiva. Debe haberle impresionado el último párrafo de despedida, la que decía:

—“Señor almirante, creemos sinceramente que la juventud sana del Morro de Arica está en sus manos”.

Sin perder un minuto, envié a la Comandancia en Jefe de la Armada de Chile la carta certificada y las peores imágenes, tanto del terreno, como de la casona.

Al día siguiente, al bajar la escala de La Casa Redonda, había un grupo de niños en la vereda. Me quedaron mirando y el más grande, el Toño, de unos catorce años, les comentó a los demás en voz alta, para que yo escuchara:

—“¡El Alfredo jura de guata, que el Almirante Merino le va a dar la Casa de los Marineros!”

La risotada espontánea de esos pequeños incrédulos era seguramente el espejo de lo que se comentaba en mi honor en el seno familiar de los vecinos.

Esas risas las sentí como puñaladas en la espalda.

A un par de semanas de haber enviado la carta y a un mes de realizarse el plebiscito, que se iniciaba con la franja política del Sí y del No, nuevamente vi aparecer por la calle Morro el jeep con dos marinos de la Gobernación Marítima. Estos estacionaron frente a la casa de don Adán, que está ubicada en mi cuadra. Después de unos minutos, vi pasar el jeep que bajó por Patricio Lynch. Esperé unos segundos y apareció don Adán; lo vi venir y lo esperé en la vereda. Dijo:

—Alfredo, usted y yo, estamos citados para mañana sábado, a las once de la mañana, en la Gobernación Marítima.

La preocupación y cierto temor reflejado en el rostro de don Adán eran idénticos al de hace unos años cuando don Luis, ex presidente de la Junta de Vecinos, me comunicaba la misma citación de los marinos.

Ese sábado, como la vez anterior, estaba ahora con don Adán hablando con otro oficial de guardia, el que nos hizo pasar a una oficina, antesala del despacho del Gobernador Marítimo de Arica.

No era el mismo Gobernador Marítimo anterior. El de ahora nos saludó cordialmente y nos pidió que nos sentáramos. Él, estando de pie, dijo:

—“Ustedes le han enviado a mi Almirante Merino, una carta muy emotiva y él ha ordenado que se le entregue a la Junta de Vecinos casa y terreno”. Esa gran noticia la reafirmó llevando su mano derecha hacia su frente, como un distinguido saludo castrense.

En ese instante, el Gobernador marítimo ingresó a su despacho, y don Adán aprovechó la ocasión para tocarme con su codo y decir:

—“Alfredo, nos ganamos un porotazo”.

No me importó el comentario oportunista.

En ese instante regresó el Gobernador y nos hizo entrega de la carta del Almirante Merino, donde comunicaba que la Armada de Chile, se desistía de la casona, devolviéndola al Estado de Chile con la finalidad que ésta fuera entregada a la junta de Vecinos N° 20.

La noticia corrió como reguero de pólvora por el barrio. Fui donde la secretaria y le pedí que el día lunes fuéramos a las oficinas de Bienes Nacionales.

Ese lunes en la tarde, la directiva en pleno y yo, como auto-invitado, estábamos hablando con un funcionario de Bienes Nacionales de cabeza blanca, con la finalidad de comunicarle la decisión de la Armada y que se nos entregara un certificado o acta de entrega, donde se nos daba la Casa de los Marineros en comodato.

El funcionario leyó la carta en silencio y su cara fue cambiando a una expresión de incredulidad. Nos miró argumentando:

—“Ustedes no lo creerán, pero Bienes Nacionales no tiene ningún lugar donde guardar sus instrumentos de topografía. Por lo tanto, les daremos el terreno eriazos para que hagan su cancha y la casona quedará con nosotros”.

La directiva quedó en silencio. Se miraron unos a otros. Me pareció que sus rostros expresaban conformidad e intervine de inmediato.

—“Disculpe, el señor Almirante nos entregó casa y terreno y nosotros venimos para que se nos dé el certificado de acta de entrega”.

La respuesta fue subiendo de tono, cuando el funcionario de cabeza blanca argumentó.

—“Esto hay que comunicarlo a Iquique. Además, nosotros, Bienes Nacionales, somos los dueños de los terrenos en Chile y no el Almirante”.

Con molestia y en tono de desafío, repliqué al descortés argumento del petulante fulano.

—“¡Oiga usted!... ¡Señor!” “¡Mi almirante Merino, nos entregó casa y terreno a la Junta de vecinos y usted sabe muy bien, que donde manda Capitán, no manda marinero! ¡Así que mañana en la mañana vendremos a buscar el acta de entrega! ¡Buenas Tardes!”

Nos retiramos. La directiva iba apesadumbrada, así que los conminé.

—Vamos al diario La Estrella, para que aparezca mañana la noticia.

Ahí entrevistaron a la secretaria. Al periodista le recalqué que el título del reportaje destacara que el Almirante nos había entregado casa y terreno.

Efectivamente, al día siguiente en primera página del diario se leía: “Almirante Merino entrega casa y terreno a la Junta de vecinos N° 20 Faldeos del Morro” Y una foto de la casa a todo color, mostraba en todo su esplendor la belleza de esa casona colonial, foto que no adjunté a la petición del Almirante.

Esperé que el funcionario canoso tuviera tiempo de leer el diario. A las once de la mañana me apersoné a la oficina de Bienes Nacionales.

El Acta de Entrega estaba timbrada, firmada y estipulaba que a la Junta de vecinos N° 20, Faldeos del Morro se le entregaba en comodato la casa y terreno de Patricio Lynch 2.

¡Fue más fácil pedir al Almirante Merino “La Casa de los Marinos” que la directiva pro dictadura firmara la carta!

Primer Lugar
Región de Tarapacá



¿Dónde está todo?



Cecilia Castillo (71)
Iquique

Encaramada en la vieja higuera, balanceo mis piernas sobre el agua y, con una rama torcida dibujo caminos efímeros en la apresurada superficie. Hastiada de los dulces frutos, los dejo caer en el agua, lo que agrega una variante a mi juego.

Me pregunto si habrán notado ya mi ausencia y si alguien estará buscándome en los lugares que otros frecuentan a menudo. No conocen mis lugares, no conocen mis costumbres. Jamás han tratado de mirarme por dentro.

De un salto me dejo caer sobre las hojas secas, y algunos insectos se pegan a mis pies. Pronto se irá la tibieza de la tarde y dejará de ser la hora de soñar, la hora de leer, y mi tiempo de seguir perdida.

Inicio el camino de regreso, preparándome para ingresar al mundo de todos los días, a ese mundo con horarios en el que debo hacer lo que se espera que haga a la hora correcta y del modo obligado.

Recuerdo el sabor de las frutas, pero ya no las siento dulces. Subo corriendo el terreno empinado y seco que me lleva hasta mi casa. Cuando alcanzo el último tramo, miro frente a mí y sólo veo un terreno plano y desierto. Esto es raro. ¿Acaso me equivoqué de camino? Vuelvo a mirar, esta vez al fondo, al horizonte, y vislumbro los cerros dibujados en el brillante cielo azul. Claro que sí: este es el lugar. Pero ¿dónde están las casas, los jardines, la gente, el pueblo?



Quizá estoy durmiendo aún. Me froto los ojos tratando de limpiar ese telón espeso que no me deja ver mi hogar. No he mirado hacia atrás, pero tal vez debiera volver a orillas de la acequia y bajo la higuera. Allí es donde soy yo misma. Allí puedo pensar y soñar. Podré serenarme, reflexionar, y sabré qué hacer, dónde buscar.

¿Dónde está todo? ¿Dónde fueron todos? Sintiendo la nariz áspera al percibir un olor ácido y cálido me vuelvo lentamente buscando el paisaje familiar de las parras cargadas de racimos dorándose al sol, la huerta protegida por una empalizada baja, el potrero sembrado de papas, las viejas higueras... y Mi higuera...

Me vuelvo y con los ojos anhelantes miro escrutando una y otra vez frente a mí ¡No veo nada! Todo ha desaparecido, ni una hoja, ni un insecto, ni siquiera el río que corría al fondo del valle. Se ha ido todo, se ha ido ¿dónde? El mundo, mi mundo, ¿dónde está?

Tal vez esta es una extraña neblina, claro, sí, por eso me duelen los ojos, me duelen y me lagrimean tupidamente, y tengo seca la garganta y la nariz me arde, me arde con el olor nauseabundo que ya empieza a ser parte de mí...Ya no siento dolor ni miedo, no veo nada más que los cerros y el cielo y una tierra seca que ha comenzado a volar cobrando vida y arremolinándose a mis pies...

¿Dónde estoy?

No estoy

No soy

No hay nada...

A lo lejos, escucho a alguien diciendo: Déjenla descansar,

el Alzheimer es así...

FERIA EMPRENDIMIENTO



Primer Lugar
Región de Antofagasta



Sanando el alma, de la niña que fui



Miriam Ester Maltez (68)
Antofagasta

Miriam Ester, es mi nombre y estoy en esa etapa de mi vida la que todos ahora llaman la tercera edad, hoy ya soy una adulta mayor. Y si tuviera que definirme en el presente a mí misma, diría que soy una mujer esforzada, valiente y fuerte que ha decidido contar su historia de vida, algo inimaginable hasta hace poco tiempo, que nunca antes pensé siquiera me atrevería hacer. Lo hago para graficar de alguna forma el daño causado y como esto me ha afectado durante toda mi existencia.

Participar de un concurso literario, me ha abierto una ventana para así poder tener la valentía de relatar hechos de mi vida, para liberar mis rencores y miedos; y sacar las ataduras que me impiden después de tantas décadas tener paz y serenidad en mi alma.

Mi Madre era una mujer de mucho carácter e imponente. Tuvo nueve hijos. Cuatro hombres y cinco mujeres, yo fui la sexta hija. Nacida y criada en esta ciudad, Antofagasta.

A mi infancia yo la divido en dos partes. Porque la viví de esa manera.

La niñez inocente y alegre donde pasaba con mis amigos y amigas, en tiempos donde se hacía la vida de barrio. Donde jugábamos a la pelota, a las bolitas, al elástico, al luche, a las escondidas y eran todos esos juegos hermosos los que nos entretenían. Lo hacíamos en las tardes después de ir al colegio, en los tiempos en que jugar afuera, frente a la puerta de tu casa era habitual para nosotros.

Me gustaba también mucho ir a la escuela, de hecho aún tengo los lindos recuerdos de mi profesora la señorita Mercedes Monardez. Pese a que han pasado tantos los años, aún la recuerdo y es porque fue una buena persona, de esas que jamás se olvidan.

También está la otra infancia, cuando yo era una niña aún, tendría diez o doce años, en ese entonces fui objeto del más grande horror de mi vida, en donde mi niñez se terminó y se acabó la inocencia. Fui objeto del abuso desalmado y brutal, por parte de mi padre y dos de mis hermanos. Sufrí el ultraje por las personas más crueles, a las cuales en ese entonces yo mucho quería. Fue traumático y eso me ha afectado durante toda mi vida. Tanto que pese a ser ahora una mujer adulta mayor, continúo teniendo pesadillas con la casa, en donde todo eso pasó.

A esa edad no entiendes lo qué te pasa porque son tu familia, son los seres que debieron cuidarte y protegerte, pero no y eso fue sistemático durante años.

Lo más doloroso es que crecí en el seno de mi familia disfuncional, donde había carencias económicas, pero la mayor carencia que había era la del afecto familiar. Mediante fue pasando el tiempo, me di cuenta que todos lo sabían y eso incluye a mi madre. La que no me cuidó pese a que sabía que me victimizaban y no hizo nada.

Fui creciendo hasta ser una adolescente viviendo con el abuso, la miseria y la violencia en mi familia. Como una forma de evadir y tener una forma de escape a la realidad que estaba viviendo, participé danzando en un baile religioso, eso me ayudaba a evadir lo que me estaba pasando. Me gustaba y lo hacía con devoción a la virgen. Además, que podía compartir con otras personas y en ese entonces eso me hacía sentirme menos sola.

Lo único que quería era irme de esa casa. Ya para ese entonces mis dos hermanas mayores ya se habían marchado a vivir lejos sus vidas, por eso durante muchos años les tuve rencor porque sentí que me dejaron sola aun sabiendo lo que pasaba.

Crecí y cuando tenía diecisiete años literalmente me obligaron a casarme, mi madre lo dispuso así y en ese entonces no se les discutía a los padres, ella lo decidió y así no más fue. Un tremendo error ya que el matrimonio no duro ni un mes y lo único bueno que sucedió fue que quedé esperando a mi inocente primer hijo. Pero lo espantoso es que volví al lugar del cual yo sólo quería escapar, donde ya no quería estar.

Mi situación se hizo mucho más difícil, yo era una jovencita aún más vulnerable. Estaba casada sin quererlo y embarazada, esa época fue marcada por la pobreza, la violencia y así tuve a mi primer hijo.

Era muy joven, pero con todo lo vivido en ese entonces, me convertí en una persona muy retraída, asustadiza, solitaria y sin personalidad. Quizás por eso buscaba cariño y en aquel entonces conocí al que fue el padre de mi hija. Era una época muy difícil y para alimentar a mis dos hijos trabajé en todo lo que podía, desde entonces nunca he parado de hacerlo, hasta hoy. Fue entonces cuando decidí irme de la casa de mi mamá con mis hijos.

Cuando me fui además de mis niños, llevé conmigo a una sobrina que era hija de una de mis hermanas mayores, ella dejó a la niña con mi madre y se fué. Yo no quería que esta niña sufriera lo que yo pasé. Mi hermana nunca se ocupó ni se preocupó de ella. Así que la crié junto a mis hijos como si fuera mi hija. La formé y eduqué, y estuvo conmigo hasta que fue mayor.

Con el tiempo tuve a mi tercer hijo biológico. Yo formé a mis hijos y fue muy difícil, pero pese a eso salí adelante con todos ellos.

En ese entonces yo antepuse siempre ser una mamá a tener una pareja, porque lo más importante para mí eran mis hijos.

Tuvimos muchas carencias económicas pese a que yo trabajaba mucho. De hecho, mi primera casa fue de material ligero y fue autoconstruida por nosotros mismos. Con el pasar de los años, para todos es un recuerdo entre increíble y anecdótico pero que sucedió, fue algo que hicimos juntos. De hecho, hay una fotografía que la sacamos haciendo esa tarea y es parte de nuestro recuerdo familiar.

Pasaron los años, mis hijos se desarrollaron en ese hogar y no fue sencillo, porque pese a que traté de darle siempre lo mejor, mi hijo mayor no tomó las mejores opciones de la vida, él se fue por su propio camino y no fue el mejor. Mis hijas también hicieron lo mismo. Y como es la ley de la vida mis tres hijos mayores se fueron y formaron sus vidas.

Yo me quedé con mi cuarto niño y ese periodo de estar solos, hizo que el lazo con mi hijo sea muy especial, y así ha sido hasta hoy. Él está casado y formó su familia también, pero siempre está mucho más cercano de mí.

En la etapa adulta de mi vida conocí a un hombre bueno, responsable y muy trabajador. Con él me casé y comencé a tener un poco de tranquilidad y bienestar económico, me apoyó en la crianza de mi niño en su periodo de la adolescencia.

Todo estaba bien y quedé esperando a mi último hijo, para nosotros fue una gran alegría, pero hemos de saber que la felicidad son pequeños momentos y la buena noticia se vio empañada con una muy mala noticia para mí.

En mi vida fue una prueba más de resiliencia. El cáncer de mama apareció y fue un momento muy difícil por lo agresivo que fue, de un día para otro fui operada y se me hizo una mastectomía. La que cambió mi imagen como mujer y eso fue mucho más difícil de aceptar y superar. Pero hay que enfrentar la vida y las dificultades son para superarlas y así lo hice. Pese a todo lo complicado y difícil mi hijo nació bien y yo superé el cáncer.

Me fuí de mi antigua casa y compramos una vivienda en un barrio nuevo. Con mi marido y mi bebé nos cambiamos al que es ahora nuestro hogar. Fuimos los primeros en llegar a habitar nuestra nueva casa, con un grupo de vecinos que hasta hoy seguimos viviendo aquí.

Estando instalada ya en mi nueva casa, vi en mi barrio una necesidad que surgió en ese entonces y era la falta de negocios para proveer a los vecinos. Estos eran escasos y no había mucho en el sector. Así vi una muy buena oportunidad, tomé la decisión y me atreví a emprender y empezar así mis propios negocios. Pequeño para ese entonces, pero que, con el paso del tiempo, poco a poco fue creciendo. A medida que prosperaba, este se fue diversificando.

Al estar en el negocio pude interactuar con mis vecinos y relacionarme con otras personas, eso me permitió ser un poco más sociable y fui adquiriendo más seguridad en mí misma, lo que me ayudó para administrarlo. Me dediqué a hacer crecer el negocio dedicándole todo mi tiempo. Tanto esfuerzo y mucho trabajo valió la pena y redondo en que económicamente me ha ido muy bien.

Pero estando en ese tan buen momento personal y económico, pasó que con tanto trabajo se resintió mi salud nuevamente. Esto me pasó la cuenta, fui operada nuevamente, esta vez de mi cadera.

Fue muy difícil la recuperación, pero igual salí adelante.

Una de las cosas más importantes que aprendí en mi experiencia, de conocer la pobreza, es que si nos va bien hay que retribuir y dar un poco a los demás. Por eso si se puede hay que ayudar a alguien que lo necesite, porque a mí si hubo personas que me ayudaron en momentos difíciles durante la vida. El poder hacer algo por lo demás, yo lo he aplicado ayudando a los abuelitos, vecinos que he conocido en estos años, además de dar trabajo.

Pero si hay algo que ha regocijado mi corazón y me ha dado muchas satisfacciones, ha sido el poder darles alegrías a todos los niños de mi barrio cada año desde que tengo el negocio.

Quiero mucho a los niños y para hacer algo por ellos le organizo sus fiestas en el barrio. Cada año las fiestas de “La Vecina” son esperadas por ellos. La celebración de la navidad, el fin de año es la más importante, la festividad del Día del Niño (organizada en estos últimos años), la Fiesta de Resurrección o del “Conejito de Pascua” con la entrega de huevitos de chocolate y la entrega especial para ellos de dulces en Halloween.

Apreciar primero el entusiasmo de mis vecinos preguntando cada año cuando será la fiesta de navidad. Ver la calle frente al negocio que se cierra para realizar las fiestas, llena de niños con sus madres jugando alegres en los juegos inflables, pintando sus caritas y disfrutando de todo lo que se hace con tanto cariño para todos ellos.

Pero lo que últimamente me ha dado más satisfacción, es ver a niños y niñas que ya han crecido y se han casado e ido del barrio, pero aun así traen a sus hijos y ahora disfrutan ellos como lo hicieran antes sus padres cuando eran niños. Eso para mí es una gran alegría que me da una enorme satisfacción personal, el poder haber logrado eso es muy importante, es extraordinario.

Un día recibí la invitación de una vecina, para unirme a un club de adultos mayores, debo reconocer que era reticente de participar en un principio y me costó decidirme, pues estaba sumida en mi monotonía diaria del trabajo de siempre. Participé y la primera experiencia no fue ni buena ni grata. Surgieron problemas internos por lo que opté por retirarme.

Sí me quedó gustando el tener esa actividad que me sacaba de mi rutina. Así que fundamos un nuevo club, y me fui involucrando cada vez más. De hecho, pasó a ser una de mis actividades más importantes el ir a nuestras reuniones una vez por semana.

Es motivador poder realizar diferentes tareas comunes y entretenidas, además del poder aprender hacer cosas lindas con mis propias manos es una forma de terapia. También compartimos un rico té, y es ese el momento ideal para participar y hablar de temas de interés común, también nos da la oportunidad para conocernos un poco más. Tenemos buenos proyectos, nos entusiasma y motiva a todos el trabajar conjuntamente para cumplirlos como grupo organizado.

Valoro mucho el compartir con personas de mi generación y aún más mayores que yo, eso me ha permitido conocerlos, el saber que de una u otra forma los adultos mayores llevamos cargas emocionales importantes por experiencias vividas buenas o malas.

Tenemos historias de vida que contar y no siempre somos escuchados ni entendidos. Ver que algunos están muy solos, y saber lo importante que es para ellos compartir con sus pares para sentirse acompañados y poder tener así un rato de alegría.

Precisamente hoy estamos viviendo toda una cuarentena por la pandemia del coronavirus y eso ha visibilizado la fragilidad y la gran soledad que nos afecta a los adultos mayores. Eso me motiva más a mi participar con ellos.

Tengo muchos defectos y también virtudes, he tenido aciertos y también errores en la vida, como todos los seres humanos.

Pero contrariamente a todas las cosas que me han pasado, traté que eso no me convirtiera en una persona indolente, y pese a todo lo que me sucedió, yo amé y amo a mi madre y estuve con ella cuando más lo necesitaba, siendo en ese entonces una adulta mayor sola y muy enferma, mis hijos y yo nos ocupamos, y estuvimos ahí con ella hasta el final.

Cuando mis hermanos menores necesitaron de mi ayuda los ayudé y siempre mi casa estuvo abierta para ellos y sus hijos, ahora todos ellos están lejos en otras ciudades. Con mis hermanos mayores nunca tuve una relación fraternal y desde que murió mi madre jamás más los he vuelto a ver.

Ahora mis hijos cada uno haciendo su vida, para bien o mal, bajo sus términos y los respeto por ello. Mirando mi vida en retrospectiva hice todo lo que una madre debe hacer por sus hijos. Yo amo a todos mis hijos con sus defectos y virtudes. Luché por ellos siempre y lo hice sola, los cuidé y nunca los dejé, puede que haya cometido errores, pero siempre estuve para ellos. Sé que formé a buenos seres humanos (incluyendo a mi hijo descarriado) y eso le da tranquilidad a mi corazón.

Soy una mujer adulta mayor, y estoy ahora con mi compañero de vida y mi hijo menor, deseo y quiero vivir esta etapa con tranquilidad, para eso tanto he trabajado.

Repaso y evoco mi pasado. Soy de esa generación donde la forma de criar a los hijos era con absoluta severidad y en mi familia hasta con desamor. La disciplina era aplicada con golpes, eso era aceptado y se admitía con normalidad.

Pienso en la niñez de antes donde no existían ni había derechos para los niños. Al decir esto creo que muchas personas de mi generación entenderán lo que digo.

Reitero que el abuso a un niño o niña deja secuelas que lo marcan para toda la vida. Por más que se sale adelante y se trate de superar, el trauma siempre aparece en las diferentes etapas de tu vida. Que se sepa que cuando se atenta contra una inocente niña o niño es indescriptible el daño que se causa.

El temor, la tristeza y el abandono emocional me han acompañado y eso afectó siempre mi existencia.

Persistentemente he tenido esa herida en mi alma y en mi corazón. El poder por fin hablar con alguien y escribir esto, no va a cambiar mi historia pasada ni la borra, pero sí le da algo de paz a mi corazón y mejora un poco la esencia de esa niña lastimada que hay en mí. Me dará la tranquilidad que quiero para vivir mi vejez.

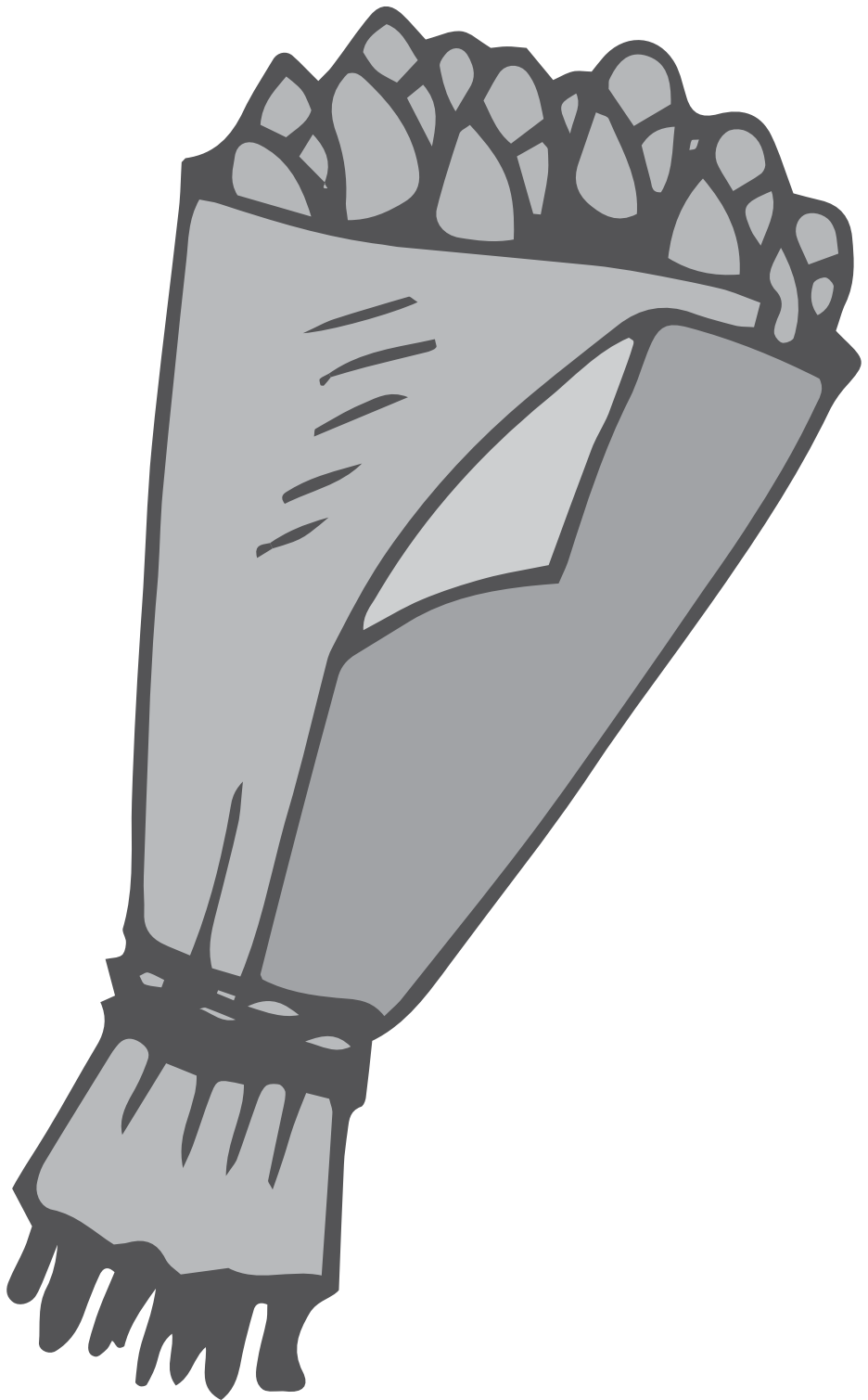
Lo digo yo, una mujer adulta mayor que en este acto trata de curar un poco el alma de esa inocente y vulnerable, la niña Miriam que fui.

“No borres ningún día de tu vida...

Los días felices han dado felicidad,

Los malos te han dado experiencia

Y los peores te han enseñado a vivir”



Primer Lugar
Región de Atacama



El enamorado Maluenda



Jorge B. González Lizondo (74)
Copiapó

Este relato, a pesar de los años, lo mantengo fresco en mi memoria y cada vez que lo recuerdo o lo narro a mis amistades vuelvo a revivir aquellos momentos, como si los hechos hubieran sucedido ayer.

Como siempre, antes de las pruebas o de los exámenes (pues ya estábamos en el mes de diciembre) con uno de mis compañeros de curso llegábamos muy temprano a la Escuela Normal “Rómulo Peña” (que ya había comenzado a funcionar en su definitivo local Viña de Cristo en Copiapó) en nuestras bicicletas. Las dejábamos con cadena y candado, las que a menudo violaban nuestros compañeros de curso, para salir a dar una vuelta en ellas, algunas veces quedaban pinchadas las ruedas, debíamos devolvemos a pie a nuestras casas y al otro día llevar parches y solución para parcharlas, eran bromas sanas de estudiantes.

Luego nos íbamos a estudiar o a “calentar las materias”, caminando por la Carretera Norte hacia donde estaba la Escuela de Minas, la actual Universidad de Atacama, cada uno lo hacía por un costado de dicha vía, que aún estaba sin pavimento. A veces repasábamos en voz alta y nos hacíamos algunas preguntas. Por el trayecto, encontrábamos a otros compañeros, tanto de nuestro curso, como de otro.

Un día, de aquellos tantos, alrededor de las seis de la mañana, vimos salir a un alumno interno de la escuela, de un par de cursos anteriores al nuestro de apellido Maluenda, con un ramo de flores

muy bonitas. De vez en cuando volvía la cabeza, un tanto nervioso, para ver quiénes iban detrás de él.

Mi compañero por un lado y yo por otro, a una prudente distancia, pero muy enfrascados en nuestra materia de estudio; sin embargo, al parecer a ambos nos llamó la atención el ramillete. Sólo intercambiamos un par de mirada de complicidad y mientras repasábamos caminando lentamente, a través del lenguaje de gestos decidimos seguirlo.

Le dimos un poco de distancia y, al llegar a la calle Ayacucho, el enamorado Maluenda dobló hacia Juan Martínez. Ambas calles, estaban lejanas al sector urbano en ese entonces. Le dimos bastante ventaja antes de seguirlo, en esa esquina nos juntamos y no vimos dónde se nos perdió. Nos preguntábamos ¿dónde está?; decidimos seguir con lo nuestro y, de repente, en la puerta de una casa vimos el ramo de flores que estaba en el suelo afirmado a una puerta.

¿Quién resultaba más curioso o intruso de los dos? Ambos al mismo tiempo nos abalanzamos sobre el ramo de flores y sacamos un sobre pequeño en donde iba una tarjeta dirigida a una enamorada que se había prendado en su corazón. Cogimos el sobre y comenzamos a reír al leer su contenido ¡Qué romántico, tan propio de un normalista enamorado! Había hermosos y tímidos versos en donde le daba a conocer su enamoramiento y pedía se le concediera la gracia de juntarse alguna tarde, para conocerse. Mi compañero se apoderó del sobre y nos fuimos dejando allí las flores y continuamos nuestra caminata, después de repasar los conocimientos ya adquiridos.

De esto transcurrieron como doce años y un día llega a casa mi esposa, quien es iquiqueña, profesora normalista también y me cuenta que se encontró con una amiga, de esas amigas... amigas

de sus tiempos de calcetineras, con quien había estado en el liceo en Iquique y que ahora se encontraba viviendo en Copiapó. Me contó muchas cosas de ella, que era líder de grupos, chacotera, una muchacha alegre y buena amistad.

Hasta aquí todo muy bien. Me cuenta además que su amiga había vivido en Iquique en donde conoció a su pareja, tuvo un hijito de esa relación que no prosperó y se vino a esta ciudad a vivir con su madre, quien ya se había radicado varios años antes a vivir en Copiapó. Vivía en una casa muy grande en donde había un huerto con muchos frutales y su marido producía vinos y chicha en forma artesanal, adquiriendo por esto buen prestigio por la elaboración de sus productos y una buena clientela.

Además, me informa que su amiga la había invitado que fuésemos a visitarla con nuestros hijos pequeños, para que yo la conociese el próximo sábado y le entregó la dirección.

Para ese sábado preparamos nuestra visita, conocerla y tomar onces en su casa. Mi esposa me indica la dirección y algo recordé de dónde podría ser. Bien, el caso es que nos fuimos en el vehículo hasta encontrar la calle Ayacucho y de inmediato, comencé a recordar esos lugares que recorríamos en nuestra adolescencia estudiando... ¿será aquí dónde... en una oportunidad? ¿No será en esta puerta ?, ¡Ja ja ja ja! ¡Sí, claro, aquí fue!

Bien, mi esposa me presentó a su amiga, que me pareció muy simpática y me figuraba conocerla de siempre. En realidad, inspiraba confianza y cálida amabilidad. Internamente, me preguntaba si esa era la joven a quien iban dirigidas las flores.

Mis hijos se fueron a jugar con el suyo al sitio y nosotros nos pusimos a conversar. Nos presentó a su mamá y al esposo de esta señora, quienes se mostraron gratos con nuestra visita, probé la chicha y mi esposa, las mermeladas recién preparadas.

Entre las conversaciones nos contó, como infidencia, que su madre era muy celosa, porque el caballero que encontró como esposo, le salió muy enamorado y coqueto, por lo que le vigilaba constantemente, pues era muy asediado por las vecinas.

Luego, cogiendo damascos e higos íbamos muy metidos en la conversación, mientras yo pensaba en aquella puerta de una casa, de un ramo de flores y de un enamorado, en una fresca mañana de diciembre. Me quedé pensativo y de repente, me viene fuertemente ese recuerdo a la memoria y le pregunto:

- ¿Cuándo tú eras más joven y sin compromiso vivías acá?

- Sí, ¿por qué?, extrañada me preguntó.

Alguna vez, ¿encontraste un ramo de flores en la puerta de tu casa ?, fue la pregunta

Ella me contestó “yo no, mi mamá sí” y le dio tanta rabia y me llama para mostrarme el ramo y decía “¡Mira...mira!... ¡a lo que han llegado estas mujeres cochinas y resueltas!, como andan detrás de la belleza que tengo por marido! ¡quieren que me mueran y ya me dejan las flores! ¡sucias, descaradas; Y la culpa la tiene este lacho sinvergüenza !, pero ya verá y escuchará lo que tengo que decirle! ¡Lo que hace el amor! me atreví a comentar, mientras reíamos. Y eso no es nada, me respondió. Me envió a buscar la parafina y le echamos a las flores y le encendimos fuego, ¡no sea que esta maldición nos traiga puras desgracias!

Ya nos divertíamos bastante con estos comentarios y me decidí a contarle lo sucedido aquella mañana de hacía muchos años, mientras reíamos.

¡Desgraciado!, me dijo riendo, ¡Mataron la ilusión de mi vida!, estaba muy enamorada de ese joven que sólo me miraba y yo a él. Mientras suspiraba coquetamente y con un gesto gracioso, dijo “¡me dejó esperando algún intento suyo para que se declarara!”

Ahí me acordé lo que decía la nota, ¡Sí, era una declaración de amor!, llena de versos y le decía que era su Dulcinea ¡Cómo cambiamos el rumbo de las vidas ajenas!

¡Claro, eso fue!, recordó con vehemencia, ¡claro, pobrecito!, porque de lejos lo divisé que estuvo cerca de la casa esa mañana, casi al mediodía y vio las flores desparramadas y chamuscadas; era clara mi supuesta respuesta, ¡Nunca más le vi y luego me regresé a Iquique!

Me sentí culpable de haber sido partícipe de matar una ilusión y sentimiento puros de dos jóvenes, que en silencio sólo se miraban. Luego comprendí como el destino juega con nosotros y nos coloca trampas, que a esa edad de juventud, ni siquiera vislumbrábamos la maldad.

Siempre con esta amiga (a quien llamaré Dulci por Dulcinea) nos estamos viendo, ya estamos en clubes de la tercera edad y cuando hay presentaciones nos abrazamos y recordamos tantas cosas de tiempos de estudiantes. Que ella había conocido a varios que sólo la miraban y, siempre coqueta, les lanzaba lánguidas miradas que eran correspondidas con un guiño de ojo, o bien, con un beso al aire.

Ha formado con su actual esposo una hermosa familia y ahora goza de su edad, que pareciera que aún no cumple los años que tiene, sino los que ella quiere tener. Ya es abuela de tres nietos que le llaman simplemente Moni. Nada de abuela, ni abuelita. Además, está pronta a ser bisabuela, pero seguirá siendo Moni.

Por suerte, al verla tan bien, joven y vivaz, loquilla como siempre, no me imagino a Maluenda, tan acartonado y caballerito como era, estar viviendo esta nueva edad a su lado. A él nunca más lo vi. En ese entonces, de vez en cuando, repasábamos algunas lecciones de piano.

A mi compañero de estudio, de salidas en bicicleta, de estudiar repasando nuestras materias, varias veces, arriba de un pimiento o de algún murallón, fumando los primeros cigarrillos y luego tosiendo por tragarnos el humo, no lo he vuelto a ver.

Por eso, como la vida me fue ofreciendo oportunidades y enseñanzas que la mayoría de ellas supe aprovechar.

Debo confesar que he vivido.

Primer Lugar
Región de Coquimbo



Confieso que he vivido



Ana Fresia Barrios Marín (92)
La Serena

Los sorprendentes, mágicos e incomprensibles hilos que van tejiendo el destino de cada ser humano; desde su concepción hasta el final de su existencia, nos sorprende en cada momento nuestras vidas, con situaciones sublimes, maravillosas, trágicas, oscuras, etc.

Con gran osadía pretendo escribir una historia real, que para mí representa un desafío de tremendas dimensiones, espero tener la claridad necesaria para expresar lo más fielmente, las personalidades, las acciones de vida y parte de los sentimientos de los protagonistas.

Estamos en el año 1942 y la adolescente Annette, junto con otras compañeras de colegio, deciden unirse a la gran cadena de las chicas de esa época, que, con curiosidad e interés, inscribían sus nombres, con todos los datos exigidos, en una revista de gran circulación, para de ese modo tener la remota, pero no imposible ocasión, de conocer y tener correspondencia con jóvenes extranjeros.

La juventud actual no tiene problemas para conocer amigos, se conectan a Internet y problema solucionado. No pasó mucho tiempo y Annette recibe correspondencia de dos adolescentes varones de un país vecino, de nuestra América del Sur.



Feliz y complacida, responde las dos cartas, una para Alejandro y la otra para Víctor, los dos del mismo país, pero de distintas ciudades.

Empiezan a conocer la ciudad de La Serena, por toda la información que Annette minuciosamente detalla; el número de Iglesias, de los hermosos y perfumados claveles generosamente cultivados en esta tierra feraz. Las bellas colinas, el hermoso y límpido cielo azul que caracteriza a nuestra región, las maravillosas puestas de sol que, en la tremenda longitud de playa que poseemos, con el extenso mar, que aquí también es azul, se confunden en una espectacular fusión que a ella le encantaba describir, por el goce y la paz interior que la naturaleza gratuitamente le ofrecía, cada vez que tenía la ocasión de contemplarlas.

Sus nuevos amigos también le describían sus ciudades y lugares importantes de su tierra, todo con la sencillez y veracidad que caracteriza a todo niño, sean del país que sean. También cruzaron fotografías. Lo divertido para Annette fue, que tuvo que recurrir a fotógrafos de la Plaza de Armas de su ciudad, estos personajes manejaban unas máquinas especiales, un gran trípode y sobre éste colocaban un cajón, luego introducían en él la cabeza y de ahí, como escondidos, tomaban la fotografía, que pocas veces dejaba contento al interesado, pero no había alternativa, en ese tiempo, pocos eran los que poseían una máquina fotográfica moderna.

El intercambio de correspondencia funciona normalmente por un año más o menos. Por cambio de domicilio de Annette, se interrumpe la comunicación y las cartas de sus amigos se pierden en el tiempo. Les pido recuerden el nombre de Alejandro, que en el futuro de Annette, después de cincuenta y dos años reaparecerá, teniendo una espectacular incidencia en su vida.

La protagonista no se preocupa de la ruptura de la comunicación con sus amigos, existen otros intereses que le absorben por completo su tiempo, está totalmente dedicada al atletismo, muy temprano practica con otras compañeras y un entrenador, salto largo, alto, posta, metros planos, también gusta de jugar Basketball.

Su vida transcurre normal. Sus estudios secundarios los realiza en el Liceo de Niñas de La Serena, que en esos años funcionaba frente a la Plaza de Armas, en un caserón antiguo ubicado en la esquina que conforman las calles Prat con Matta, donde hoy, están los jardines de la Intendencia y parte del edificio.

Annette se decide por la práctica del Basketball, poseía gran habilidad, mucha fuerza y una clarísima visión del cesto. Sus compañeras de equipo y su maestra de Educación Física, le otorgan el honor de ser la Capitana del equipo de Basketball de su liceo (título máximo que anhela toda deportista) y que ella mantuvo durante toda su trayectoria estudiantil, cosechando con su equipo, año tras año, triunfos y más triunfos, logrando siempre ser las campeonas en esa disciplina. Deseos no le faltan hoy, de tener un poder mágico y volver a gozar, de aquellos inolvidables y sanos momentos de tanta felicidad compartida. Aún conserva como un tesoro y como evidencia, para conocimiento de sus hijos y nietos recortes de diarios, referidos a la sobresaliente actuación de Annette en los resultados de los diferentes eventos de Basketball, en los que siempre era la más goleadora. Incluso tiene uno dedicado sólo a ella, por sus excelentes condiciones de Basketbolista.

Finalizando sus estudios secundarios, ingresa a la Escuela Normal de La Serena, en un cargo administrativo, con la clara intención de estudiar la carrera de Profesora Básica, para la que sentía vocación, tramita permiso en el Ministerio de Educación, se le otorga, y en el año 1953, logra su anhelado título de Profesora Normalista.

El año 1955, se concreta otro de los sueños de nuestra protagonista, contrae matrimonio con Zarko, Profesor, tres años mayor que ella hijo de un inmigrante Yugoslavo, casado con chilena.

Annette se siente una mujer muy afortunada, su vida sentimental se enriquece con un esposo apoyador, querendón y muy responsable. Ella decía que Dios había colocado en su camino al ser preciso, para que juntos, en todos los momentos de sus vidas, compartieran sueños, esperanzas e ilusiones; así unidos y queriéndose mucho, en mágicos momentos, abrieron con responsabilidad y amor, el fértil surco, para depositar en él, las mejores y las más valiosas semillas, que cual árbol de la vida, germinaron en su vientre fecundo, cuando la hermosa primavera envolvía su joven cuerpo.

Tuvieron la gracia y la dicha de sentir y gozar embelesados, el dulce y tierno baluceo de sus pequeños retoños, bellos, olorosos y sanos. Agradecidos de Dios, por darles tanto, sin el mérito suficiente. Cuatro queridas niñas y un buen varón llenaron sus vidas, logrando una rica unión y un quererse cada vez más.

Annette y su esposo fueron uno solo, responsables de sus vidas y sus espacios; el trato correcto, firme y amoroso. La prudencia y el respeto al corregir, actitudes prestas al diálogo, el corazón y la acción siempre atentos y dispuestos al apoyo generoso, cosechando a raudales la armonía y la paz entre ellos.

Annette conserva en su corazón agradecido, pequeñas y grandes satisfacciones, valiosos logros, centrados en el amor, la aceptación y valoración de cada uno. Todo realizado con esfuerzo, respeto, voluntad, optimismo y mucha fe, una familia con firmes y sólidas columnas. Estoy contenta, decía: "Tuve un espacio privilegiado para sembrar amor, encontrando la felicidad en mi propia familia". La valiosa obra, realizada antes de sus muertes.

En 1998, Zarko y Annette estaban próximos a cumplir cuarenta y tres años de matrimonio. Ningún miembro de la familia se imaginó que la felicidad se truncara tan bruscamente.

Hacía sólo un mes que Zarko se había sometido a una serie de exámenes médicos y el resultado fue satisfactorio, sin embargo, él no quedó conforme, pues era hipertenso; no se sentía conforme y pensó realizarse nuevos exámenes, que no alcanzó a hacerse. El 15 de abril de 1998, asiste a reunión a la institución que él pertenecía, allí se sintió inquieto y con el pecho oprimido, solicita un taxi y decide irse a su casa, incapaz de abrir la puerta, las llaves quedan puestas en la chapa, toca el timbre y Annette, que ya estaba acostada, sorprendida se asoma por la ventana del segundo piso, y Zarko le dice: "Annette apúrate que me muero". Ella baja rápido la escala, lo recibe, lo sienta en su sillón, no habló ni una palabra y llega la ambulancia, un amigo médico, y al hospital, donde le hacen reanimación, pero ya era tarde, el certificado de defunción dice "Infarto al miocardio", había fallecido de muerte súbita.

Annette, desconcertada e incrédula de lo que estaba viviendo, no asumió lo sucedido, se dejó llevar y hacer lo que le decían; asistió al velatorio y al funeral, como un autómatas. Así fue que durante ocho meses esperó que llegara, se dio cuenta que estaba sola, cuando en una ocasión, su hija mayor abre la puerta de calle, igual como lo hacía su esposo. Se produjo la explosión de su conciencia, que la hace sumir en brutal depresión. Debe consultar un especialista, así es que, muy pero muy lentamente, empieza su recuperación.

Se emociona constantemente, más de la mitad de su vida compartió con su esposo, sintiéndose una mujer plena, privilegiada por Dios, el permitirle dar vida a otras vidas. Regalona y amada por Zarko, ser excepcional, un hombre ejemplar, merecedor de todos los elogios que recibió en vida, y después de su partida, todos los homenajes

condensados en un cuadernillo, de ochenta y cinco hojas, que la hija mayor mandó a anillar.

Annette piensa y cree, que su esposo cruzó sin vacilar, el umbral que lo condujo al oriente eterno, cumpliendo de esta forma, con el ciclo inexorable de la vida. En su rostro se insinuaba una sonrisa, como un mensaje de tranquilidad para todos, ella dice: "Amado mío, como lo hiciste en vida, has entrado a espacios superiores, en meditación profunda, por siempre".

Annette ha debido replantearse la vida, para enfrentar el futuro con esperanzas de días mejores y mucha fe, sigue con sus numerosas actividades culturales, gremiales, de relaciones humanas, viajes, etc.

Ella siente que el dolor la ha hecho más humana, si se quiere más buena, más tolerante, está consciente del amor de sus hijos y nietos, del milagro de estar viva, de existir y con eso es tremendamente feliz.

Perdiendo un ser amado, se tiene una perspectiva distinta de la vida. Annette se hizo el firme propósito, de decir lo que en el momento siente y hacer lo que hay que hacer, en el instante preciso, no dejar nada pendiente, nada para después, no realizar las cosas malogra el espíritu.

A sus amigas les dice, si tienen un buen matrimonio, que se esfuercen por la armonía y la unión de la familia; si hay momentos en que desean besar a su esposo, que lo besen, si sienten deseos de decirle "te quiero" lo digan, ella muchas veces quiso hacerlo con su marido y se contuvo por la educación recibida, o porque la mujer no debía tomar la iniciativa, ¡Tonterías!, hay que realizar libremente estos impulsos maravillosos de cariño y amor.

Muchas de sus amigas lo han puesto en práctica y están felices ellas y sus maridos, mejorando en varios casos la relación de pareja. Debemos tener presente que lo más hermoso que Dios ha dado a los seres humanos, es la capacidad de quererse y amarse; y, si todo el universo lo logra, alcanzaríamos algún día, la ansiada paz universal.

Año 2001, este nuevo siglo sorprenderá a Annette con un acontecimiento que cambiará su vida. Han transcurrido ya tres años y siete meses desde aquella trágica y dolorosa noche del mes de abril de 1998.

A comienzos del mes de noviembre del 2001, se realiza en La Serena una convención de una institución benéfica, un amigo integrante de esta institución, de una ciudad del norte, invita a Alejandro (que se ha incorporado a ella) y que se desempeña como Cónsul General de su país en Chile, para venir a La Serena. Acepta la invitación, regalándose el viaje por estar pronto de cumpleaños, con el propósito de buscar a Annette y tener la oportunidad de conocerla después de cincuenta años o más.

Annette es una persona muy activa y conocida en La Serena, por haber sido gran deportista, haber trabajado diez años en la Escuela Normal de su ciudad, haber hecho clases en varios colegios, haber sido dirigente del Colegio de Profesores en actividad y ahora que está jubilada, ser miembro de un Instituto Cultural, pertenece al Coro de Profesores Jubilados, integrante de un grupo de Mujeres Laicas, por lo tanto, para Alejandro fue muy fácil ubicarla. Fue así, como el viernes 2 de noviembre de 2001, día del cumpleaños de él, una amiga de Annette, que dio la información, la llama por teléfono, que a las cinco de la tarde la visitará y que debe esperarla, pues le tiene una sorpresa.

A la hora indicada suena el din don de la casa. Annette abre la puerta, se encuentra con su amiga, acompañada de un señor alto muy bien presentado. En ese momento, ella no sabe quién es este varón, él se presenta, por vez primera y en grato encuentro, se conocen y se abrazan emocionados y contentos. Ella no supo que ese día era el cumpleaños de Alejandro.

Esta visita fue breve, él debía volver a sus reuniones, pero quedaron de encontrarse el lunes 5, a las siete de la tarde, en casa de Annette. Al despedirse, lo hizo tres veces abrazándola efusivamente, ella feliz de encontrar un amigo interesante, culto, con una dicción impecable y bastante atractivo. Sintió en su corazón emociones encontradas, que llenaron su alma vacía. Contó a dos de sus hijas, este episodio que acababa de vivir, muy celebrado por ellas, comprometiéndose a organizar el próximo encuentro en una tertulia familiar.

En la tarde del lunes, se ocuparon de poner la mesa, con flores, bocadillos propios de un cóctel, sin faltar la exquisita champaña, todo muy bien presentado para tan distinguida visita. Alejandro llegó a las siete veinticinco de la tarde, llevándole una caja de bombones. Annette, le presentó a dos de sus hijas y a un yerno, todo en un ambiente alegre y pleno de cordialidad. Durante la tertulia, supieron que la diplomacia la obtuvo en la Universidad de Madrid, que, por su cargo, ha conocido importantes ciudades y que luego, de dejar Chile, postularía a Madrid, Ginebra o podría suceder también que jubilara.

En su país, se casó con una dama de ascendencia árabe, tuvieron cinco hijos: tres damas y dos varones, en un compartir lleno de felicidad. En un verano, como siempre sucede, la familia sale de vacaciones, pero por circunstancias especiales, esta vez sólo su esposa y tres de sus hijos, pudieron hacerlo. El misterioso destino, ha tejido algo atroz en la vida de muchas personas que regresaban

a sus hogares, felices y satisfechas por el merecido descanso logrado, el avión en que regresaban, empieza a fallar, estrellándose posteriormente, falleciendo todos sus ocupantes.

Alejandro perdió en este terrible y cruel accidente a su esposa, dos de sus hijas y un hijo ¡Que dolor! ¡Cuatro seres queridos de una vez!

Annette, lamentó sinceramente y estremecida, tan horrible suceso y corazón adentro sintió muy fuerte el dolor, que Alejandro debió sufrir, en esos momentos de tanta crueldad y tristeza. El quedó con una hija de trece años y el chico de once años. Actualmente están casados, viven en Estados Unidos y le han dado tres nietos.

Alejandro hace veinte años que está viudo, no rehizo su vida por el inmenso amor a sus hijos y el temor de producir algún trauma a sus pequeños, que no querían que su madre fuera reemplazada, ni menos engendrar hijos que vinieran a ocupar los lugares de sus recordados y amados hermanos.

Annette lo observa y piensa que Alejandro ya no se casará, ha sido mucho tiempo de vivir solo, la soledad, afecta al ser humano y por lo general empiezan a tener mañas. Él vive con una nana de su país, que lo acompaña desde siempre y que maneja muy bien la casa.

Sacando lo trágico de esta tertulia, fue todo un éxito, compartió con la familia hasta las once y media de la noche, feliz de este “encuentro de novelas” decía. Al despedirse, Annette le obsequió una botella de pisco sour de la zona.

A los ocho días de haberse conocido, nuestra protagonista recibe una llamada telefónica de Alejandro, agradeciéndole la fina atención y el cariño brindado por la familia, le expresó lo maravilloso que fue

conocerse después de más de cincuenta años, que le encantó la ciudad y su deseo de volver pronto.

Para Annette fue muy positivo reencontrar a Alejandro perdido entre dos tiempos y haber tenido la posibilidad de estar frente a frente, de volver a reiniciar esta relación epistolar y/o telefónica, que él manifestó reanudarla en una etapa diferente de sus vidas, y esto se ha cumplido, acordaron las once de la noche para charlar. Annette quedó fascinada con la voz telefónica de Alejandro.

Todas las noches, ansiosa espera la hora hermosa de sus encuentros, se inunda de dicha y hasta quisiera bailar, poco a poco se ha ido enamorando de esa voz que está ahí, en sus oídos, sólo para ella. En su mundo interior, tiene este secreto, que es la razón de vivir, todo es fantasía, piensa, en esta forma de querer, en sus sueños se hace dueña de su boca y de su piel, Alejandro, ha sido como un chispazo mágico que le entregó la vida, logrando sacar la nebulosa gris aferrada a ella por tanto tiempo, él produjo el milagro de cambiar su existencia. Ella valora cada especial delicadeza, cada tiempo entregado, cada palabra de aliento la han hecho renacer, él estará en su vida hasta el final de su tiempo, como un sueño precioso difícil de olvidar, las ventanas de su alma se abrieron amorosas y, en instantes felices, lo triste y doloroso... ya se ha suavizado.

A pesar de todo lo sufrido, del tiempo transcurrido, sorprendida Annette, se dio cuenta que su corazón latía alborozado, que la vida le ofrece un gran arco iris de sueños e ilusiones, se alegra por la aventura de estar viva. Feliz de contar con alguien que la llama para saber cómo está, qué planes tiene, que la trata con cariño, que la hace sentir un ser valorado y digno, su corazón agradece a la vida, por este ser maravilloso que mágicamente despertó a la mujer, cuyo cuerpo y mente actuaba solo por inercia.

Se dio cuenta también, que era capaz de mantener conversación con un hombre tan culto y ameno como Alejandro, lo que le dio mucha tranquilidad y confianza. Han pasado ya ocho meses de esta comunicación telefónica que, poco a poco, ha llegado a ser amorosa. A raíz del dolor sufrido por Annette, con la muerte de su marido, sintió la necesidad de escribir para desahogarse, inclinándose por la poesía, fue así como escribió varios poemas en homenaje a Zarko, a la vida, a sus nietos, a situaciones observadas al pasar. Como le resultara fácil, está empeñada en condensarlas en un libro, que es ahora otra meta que piensa cumplir pronto.

Alejandro también ha sido motivo de inspiración, le ha escrito varios: "Tu Voz", "Pienso en ti", "Sueños", "Reencuentro", "Reflexión". A Alejandro le gusta lo que escribe y le pide en sus charlas que se las repita, ella a pedido de él, se las hizo llegar. De vuelta, él le escribe una hermosa carta junto con un CD con catorce canciones interpretadas por Luis Miguel y eligiendo "Bésame Mucho" como la canción que los representará. Además, junto con el interesante Libro de Stefan Zweig "Momentos estelares de la humanidad", doce miniaturas históricas, que serán motivo de comentario dentro de sus charlas.

Alejandro y Annette, han decidido reencontrarse, antes que corra más la vida y no se vuelvan a perder en los espacios sin tiempo. Para ella, ha sido un poco complicado materializar este compromiso. Al comienzo, se sintió como faltando al recuerdo y como traicionando a Zarko, se hacía reproches. La razón aparece sentenciosa diciéndole: ¡No debes hacerlo! ¡Qué será de tu imagen! ¡Te arrepentirás!.

En su vida personal, Annette, siempre fue estricta, apegada a sus principios y valores, su recato, sus esquemas tradicionales largamente respetados, sus más caros recuerdos, su responsabilidad social, estaban a punto de ser quebrantados; todo producto de una

educación familiar rígida y de un matrimonio con principios muy bien llevados... ¿Qué hacer?, difícil interrogante.

Reflexiona intensamente, aceptando y rechazando a la razón; retrospectivamente, llega al día de su matrimonio, donde el sacerdote al final de la ceremonia nupcial sentencia "Unidos, hasta que la muerte los separe". Se tranquiliza un poco; vuelve a racionalizar; concuerda con Alejandro que: "La felicidad es inconsciente, se da sólo, cuando actuamos con naturalidad, si nos detenemos a analizarla, desaparece, porque es natural, eso de pararse y analizar; agrega que, la sabiduría es luz y no fuego, ilumina el camino, pero no calienta el corazón, puede librarnos de caer, pero es incapaz de hacernos volar".

Annette, medita y concluye que: es el momento de estrujar la vida que le queda, de no hacerlo, correrá el riesgo de empezar a morir lentamente. La felicidad es tan difícil de hallar, que todas las puertas deben abrirse.

Un día, sin esperarlo, sin saberlo, el amor llamó a su puerta y sería torpeza cerrársela; este sentimiento maravilloso que, sin proponérselo, fue recibiendo, en las charlas telefónicas, el alimento necesario, acrecentándolo cada vez más. Cree y se convence, que ya habrá tiempo suficiente para los recatos y ascetismos, cuando sea más vieja.

Debo ser sabia, - se decía -, para amar el presente, como lo amaré cuando sea pasado.

Annette, se asombra de querer como quiere a Alejandro. Jamás pensó que existiría otro amor en su camino, ni menos a esta altura de su vida. En su poema, "Sueños" dice: "No quiero, Señor / salir de este sueño / que envuelve mi cuerpo / y me hace feliz / me inquieta que pueda/ en instantes sin tiempo / romperse en pedazos / y

hacerme sufrir. Más adelante dice, en este mismo poema: ¡Quién fuera a creerlo / lo que me pasa a mí! / esto es un milagro / dirán por ahí/ pero no me importa / lo que digan ellos / si la vida sólo / me lo ofrece a mí.

Releyendo los poemas en que Alejandro es el centro de su inspiración y con la suma de sus reflexiones, se sumergió en un mundo mágico casi irreal.

Para fines de junio, Annette ha programado su viaje a Iquique, que es la ciudad elegida de común acuerdo, para reencontrarse. Tiene su pasaje aéreo, para el viernes 21, Alejandro, por su trabajo, llegará el sábado 22 al medio día, fecha que marcará un hito inolvidable en sus vidas.

Los invisibles lazos del destino, permitieron, el bello milagro, de concretar ansiados sueños, fantasías e ilusiones, uniendo en espectacular encuentro, a dos seres maravillosos, que, por años, estuvieron perdidos en espacios sin tiempo. Se preguntan: ¿Qué misteriosa fuerza, ha sido capaz de manejar los hilos de sus vidas, igualando caminos? ¡Qué gratísimas vivencias! ¡Qué de encontrados sentimientos! Desean recuperar el tiempo suspendido, en cercanas fronteras, con respeto, ternura y delicadeza, han regresado a ordenamientos anteriores, en conversaciones prudentes y mesuradas, escuchándose con oído atento y fino, conocen los senderos recorridos, los indistintamente vivido por ellos en regresivos tiempos. En íntimos momentos, sentados frente a frente, mirándose dulcemente a los ojos, sin perder ademanes, gestos y palabras, prometen reencontrarse una vez más y las que les sean posibles. Es un privilegio, un regalo divino, no pueden creerlo ¡Pero es real!, están ahí, agradeciendo a Dios y a la vida, la inmensa felicidad concedida.

El domingo 23, almuerzan en el hermoso “Restaurante Español”, en un gratísimo compartir, con un hombre maravilloso, que la atiende y la hace sentir como una reina, Annette recibirá aquí, una linda e inesperada sorpresa. Al traer el garzón la cuenta de lo consumido, con mucha elegancia, trae en una reluciente bandeja, un auténtico y bellissimo abanico español, ofreciéndoselo a Annette, como gentileza de la casa, quien agradece emocionada y feliz, tan lindo gesto. Alejandro lo toma enseguida, y, en un impulso arrebatador, marca en uno de los extremos, las iniciales de sus nombres. Annette, está plena de alegría ¿Qué más puede pedir? ¿Qué hado la favorecía tan generosamente?. A los dos les gusta el mar, pero a Alejandro le fascina, de regreso, caminan por la playa, gozando con el espectáculo que les ofrecen las juguetonas olas al chocar con el roquerío.

Todo ha sido tan natural y normal, como si siempre hubiesen estado juntos, están muy contentos, se sienten envueltos, en la burbuja de la felicidad.

En la tarde visitaron el mall, Alejandro tenía programado comprar algunas cosas, Annette le ayudó a elegir camisas y zapatos; a él le agradó mucho que lo hiciera, a ella le obsequió un perfume, un reloj pulsera y que eligiera un libro, se dejó llevar por el título y optó por “Lo que está en mi corazón” de Marcela Serrano, fue un maravilloso día de grato compartir y gozar cada momento vivido.

Annette dice que, en su corazón agradecido tiene muy dentro, dos objetos simbólicos, de gran valor para ella, en el fondo del ventrículo derecho está “la cajita de la dicha”, ¡Imagínense lo que allí guarda! Y, en el izquierdo, el pequeño y gran baúl de sus recuerdos, repletos de sentimientos de agradable dulzor, otros no tan dulces y también los amargos.

El tiempo cronológico inexorable y cruel, interrumpe celosamente, este espacio mágico, vivido por esos seres extraordinarios que, rompiendo sus conservadores esquemas de vida, en momentos breves y fugaces, lograron la felicidad, atesorando en tan poco tiempo un montón de bellísimas vivencias que, al evocarlas, sus labios lo harán con una sonrisa.

Lunes 24, regresan a sus respectivos hogares, con la firme promesa de reencontrarse muy pronto. En la noche Alejandro la llama para saber cómo fue el viaje y para comentarle una y otra vez los inolvidables momentos compartidos.

Para Annette, la imagen de Alejandro es la de un hombre muy cálido, cariñoso, gentil, romántico, inteligente, generoso, sencillo y tierno, le encanta su trabajo, lo realiza con responsabilidad, entregando lo mejor, sin importar horarios. Annette lo define como trabajólico, y, él asiente que así es.

Las charlas continúan normalmente, todas las noches a la hora convenida. Los días martes de cada semana, ella tiene reunión de uno de los grupos culturales, como generalmente la reunión se prolonga, pide permiso, llama un radio taxi y a casa; por ningún motivo se pierde la hora de la charla con Alejandro. Sus conversaciones son muy variadas: de temas de actualidad, de música, de algún libro leído, de reportajes del Mercurio, de ellos mismos, se ríen, en fin; el tiempo corre rápido, casi siempre hablan cerca de una hora, para luego despedirse con los mejores deseos de éxito y felicidad para ellos. En agosto están proyectando reencontrarse de nuevo, acuerdan la última semana de ese mes.

A las dos y media de la tarde, de un viernes del mes de agosto, Alejandro espera en el aeropuerto la llegada de Annette, este día tan especial para los dos seres que tienen la suerte de volver a reencontrarse, no tiene precio, de lejos se saludan en cariñoso

gesto, sonrientes acortan distancias, para fundirse en un amoroso, fuerte y apretado abrazo.

Lo sorprendente para ellos es que todo les resulta natural, no hay nerviosismo, no hay dudas, existe sólo la armonía y la felicidad. Annette se pregunta si se habrán conocido en vidas pasadas. ¿Por qué no? Alejandro tampoco tiene una explicación racional, para esto de conocerse, quererse, de la admiración y respeto que siente por ella, las interrogantes, no tienen respuestas, quedan en el misterio que el destino teje oculto para cada ser humano.

Han tenido tiempo para conversar de todo, de su pasado, del presente, de sus países, de cómo la eligió de este listado de chicas chilenas de aquella antigua revista, él es dos años nueve meses menor que ella; en fin, miles de cosas y detalles que fluyeron en sus entretenidas conversaciones.

Alejandro la sorprende, obsequiándole una joya artesanal, que le comprara a una chica vendedora en la Plaza de Moscú, es una rosa a medio abrir, confeccionada con cristal Swarovski, material austriaco, enchapada en oro, muy bien elaborada, Annette agradece emocionada, tan bello gesto, por ser ella la elegida que la lucirá en ocasiones especiales.

El tiempo ha corrido muy de prisa y de nuevo deben emprender el vuelo a sus respectivos lugares, con sus corazones repletos de sentimientos de agradable sabor y tremenda alegría.

En forma normal continúan sus charlas, con gran voluntad y sabiduría, logran regalarse maravillosos momentos, que a pesar de las distancias que los separa, a su manera, gozan la vida concedida.

Annette recibe un paquete, con un maravilloso libro que Alejandro prometió enviarle a pedido de ella; con un vistazo general de su

país, con muy buen papel y vistas panorámicas, lo que le permitió conocer más, de esa patria tan querida de él; venía también una fotografía de Alejandro, porque ella no tenía ninguna, la dedicación dice: Annette "El mar y tú" Alejandro.

Ella piensa, que, para él, primero está el mar, que ella, pero solo fue un pensamiento veloz, lo importante es que tiene la fotografía. Alejandro está pronto a cumplir en nuestro país, el tiempo reglamentario que corresponde al cargo de Cónsul, fue así, como en los primeros días de noviembre, comunica a Annette que debe regresar definitivamente a mediados de ese mes, ella toma con mucha filosofía esta noticia, está segura que seguirán comunicándose, no todos los días como lo han hecho hasta hoy, pero que, de llamarse, lo harán.

Llega el día 15 de agosto en la mañana, temprano, junto a su leal nana inician el viaje de regreso a su patria.

La última comunicación telefónica, fue el día anterior, esperó justo a las once para charlar, no fue una despedida, porque para los seres que se quieren, no existen las despedidas, dijo categórico, le pidió que no lo olvidara, que, al partir, se lleva un pedazo de su vida y que la llamará pronto. Ella le entregó los mejores deseos de éxitos en lo que le corresponda hacer, y que, de olvido, no se hable, pues los maravillosos recuerdos, los momentos únicos tan íntimamente compartidos, han marcado ya una huella profunda en sus vidas, difícil e imposible de borrar y menos aún de olvidar.

Alejandro cumplió con la llamada prometida, lo hizo a las once de la noche, para no perder la costumbre, le contó que llovía torrencialmente, que la extraña, que la quiere mucho y que tenga paciencia en la espera, pues está en una misión lejos de la Capital.

Annette, está feliz, agradece a la vida por lo recibido generosamente, por permitirle conocer a Alejandro, maravilloso ser que ha tenido tan importante participación en su vida. Todo ha sido tan hermoso, le basta cerrar los ojos y traer al presente todos los momentos compartidos, los sentimientos atesorados en su alma, que aparecen más claros, más nítidos y más valiosos en la ausencia y la distancia.

Concluyendo satisfecha, Annette nos dice: Esperaré pacientemente a Alejandro disfrutaré mi existencia tranquila, en paz, con el dulce sabor de lo probado, conjuntamente con ese extraño gusto a maravillosa locura.



Primer Lugar
Región de Valparaíso



Amor anacrónico



Pilar Silva Labbé. (63)
Villa Alemana

I

Amor equívoco,
erróneo,
inadecuado,
anacrónico.

Dos almas que se encuentran
en un instante
al medio de la eternidad.

Espíritus prisioneros en dos cuerpos
materia viva,
palpitante.

El magnetismo de los polos opuestos.

Tú y yo,
tan distintos,
tan idénticos.

II

Aparecí entre las calas

y el rocanrol;

ahí no te encontrabas.

Luego arribó la guerra de las flores

y tampoco estabas.

Padecimos la mezquina lid,

bailamos el soul y el gogó

y no apareciste.

Después creí poder alcanzar la gloria

pero se escapó de mí.

Brotaron los primeros hilos albos sobre mi sien

y tú ¿dónde estabas?

III

Seguí avanzando

por el espectro multicolor de la vida

hasta que el eco resonó en mí.

Resbalé del cántaro vacío

y tú no me recogiste.

Acecharon la morada de la niña los bandoleros

y tú no la defendiste.

Los pasos se tornaron en vaivén repetido,

Interminable,

enajenante.

Y ahí... en medio de esa nada

¡surgiste tú!

IV

Mirada trémula y pícara a la vez.

Entonces resurgió la pequeña,

la que precozmente debió crecer.

Despertó la mujer del sopor encantado.

Tal vez la madre que nunca fue.

¿Quién eras?

¿El niño?,

¿el hombre?

¿El hijo que pensé jamás tener?

¡Cómo saberlo!

Únicamente te puedo decir
que llevo impreso en el alma y en la piel
el fulgor de tus ojos,
el calor embriagador de tus manos
y la calidez arrulladora de tu abrazo.

V

Jamás lograré despojarme de la huella que estampaste en mí.

Mas, ahora,

¿qué hacer para manejar esta sinrazón
de la ascensión y el descenso a la vez?

Es por eso que me cargo de buenas intenciones
en un eterno zigzaguar entre el querer y el deber.

Y no hay respuestas,

ni soluciones.

Sólo nos queda este gran amor equívoco,

anacrónico,

ciego, sordo y mudo.

Sentenciosamente mutilado

en el tiempo

y el porvenir.



Primer Lugar
Región del L.B. O'Higgins



Academia de modas



Justina del Carmen Miranda Soto (99)
Rancagua

Nunca me imaginé ser modista, pero como son las cosas del destino, terminé siendo una. Todo comenzó, cuando al Liceo de Niñas de Rancagua, donde estudiaba, llegó como todos los años la invitación de la Escuela Normal de Santiago, a todos los segundos años de humanidades, con el fin de dar el examen para recibirse de profesora normalista, - en esos tiempos ser profesora era una profesión de mucho prestigio-.

Por supuesto que me cautivó la propuesta, conversé con mi mamá y la aceptó de inmediato; empezamos a hacer los trámites, felices. Diez niñas con toda la documentación requerida viajamos en tren, acompañadas con la diligente profesora de historia. Esperaba secretamente tener el primer lugar en la selección, siempre fui la mejor alumna de mi curso. Imagínense tan segura, una niña campesina con 16 años llena de ilusiones, no cabía en mí de gozo. Tengo una prima en Santiago. que es profesora de la Escuela Normal, ella me va ayudar- no seré eliminada- pensaba inocentemente.

Pena, desilusión, frustración, me quería morir, ninguna niña quedó, yo saqué el mejor puntaje del grupo. Fue tanto el impacto y el dolor que prometí no volver a terminar el cuarto año de humanidades ¡nunca más vuelvo a estudiar! ¡Nunca más, nunca más! tendré que ser cualquier otra cosa, repetía en mi cabeza.

Volví al campo Lo Miranda, preguntándome ¿cómo le cuento a mi mamá que me encontraron un problema al corazón?, en ese tiempo hacían un examen físico y eso me descalificó. Después de llorar y llorar ella me dijo:

- No se ha terminado el mundo, ya verás hay que tener fe.

A mi casa llegaba el diario todos los días y a veces comprábamos revistas. Un día, leyendo una, encontré un aviso "Academia de Modas" me llené de curiosidad, tenía toda la información, era en Santiago y debía quedarme interna por un tiempo. Mi mamá lo pensó, finalmente resolvió

- Voy a escribir a una pariente que tengo en Santiago.

Era una sobrina de ella, que era modista, se llamaba Manuela, quizás podría quedarme ahí los fines de semana.

Ella respondió cariñosamente que sí, comenzamos a arreglar las pilchas y volvimos a viajar esperanzadas, emocionadas.

El curso duraba 3 meses y quedé interna, era la primera vez que estaba fuera de mi casa. Nos daban alimentación y alojamiento. Comenzaba una nueva vida, sin carne, sin leche, sin queso, sin nada de nada.

Era el año 1937, y esto aconteció en la Escuela Técnica Profesional Francesa, la directora se llamaba "Madame" Suzanne Rousett. Una señora enjuta, severa y de poca comunicación.

El curso tenía diecisiete alumnas de diferentes pueblos. La academia se ubicaba en la calle Alameda al lado del cerro Santa Lucia, un edificio de tres pisos. El ruido de los tranvías y el chirrido característico sacando chispas en los cables aún resuena en mi

cabeza, era el sonido de la modernidad, inclusive había luz en calle toda la noche, de donde yo venía solo alumbrada la luz de la luna y las lámparas de carburo. Descubría la ciudad más importante del país, ahora entendía todo lo que había escuchado o leído, los nombres de los fundadores de las universidades impresas en las placas, las grandes tiendas se materializaban ante mis ojos, los teatros, los museos.

Pero bueno, yo había ido a aprender a ganarme la vida y fue eso exactamente lo que hice. El primer día de clases llegó:

-Primero que todo, hoy vamos a aprender a usar las herramientas.

Indicó la profesora, una mujer de mediana edad morena, bajita, simpática y como decían antes, sin novedad. Teníamos que usar, papel de seda, huincha de medir, tijeras, hilo, escuadra, regla, lápices y cuadernos. Manos a la obra de lunes a viernes desde las 9 al medio día, luego almorzábamos y volvíamos al trabajo desde las 3 a las 5 de la tarde.

A las 8 de la mañana todas sentadas en el comedor, el desayuno era un líquido terroso que parecía ser café con leche, casi nada de esto último, el almuerzo no era mucho mejor, siempre había un trozo solitario de pescado acompañado de vegetales ¡como añoraba mi casa! y su abundancia, bajé 10 kilos en ese tiempo. No tenía derecho a once porque había que pagar extra. Durante ese periodo compartíamos mucho con otras niñas especialmente las encomiendas que nos llegaban.

Teníamos permiso de salir el sábado y volver el domingo, aprovechaba de ir a la casa de mi prima, ahí lo pasábamos muy bien, a veces venía el resto de la parentela del campo y me invitaban al cine o las quintas de recreo a bailar.

Otras veces salíamos con una compañera a dar vueltas por el centro de Santiago y por el famoso cerro Santa Lucia ahí nos encontrábamos con algunos jóvenes, intercambiábamos pocas palabras y sonrisas nerviosas, después nos dirigíamos a las tiendas comerciales preguntando el precio de todo, abrigos, vestidos, blusas, prometíamos volver – con qué ropa- no teníamos un cinco para eso. Pero para comprar yogurt que era la nueva moda, en la plaza de armas, si nos alcanzaba. Así pasaba el tiempo, nunca falté a una clase de la academia y estudiaba con ahínco todo lo que me enseñaban.

Especial atención había que tener con los moldes de confección que se hacían en papel de seda podía ser una blusa, falda, chaqueta, abrigo o pijama.

-Tomen bien las medidas niñas - insistía la profesora-

Alto total, alto busto, alto cintura, espalda, sisa, contorno de busto, contorno de cintura, contorno de caderas a veinte centímetros de la cintura. No recuerdo el nombre de mi profesora, lo único que permanece mi mente es que era muy paciente, gentil y agradable de trabajar con ella, aprendí mucho. Esas eran las bases, las medidas, la confección, para otras prendas variaba un poco. El sistema de enseñanza era francés y por eso hasta el día de hoy me jacto de haber aprendido el mejor corte.

De las diecisiete niñas internas doce teníamos un dormitorio grande, con seis camas por lado, las otras cinco señoritas que pagaban la once dormían en otro lugar, eran estudiantes acomodadas, ricas. Pero nosotras en contrapartida nos hicimos amigas todas instantáneamente, en las noches hacíamos desfiles de moda con los moldes de papel que habíamos cortado en las clases, cantábamos, bailábamos, el alboroto era tan grande que

una noche llego la Madame a golpear la puerta y como no le abríamos gritaba furiosa:

-Couvrir le port! - puni puni!

Era en francés y no le entendíamos una sola palabra y más nos reíamos, en medio del griterío varias niñas corrieron a acostarse conmigo, sentimos un crujido... la marquesa se quebró, todas al suelo y seguíamos riéndonos.

En esos tres meses aprendí la moda, conocí las telas, los figurines, la entretela, el acolchado, los pabilos, hacer ojales perfectos incluso bordado con lentejuelas, pero hubo muchas técnicas que aprendí sola, porque antes de los 3 meses me retiré de la academia, había enflaquecido tanto que parecía espíritu y no me importó no recibir el famoso diploma. Ya en mi casa me dispuse a practicar y reponerme para empezar a coser en la máquina de mano de mi mamá.

Rápidamente el vecindario se enteró que cosía, era realmente una novedad, en seguida llegó una joven con un género finísimo y un pedazo de terciopelo para adorno. Mi emoción era tan grande que lo recibí inmediatamente, le tomé las medidas al pie de la letra, y le dije:

- Te llamaré para que vengas hacer la prueba.

Mientras tanto pensaba, ¡Dios mío! ¡Qué voy hacer ahora!, tengo que cumplir. Pensé, cavilé, medí una y otra vez:

- ¿Lo corto o no?, ¿Estará bien?

Hasta que me decidí y metí tijera con mano firme, nunca antes había cortado género todo en la academia era en papel de seda.

Ahora a hilvanar para la prueba, recuerdo que no quedó perfecto la primera vez y la contacté para la segunda prueba y la clienta aceptó feliz. Venía lo más difícil cómo cortar y planchar el cuello de terciopelo, jamás había pasado por mis manos ese tipo de tela. Se me ocurrió plancharlo con papel de diario encima para que la delicada tela no quedara aplastada. Las planchas de antes eran pesadas de fierro y muy difícil de calibrar porque llevaban carbón encendido dentro, se probaban tocándolas rápidamente con los dedos y mirando que los pequeños carbones no estuvieran todos encendidos.

De ahí en adelante fue una seguidilla de trabajos, de varias partes llegaban con géneros y así empecé, de no saber prácticamente nada, hasta que logré que me gustara y lo hacía con agrado.

Poco tiempo después, como en mi casa teníamos negocio de abarrotes, pasaba todas las semanas un vendedor con canastas de mercadería ofreciéndoselas a mi mamá y me veía que yo cosía, entonces me sugirió la idea de tener una máquina de pie, acepté y él personalmente me acompañó a comprarla en Rancagua. En la calle Independencia estaba la distribuidora Singer y ahí la compre en 2940 pesos pagaderos en cómodas cuotas de 500 pesos mensuales. Era la cosa más linda, me sentía la mujer más afortunada del mundo, nadie en el pueblo tenía una máquina como la mía. Me dediqué a conocerla, maniobrarla aprendí a ponerle la bobina, enhebrarla y no sé cuánto tiempo estuve contemplándola. Eso fue ya hace 80 años.

Y mi profesión se fue por un tubo, trabajé en el campo, entremedio de todo eso me casé un año después de comprar mi máquina, ¿no sería que mi novio vio que ganaba platita? Pasaron varios años y mi esposo ingresó a la Sociedad Minera y partí a Sewell con mi joyita, en el campamento estuve 15 años trabajando continuamente, inclusive iba a Santiago a comprar telas a Balut y Benedetto no me

quedaba una sola, las clientas se las peleaban. Les cosía a esposas de jefes Rol A casi todas las semanas, ellas tenían fiestas y debían vestir bien, conocí y me atreví a coser las gazas transparentes, las telas brillantes para forro, el chiffon para hacer los tapados, el terciopelo, el shantung, las lanas finas (oveja) y casimires oveja tomé, sedas naturales y reversibles. Para los abrigos usaba la Piel de Durazno y el Blin y Blin. A pesar de mi procedencia, mujer campesina, poco sofisticada, nunca acepté telas ordinarias.

En el año 65 fue el éxodo de familias de Sewell y nos asignaron casa en Rancagua. Instalada nuevamente con mi maquina seguí vistiendo a las señoras y así pasaron décadas cosiendo hasta que decidí parar, me cansaba, ya tenía más de 70 años.

Hoy tengo 99 años y 5 meses todavía me acuerdo de coser, sigo arreglando mi ropa cuando lo necesito. Aquí está mi noble compañera estacionada en el comedor, sufro pensando que va a ser de ella ¿la irán a querer tanto como yo?, ¿la cuidarán? Una vez quise ser profesora de castellano y terminé en el arte de la moda en lugar de libros de gramática y ortografía, figurines franceses, alemanes, italianos y chilenos llenaron mi casa y por completo mi vida.



Primer Lugar
Región del Maule



La casa de reposo



Juan Ángel Ramos Orellana (61)
San Clemente

Don Manuel Gatica Rojas ya pisa los noventa años, macizo y de mediana estatura, tez morena y cabellos cenicientos, se detiene al costado del camino, deja en el suelo apoyada en sus piernas, la bolsa que lleva indumentaria harapienta; sus ojos se le humedecen mirando el horizonte de los campos con sus verdes trigales primaverales del fundo San José, al oriente de Talca. Más allá sentado en un risco, se bebe la última botella de “Cinzano”, se levanta y camina lentamente en dirección a su rancho, pasa con precaución el estero de las

Canoas del pilucho, sabe muy bien que sus piernas le pesan y su tranquear es lento a su edad, por el desgaste de su corpulencia en su afanar laboral de su vida.

Marino mercante por cincuenta años, obrero de las faenas camineras en la variante de Longotoma; y por último uno de los mejores cortadores de arroz y trigo de la Región de Talca, donde la echona, de mañana hasta el anochecer canta en el corte del apetitoso producto. En las mensualidades, don Gati (como le llaman los campesinos) está en primera fila para recibir la pensión el día de pago. Con los billetes en la mano, don Gatica se preocupa que su primera compra sean varias botellas de cinzano, algunos tallarines, algo de arroz y un engaño para su perro regalón, quien lo acompaña por varios años. Siempre descuida su estómago, para que decir del ropaje. Nadie se acerca a él por el hedor de sus harapos.

En la plaza de San Clemente, degusta el licor dulce dando rienda suelta a él; saca su destartada billetera la que a distancia se ve inflamada de tantos billetes producto de sus sacrificadas imposiciones previsionales que de niño depositó para la vejez. Ningún agricultor le compite, pero él no tiene amigos.

En cada pago, la cajera pagadora del banco, le aconseja guardar bien su dinero por los malandrines que rondan el lugar.

Con la ayuda de algún conocido aborda la góndola de la tarde que lo lleva muy mareado de regreso a su rancho. En el campo lo espera con gran alegría su perro regalón y leal "Pirulo". El quiltro sabe muy bien que en la linguera llena de cinzano, viene algo para engañar sus tripas que ya pierden la batalla contra el hambre

Allí, nunca le falta un sabroso plato de sopa caliente cocinado por la señora Chelita, mujer de noble corazón y especialmente en los días fríos de invierno.

Doña Graciela observa a don Gati mientras almuerza, en su interior le preocupa la situación de él. Ella por la avanzada edad, ya tiene resuelto irse a vivir a Santiago y se pregunta qué sería de la vida de don Manuel en su ausencia, quien bordea los noventa años, podría perecer por desnutrición, enfermedad y por su adicción a su licor de oro, el cinzano.

- Don Manuel, le propongo averiguar para que usted ingrese a la casa de reposo del pueblo. Le dijo Doña Graciela. - Ahí estará mejor con sus pares de adulto mayor, agregó ella.

- Sería bueno Chelita, contestó algo confuso don Gati. He pasado varias veces, no me han aceptado ingresar, me miran de pie a cabeza y siempre me cierran la puerta en la cara.

Él está triste, da una leve sonrisa donde aflora el diente huérfano de su boca.

- Mañana iré al pueblo, hablaré con el encargado de esa casa, dijo ella. Le vuelvo a decir que ahí lo atenderán bien, estará limpio y abrigado, tendrá atención médica y alimentación, Terminó por decir la anciana Chelita.

Don Manuel Gatica, fue Marino mercante por medio siglo, se jactaba de haber recorrido todo el mundo. En todos los puertos de la tierra dejó amistades y algunos amores, lugares donde sus vísceras siempre eran lavadas con el mejor licor del planeta.

Soltero de tomo y lomo -decía- pero se encontraba solo y abandonado en la tierra que lo vio nacer, nunca se preocupó dejar descendencia, para él, su familia eran sus perros regalones.

La anciana Graciela de caminar lento como el marino y ayudada por el lazarillo de su bastón, llega muy temprano a la casa de reposo, expone los argumentos de la vida de don Gatica, extendiendo una boleta de pago de la pensión del anciano.

El Director del hogar quedó perplejo al ver la cantidad de ceros que contenía aquel documento en el alcance líquido, con esa cantidad de plata el hogar funcionaría desahogadamente, alcanzando el dinero para la alimentación de todos los hospedados.

Cuando regresó la anciana a su casa de campo, había llegado ambulancia con personal del hogar a buscar al hombre de mar. No había bienes, solo una ruma de ropa deteriorada y de mal olor, la que fue incineradas sobre una ruma de botellas de cinzano vacías. Varias gotas salieron de sus ojos y cruzaron la pampa arrugada de su rostro; dio las gracias, tomando su perro abordó el móvil en dirección a su nuevo hogar.

Allí conoció nuevas amistades y un gran amor, sentimiento que fue a primera vista. Don Gatica en su casa de reposo fascinaba a sus pares con anécdotas vividas alrededor del mundo. Fue ahí donde el hombre de mar, se introdujo en lo más profundo del corazón de Jovita, una anciana de su misma edad, en ambos; ese sentimiento creció día tras día.

Habían pasado tres años y el hombre navegante sufrió el dolor más grande de su vida al ver partir y abandonar este mundo su compañera de hogar. Don Gatica se había enamorado de ella. Los tres años de vivencia habían sido sólo minutos. Tengo que tener más fuerzas que antes decía en el campo santo, lloraba a su amada, mientras ella desaparecía hacia el fondo de la tierra, muchas lágrimas derramó en la tumba.

Fui el hombre más fuerte, le he ganado a todas las enfermedades del mundo -decía ya calmado- sentado en un rincón de su casa de reposo.

Sólo tres años disfrutó la compañía con su Jovita con quien platicaba tomando el sol primaveral, a quien le entregó su amor y el caudal de vivencias que acumuló alrededor del mundo en sus viajes de mercante.

Al año siguiente de la partida de su amor, don Manuel Gatica (el hombre que le había ganado a todas las enfermedades de la tierra y sus defensas corporales en sus viajes habían triturado todos los virus mortíferos del planeta) un día menos esperado, un virus monárquico le invadió todo el mundo, en la casa de reposo fue directo a él, en batalla este pequeño germen le produjo una fiebre sin control y sus pulmones se fueron apagando por falta de oxígeno.

Tardó poco el tata Gatica para llegar a dar sus pasos en el camino celestial y encontrarse con la Jovita, su gran amor... "Pirulo" le había tomado la delantera.



Primer Lugar
Región de Ñuble



Metamorfosis de un recuerdo de infancia



Haydee Violeta González Rodríguez (72)
Chillán

¡Abuelaaa!, ¿dónde estás?

Era mi llamado habitual de todos los días de verano en que me quedaba con mi abuela en una bella quinta, llena de árboles frutales, flores, gallinas, varios conejos, patos y el infaltable perro guardián “Cacique”.

Siempre encontraba a mi abuela en la cocina. El aroma de sus comidas, dulces y mermeladas llenaba la casa inundando cada rincón de olor a canela, naranja, chocolate o de sus guisos.

Esa mañana entré presurosa para contarle que unos bichos muy feos se estaban comiendo sus flores de color anaranjado, las que pintaban las paredes de su patio.

¿Cuáles bichos? preguntó con los ojos pegados a la olla que revolvía y revolvía sin cesar.

Unos que parecen lombrices, pero tienen patas y pelos, muchos pelos duros como si se hubieran echado laca para salir de fiesta
Ella rió.

Las cosas que se te ocurren. Esos bichos son orugas y sus pelos duros son para defenderse, luego iré a verlas.

Hummm ¿y si yo te las traigo? Antes de que me respondiera yo ya había tomado un frasco y había salido corriendo mientras escuchaba: “¡Ten cuidado!”.

Llegué de vuelta feliz con mis orugas dentro del frasco: “Mira abuela, pero míralas”. Suspiró, apagó el fuego, se sentó poniéndose sus lentes y miró delicadamente a mis orugas cautivas.

Sí, mi niña, estas son orugas.

Abuela, pero son malas, se comen las hojas de las plantas que a ti más te gustan. Mira, ¡pero mira bien!, esta hoja quedó como un colador.

Ella se levantó y regresó con un libro en la mano. Me mostró láminas de hermosas mariposas y cómo pasaban de ser una oruga verde y peluda a una mariposa de lindos colores.

Estas orugas cautivas pueden ser mariposas, ¡tienes que dejarlas libres! sentenció-. Pero yo estaba enojada y le dije: “si es una de esas mariposas que vuelan en la noche, esas me dan miedo, así que las dejaré presas por unos días para que aprendan a no comerse tus plantas”. Y, porfiada, cerré el frasco con la tapa.

Bueno... bueno princesa, entonces tendrás que ponerle algunas hojas y taparemos el frasco con un trozo de tela para que puedan respirar.

Así lo hicimos. Estuve por largo rato contemplándolas, viendo cómo subían y bajaban buscando la ansiada libertad.

Al día siguiente fui a ver a mis prisioneras, pero ¡horror!, la tela tenía un agujero y las orugas se habían fugado aprovechando que yo dormía.

Abuelaaaa, ¡abuelaaa!

¿Qué pasa mi niña?

Le mostré el frasco. Buscamos en la cocina y de pronto, vi a una que caminaba sin miedo por el piso. La volví a su celda, pero la otra no apareció. Pensé que sería un poco fome el estar sola, así que fui a buscarle otra compañera para que conversaran, en su idioma, claro.

Así pasaron los días sin intentos de fuga y sin encontrar a la prófuga.

Y una mañana... “Llegó el día de la transformación”, dijo la abuela. En el frasco ya no había orugas, sino dos bultitos color marrón pegados a la hoja.

Esas son las pupas, explicó la abuela. Las orugas están allí dentro y pronto saldrán convertidas en mariposas, ya no comerán más, así que no tienes que cortar más hojas.

Otro tiempo de espera, entre juegos, cuentos, golosinas y ricas comidas con mi abuela, siempre a mi lado, dejándome ser pastelera, cocinera, pintora, jardinera y hasta, a veces, su peluquera.

Y... llegó el momento tan ansiado. Esa mañana en pijamas llevé el frasco hasta el patio, lo puse sobre una mesita bajo el parrón y me quedé mirándolo mientras la luz del sol se filtraba por las hojas, formando hermosas sombras. De pronto vi que el bultito color marrón se movía como dando tiritones y de la punta algo

blanco comenzó a descender suavemente. Dio como un estirón y desplegó sus alas agitándolas.

¡Abuelaaaaaa!, ¡abuela! Ella llegó presurosa.

¿Qué haces aquí y en pijamas?

Le señalé el frasco. Ella se caló los anteojos y sonrió. Quitó la tela del frasco y la mariposa abrió más sus alas blancas y voló hasta la corola de una flor.


¡Se va, se va! No va a esperar a su compañera, dije algo asombrada ante el maravilloso milagro de la naturaleza- La otra pupa también comenzó a moverse y empezó el nacimiento de la segunda mariposa. Esta era de color blanco y un intenso matiz celeste adornaba sus alas. Voló junto a su compañera y luego las dos se perdieron entre los árboles.

Me quedé en silencio, no podía decir palabra... hasta que el aroma de un chocolate caliente y una tostada con mantequilla y miel me sacaron de mi éxtasis. La abuela me rodeó con sus brazos calentitos de amor y me dijo: "Ya sabes, las orugas son mariposas, déjalas tranquilas, las flores y las hojas volverán a crecer, ¿aprendiste verdad?"


Sí, abuela, aprendí que lo malo se puede transformar en algo bello. Dios les dio alas a las mariposas como premio y ahora ellas vuelan por el cielo para encontrarse con él.

Vi a la abuela con lágrimas en los ojos y sentí todo su cariño en un abrazo bien apretado.

Primer Lugar
Región de Biobío



Del campo a la ciudad para ser profesor: una aventura personal y familiar



Raúl Parra Erice (80)
San Pedro de la Paz

Este relato es una descripción autobiográfica, en palabras simples, de los lugares y personas que fueron influyentes y determinantes en mi formación personal y en mi trayectoria de vida que ya lleva ochenta años. Se remonta al año 1939 y se inicia en la Región de la Araucanía, en un lugar de campo agreste llamado Coipue, ubicado en la extensa faja rural que une Pitrufquén con Villarrica. Camino de tierra generosa en verano y barro en invierno, rodeado de maquis, árboles nativos, copihues y cementeras de trigo que esperaban su cosecha; mientras las vacas, bueyes y caballos se preparaban para la ordeña, arar la tierra y transportar al campesino a sus faenas agrícolas que realizan de sol a sol, usando carretas con ruedas de madera hechas artesanalmente, el arado, el yugo y sus coyundas, garrocha en mano, montura corralera con pellones hechos de piel de oveja, correas de cuero de animal amarraban la cincha y espuelas de plata para apurar el tranco del caballo alazán o avivar una cueca al aire libre levantando polvo de la tierra campesina.

Era un 18 de septiembre de 1939 cuando se produce mi nacimiento, el invierno empezaba su retirada para dar paso a la llegada de una florecida primavera. Los campos mostraban el rocío cristalino de las mañanas brillando como perlas acariciado por los rayos del sol al amanecer del nuevo día. Soy el hijo mayor de 10 hermanos, 6 hombres y 4 mujeres.



Mis padres se llamaban Rosa Elvira y Germán (QEPD), se casaron siendo muy jóvenes con la ilusión de formar una hermosa familia y vivir con la tranquilidad necesaria y soñada.

Los primeros años de mi vida transcurrieron en el seno de una gran familia campesina compuesta por los papás, abuelos, tíos, tías, primas y primos, aprendiendo a caminar y hablar entremedio de gallos de cresta colorada, gallinas, pollos, gansos, patos, pavos, chanchos, perros, gatos y ovejas. En una casa para inquilinos de fundo con piso de tierra, muros con tejuelas de alerce, techo de latas y una cocina anexa con un fogón al centro donde colgaba una olleta de fierro, a cuyo alrededor se reunía cada noche toda la familia. Sentados en unas bancas de madera, cueros y sacos, mientras los mayores desarrollaban sus conversaciones e historias de la gran mitología campesina al calor de unos mates de yerba con bombillas de plata y café de trigo que acompañaban con tortillas de rescoldo y más de un vaso de chicha de manzana para suavizar la garganta, según decían ellos.

Complemento de esta vivienda y a media falda era la quinta con árboles frutales como los cerezos, los manzanos, perales, ciruelas, membrillos, parrones y duraznos que, miraban la huerta con sus aromáticos productos de tomates, papas, porotos, cilantro, perejil, menta lechugas, repollos, albahaca, choclos, culén, poleo, orégano, arvejas, lentejas y garbanzos, que eran recogidos y cosechados según la temporada, todo regado con agua abundante y generosa que brotaba a grandes borbotones de una sombreada vertiente. Un hermoso y desordenado jardín con grandes y aromáticas rosas de color rojo y blanco, jazmines, flores de jarro y chilcos, servían de adorno al paisaje hogareño de la numerosa familia.

Un pozo de aguas tranquilas y de eterno nivel cristalino, protegido con viejas maderas y cercano a la cocina, recibía la diaria llegada de los baldes amarrados a un cordel sencillo para sacar el agua a

usar en la preparación de los alimentos, sopas de pan, pavos de harina tostada, cazuelas y legumbres; o llevarla a la batea para el lavado de la ropa.

Revoleteaban por el cielo, danzando vuelos de distintas alturas y caprichosas formas, con sus característicos ruidos, las bandurrias, treiles, torcazas, choroyes de plumas verdes y brillantes, chercanes, perdices, tiuques, picaflor, golondrinas, diucas, peucos, lechuzas, zorzales, palomas, cernícalos, abejas y moscardones, mientras los conejos, liebres y zorros corrían por los campos en busca de alimentos para llevar a sus nidos o madrigueras y compartirlas con sus crías. Aquí aprendí de la rudeza, sacrificio y el sufrimiento de la vida en el campo; sus penas, desesperanzas, limitaciones y muy pocos momentos de alegría.

Traer al presente la fijación de recuerdos de los lugares por donde transité los primeros años de mi vida, constituyen una remembranza que siempre ha estado grabada en lo más íntimo y profundo de mi corazón y que hoy relato como un testimonio de lo mucho que significaron para mi desarrollo personal en lo afectivo, social, emocional y profesional.

La vida del niño campesino, hijo de inquilinos de fundo, transcurría sin pensar, ni soñar en juguetes, regalos o alguna fiesta de cumpleaños, los juegos propios de la edad no existían, pues el día a día transcurría en torno a las tareas propias del campo y sólo los mayores celebraban sus santos cuando era posible. Esta realidad era aceptada como algo normal en las familias y creo que no impedía que fueran resignadamente felices con lo que tenían.

En este ambiente campesino transcurren mis primeros seis años de vida y es el momento en que debo asistir a primer año de enseñanza primaria en la Escuela pública unidocente de Coicoma, la que tenía una matrícula de 83 alumnos entre hombres y mujeres.

Una cocina a leña y un gran galpón, rodeado de álamos y gualles, aledaño a una Iglesia de los padres franciscanos, era nuestra única sala de clases. Con baños de pozos sépticos y patio abierto, tapizado de tierra, para los escasos recreos que permitían el juego de la gallinita ciega o la casineta de las niñas y la lucha cuerpo a cuerpo; o correr detrás de una pelota de trapo para los varones, mientras se cantaba el arroz con leche o el caballito blanco.

La profesora organizaba sus alumnos por sus niveles de aprendizaje, capacitando a los que sabían más para que enseñaran a los que sabían menos, distribuyéndolos en la sala como si conformaran cursos de primero, segundo, tercer o cuarto año primario.

Con la vuelta de los años y, por estudios de Pedagogía pude comprender que la profesora, quizás sin saber, el año 1945 usaba en sus clases la "Monitoria", una metodología conocida como método lancasteriano para motivar, enseñar y lograr aprendizajes en sus alumnos.

Distribuía cada uno de los contenidos de Castellano, Matemáticas, Historia y Geografía de Chile, Botánica y Ciencias según aprendizajes que lograban los alumnos anotándolos con tiza en el Pizarrón y los alumnos usaban su cuaderno de copia para su registro y estudio.

Cada día solía repetir que había que comprender lo que se lee, prestar especial atención a la ortografía, la redacción escrita y la palabra hablada para lo que se dice y cómo se dice.

Es en esta realidad donde se produce en mi interior de niño el más grande de los impactos emocionales, representado por el momento inolvidable de cuando aprendí a leer, sumar, restar y multiplicar luego de conocer las vocales, el abecedario castellano y las tablas de multiplicar del uno al seis a los dos meses de estar asistiendo a clases. El Silabario Matte o Libro del ojo fue mi única guía impresa para la lectura. No existía otros textos ni biblioteca.

Estos florecientes aprendizajes que fui adquiriendo me significaron que, la profesora me pusiera a cargo de un grupo de mis compañeros de primer año primario para apoyarlos en sus estudios y aprendizajes, responsabilidad no menor a mis seis años de edad.

Esta experiencia y siguiendo las orientaciones de la profesora, observando su desempeño en la sala, explicando las materias, poniendo ejemplos reales y prácticos, estando siempre presente y puntual, sonriente y amable con todos, su paciencia para ayudar a los que les costaba más aprender, acogedora y cercana con cada uno de sus alumnos a quienes conocía y trataba por sus nombres. Establecía grata comunicación con la situación de sus padres, siempre preocupada por lo que le pasaba a cada uno de sus alumnos, además de sus familias, su máxima preocupación era que todos aprendieran y sufría mucho con las ausencias en las épocas de siembra o cosechas en los campos. Fueron vivencias que me ayudaron a sobrellevar la hermosa responsabilidad asignada y comprender de una mejor forma el trabajo rural y abnegado de una verdadera profesora de campo. Sentí admiración y mucho orgullo tener una profesora como ella, pues además de enseñar preparaba los alimentos para sus alumnos, y en pleno mes de junio, mientras afuera de la sala llovía intensamente, le confesé que me gustaría, algún día, cuando yo sea grande, enseñar, como lo hace ella, a niños pobres de los campos para sacarlos de la ignorancia y superar el analfabetismo de sus padres resignados al trabajo diario como peón labrando la tierra ajena. Con los años el destino me daría esta oportunidad de hacerlo en Lota.

Luego de escucharme y haber visto mi desempeño en la tarea asignada, con una mirada amable y cariñosa difícil de olvidar, me dijo “te felicito, tu sueño no será fácil, falta mucho tiempo, en el trayecto de la vida pasan muchas cosas, el destino nos lleva donde

ahora no sabemos y hay que prepararse estudiando cada día más para ser una mejor persona, hay que ser perseverante, esforzado y luchador por hacer realidad lo que más queremos.”

Siempre sentí alegría diaria por asistir a esta escuelita con olor a lápiz, deseoso por lograr nuevos aprendizajes, sin importar transitar descalzo por senderos escarchados por las heladas en invierno, cruzando esteros, bosques de canelos en humedales sin barbechar, cercos y puentes de madera añosa con los pies azulados e hinchados por el frío sin ser protegidos por ojotas o suecas, nunca fueron obstáculo para no asistir a clases luego de recorrer cuatro kilómetros de ida y regreso a casa. Lápiz y goma al cuello eran mi guía.

Transcurría el año 1945 y las condiciones laborales en los campos, que ya venían malas, se pusieron peores, haciéndose insostenibles, pues no había siembras ni cosechas y tampoco trabajo para los inquilinos del fundo. El papá decide emprender una caminata hasta el pueblo de Gorbea, ubicado al Sur de Pitrufquén, donde había trabajo relacionado con la hechura de fosas para instalar la postación del tendido eléctrico que debía seguir hacia el Sur, además de faenas por mantención de los caminos de ripios de la zona.

Transcurrido el primer mes de trabajo nos trasladamos a Gorbea para llegar a cuidar una casa sin moradores y que sería nuestra vivienda por un tiempo. Ingresé a la Escuela Pública ubicada frente a la plaza del pueblo para cursar el segundo año primario. Ahora tenía como profesor a un varón que además era bombero voluntario. Todo fue diferente, me costó mucho adaptarme, faltaba a clases, no sentía agrado por el estudio hasta que logré ser aceptado por mis compañeros de curso como uno más dejando de ser extraño.

En los ratos libres solía ir a la estación a mirar la pasada de los trenes, hasta que un día desde el kiosco que allí existía, donde vendían helados, golosinas y el Diario Austral de Temuco, me ofrecen si quiero salir a entregar los diarios a los suscriptores y venderlos por las calles sin conocer, trabajo por el cual me cancelaban algunos centavos y para lo cual logré el permiso de los papás. Dura experiencia para hacer compatible la escuela y este trabajo, pero la necesidad de llevar algo para la casa era motivo suficiente para hacerlo.

Aquí traigo a la memoria rescatar un balde desde el interior de un pozo de agua de 23 metros de profundidad, amarrado a un cordel, experiencia que no midió consecuencias; como tampoco dimensioné el valor del trabajo por haber tomado cerezas en canastos en una quinta y lo que me pagaron por cada kilo lo gasté en una entrada al teatro para ver una película muda desde la galería cuando en mi casa había necesidades que podrían haber sido cubiertas con este pago. Mientras veía la película en blanco y negro, muda, sin entender nada, me doy cuenta de lo que había hecho con la plata, solicité y lloré me la devolvieran sin lograr resultados, sólo unos golpes para que los dejara tranquilos. Mi tristeza por esto duró hasta hoy y del error aprendí una gran lección que me permite diferenciar lo verdaderamente necesario en la vida de aquello que no lo es.

Al finalizar el año escolar, entre primavera y verano, el papá se traslada nuevamente en busca de un mejor trabajo y esta vez es al pueblo de Villarrica, donde se iniciaban las faenas de caminos y la construcción del puente carretero sobre una encajonada salida del lago y que permite el acceso al pueblo desde la ruta de Freire. Llegamos a vivir en una casa de madera, con piso de tierra, sin alumbrado eléctrico ni agua potable y alledaña a un galpón que

guardaba pasto y semillas para las siembras. Fui matriculado para asistir a clases en la Escuela Pública, frente a una gran plaza e Iglesia católica y cercana al lago.

Mi paso por esta escuela no fue muy grato por las condiciones en que debíamos estar en clase, compañeros que llevaban anguilas del río a la sala, haber pisado y recibido descarga eléctrica de unos cables humeantes de alumbrado público que habían caído camino a la escuela, lanzándome a una cuneta de agua y por haber tenido un profesor castigador que practicaba el dicho que dice “la letra con sangre entra”.

La vida aquí fue muy triste, sufrida, muchas necesidades básicas no satisfechas, inviernos interminables, como las penas de una situación tan precaria y sin esperanzas por la que pasábamos, una muda de ropa, suecas por zapatos y la incertidumbre del día a día alimentaban aún más la pena y la desesperación sin saber qué hacer para salir de ella.

Este es el momento en que me doy cuenta que la vida de campo y la vida de pueblo son mundos opuestos por su realidad geográfica, física y humana; gente buena, cariñosa y solidaria por un lado y gente sin sentimientos y egoísta por el otro, donde las soñadas oportunidades no aparecen y el destino incierto no se sabe dónde nos llevará mañana.

Aquí aprendí lo que es el sufrimiento, las ausencias, el rigor de la vida cuando las duras oportunidades son esquivas y la esperanza se debilita por tanta crueldad humana.

Nuevamente el papá emprende su aventura en busca de trabajo y esta vez viaja hasta las minas de carbón de Lota, que por el año 1946 enganchaba mano de obra barata tentando a la gente de los campos ofreciéndoles trabajo en faenas de extracción del

mineral en condiciones subhumanas en el interior del socavón profundo bajo el mar y con miserable salario. Trato abusivo de los mayordomos y deficientes condiciones de higiene y seguridad en el trabajo, con grandes riesgos de explosión del gas grisú que emanaba de los mantos de carbón, ocasionando muchas muertes y trabajadores incapacitados de por vida.

Un alto porcentaje de analfabetismo, alcoholismo, viviendas precarias, con grandes hacinamientos, familias con numerosos hijos, promiscuidad, padres durmiendo en una cama junto a dos, tres o más hijos, casas sin servicios higiénicos, lavaderos públicos al aire libre, ropa tendida en las calles, vestuario hecho de bolsas harineras, zapatillas de cáñamo, calles y veredas tapizadas de carbón eran características de Lota y su gente.

La necesidad de trabajo era tan grande que se embarca en esta aventura laboral y luego de poco tiempo hace los arreglos para trasladarnos con lo puesto desde Villarrica a Lota en un viaje a caballo acompañado de un tío hasta Pitrufrquén y luego en un tren con una locomotora a vapor en un coche de tercera clase. Viaje de nunca acabar pasando por lugares que eran desconocidos, horas interminables, paisajes con volcanes de fondo y estaciones que reciben y dan salida a gente sin saber su destino y motivo de su viaje.

Llegamos a vivir de agregados en la casa de un tío, hermano del papá, ubicada muy cerca del mar y Pueblo Hundido, adyacente al único camino de ripio que unía Lota con Coronel y seguía a Concepción. Los primeros meses de compartir techo fueron aceptables, luego vinieron los problemas con los primos y los mayores, generándose momentos insoportables de convivencia, motivo por el cual fue necesario buscar otro lugar donde vivir y llegamos a la Población Bannen, Pabellón 9, Casa 199, nuevamente como agregados pagando un arriendo a los dueños de la casa que era una familia

de mapuches. Me convierto en vendedor de berlines, empanadas fritas a un peso, piñones y castañas a la entrada y salida del teatro, preparados por mi mamá para acercar recursos a la casa.

Las condiciones de trabajo mejoraron para el papá y se presenta la oportunidad de postular a una casa en la Población Isidora Goyenechea, la cual obtiene y nos trasladamos a vivir en ella de manera independientes el año 1951. Esto era el mayor sueño de varios años y dejábamos de sufrir como agregados en casas ajenas. Ahora me convierto en lustrabotas recorriendo calles del pueblo con mi cajón con pastas café y negra; tinta y paños.

Mientras esto sucedía mis estudios de educación primaria se desarrollaban en la Escuela Matías Cousiño, de propiedad de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota y luego en la Escuela Fiscal Superior de Hombres Número 4 de Lota Bajo, donde completo mis estudios de enseñanza primaria cursando satisfactoriamente el sexto año en 1954.

El año 1955 rindo examen de admisión e ingreso a estudiar Mecánica en la Escuela de Artesanos de Lota, único centro educativo de continuación de estudios, con clases teóricas en una casa particular del Callejón Saavedra, número 10, en plena feria de productos agrícolas y prácticas de taller en un galpón con piso de tierra, el que había sido caballeriza de Carabineros de Chile, ubicado en un sector de cerro como prolongación de la Calle Condell de Lota Bajo. Terrenos en los cuales se construyen posteriormente salas de clases y todas las enseñanzas en oficios de Mecánica, Herrería y Mueblería se concentran aquí.

El "Círculo de Técnicos en Minas", egresados de la Universidad Técnica del Estado de La Serena, profesionales de la Compañía Carbonífera, gestionan becas para quienes quisieran estudiar una profesión universitaria en esta casa de estudios. Oportunidad que

aprovecho y a los 16 años viajo solo por primera vez y sin conocer, con una maleta de cartón, muy poca ropa, dinero sólo para el pasaje, dejar la familia con el corazón apretado y el miedo a lo desconocido, me desgarraba el alma por dentro, 37 horas en tren en coche de tercera clase, Lota, Concepción, Santiago, La Calera y La Serena. Fui aceptado como alumno con beca de interno. Era el año 1957. Los primeros meses fueron muy difíciles, adaptarse a un sistema de vida fuera de la casa y a gran distancia, fue muy duro, muchas lágrimas por las noches y ganas de devolverme. Desplegué mi máxima dedicación a los estudios para no pensar en la casa, estar ocupado practicando fútbol, atletismo, básquetbol, gimnasia, asumir como dirigente de mi curso, centro de alumnos, trabajar como peluquero en el internado, convertirme en artista del Circo Minero de la querida Escuela de Minas de la Universidad e ingresar como bombero voluntario a la Tercera Compañía de La Serena.

Las vacaciones de verano me permitían estar con mi familia, además de hacer práctica remunerada como estudiante en la mina y en la maestría de la empresa carbonífera.

Era el año 1958 cuando tengo el agrado y la dicha de conocer a Nely, quien se convierte en el gran amor de toda mi vida. Éramos adolescentes de 18 y 15 años respectivamente.

El año 1960 desde La Serena me traslado a La Escuela de Artes y Oficios de Santiago, UTE, para continuar los estudios de Ingeniería de Ejecución en Mecánica Industrial.

Durante el verano de 1961, como otros años, trabajo en la compañía carbonífera como estudiante en práctica remunerado, esperando volver a Santiago para continuar con los estudios. Sin embargo, todo quedó en el camino, un parto complicado de mi mamá termina con su vida y el nacimiento de mi hermana menor en el

hospital de la compañía carbonífera. Esa dura noche de marzo de 1961 me acompañaba Nely, el amor de mi vida.

Esto fue un brusco cambio y duro golpe para nuestra familia, la que se desparrama al quedar sin mamá. Tres hermanos son llevados al sur en Coicama y luego a Santiago por una tía, hermana de mi mamá, otro se va de la casa a trabajar a Coronel, otro ingresa a trabajar a la mina y al poco tiempo también se traslada a Santiago por motivos de trabajo.

El papá debió seguir con su trabajo en la Mina del Chiflón y nunca supe si realmente asumió lo que había pasado con sus hijos, pues a los pocos años se volvió a casar.

La mamá fue siempre la principal y amorosa protectora de todos sus hijos, sacrificándose todos los días por darnos su cariño, ropa limpia y alimentos, consejos y apoyo para estudiar.

Su ternura y sencillez, humildad y grandeza en el afecto, fueron siempre su característica, siempre dispuesta a darlo todo por sus hijos, sin importar sus sacrificios los que siempre fueron sobrehumanos y más allá de los límites dando su vida por una de las nuestras.

En agosto de 1961, interrumpidos mis estudios y luego de pasar por postulaciones a diferentes empresas en Concepción y Talcahuano, ingreso a trabajar en una empresa de montaje en San Pedro de la Paz, aserradero mecanizado de origen sueco. El 2 de junio de 1962 ingreso como profesor de la Escuela Industrial de Lota con dos horas de clases, luego fueron ocho, Ayudante de Profesor, Profesor jornada completa, Jefe de Taller, Jefe Técnico, Sub Director y Director del establecimiento en el cual había sido alumno, sumando 46 años de desempeño como profesor y Docente Directivo. Se agrega a esta experiencia el desempeño como académico en la Universidad

Técnica del Estado, Sede Talca, Universidad de Concepción, CFT Lota Arauco y Universidad Católica de la Santísima Concepción sumando diez años más dedicados a la educación de jóvenes.

El 17 de noviembre de 1961 formamos con Nely, el amor de mi vida, una linda familia, siendo bendecidos con una hija, Verónica, y tres hijos, Raúl, Rogelio y Víctor, que con el tiempo nos han regalado seis nietas, un nieto, tres bisnietas y dos bisnietos.

El año 1964, usando becas y comisiones de servicios, inicio un período de cursos de perfeccionamiento en temas de educación y estudios de pedagogía en las Universidades Técnica del Estado, Universidad de Chile y Universidad de Concepción, logrando titularme como Profesor de Estado, Técnico Mecánico, Experto en Prevención de Riesgos, Post Títulos de Especialista en Dirección de Unidades Educativas y Licenciado en Educación.

Aquí se me vienen los recuerdos de mi escuela de campo y los sueños de enseñar cuando sea grande... atender clases en aulas, talleres y laboratorios de mi escuela industrial me permiten conocer miles de jóvenes y sus familias, saber de sus sueños y esperanzas, trabajar en la comunidad participando en la creación de un Club Deportivo, una Brigada de Boy Scout, ser Voluntario de la Primera Compañía del Cuerpo de Bomberos Matías Cousiño, pasando por diferentes cargos de oficial, ayudantía, secretario, tesorero del Directorio General y Superintendente de la institución. Locutor de la Radio El Carbón y maestro de ceremonia en los actos públicos y conmemoraciones especiales en la comuna. Dirigente comunal, provincial y nacional de los profesores motivaron mi involuntario paso por la Isla Quiriquina el año 1973, son algunas de las actividades que llenan mis recuerdos y comprimen las emociones que me embargan hasta las lágrimas pues el tiempo pasa y las personas también. Seguir buenos ejemplos y dejar huellas para construir nuevos destinos ha sido la luz que ha orientado mi caminar por la

vida. El año 1978 soy invitado para participar como socio activo de Rotary Internacional en el Club Rotario de Lota y luego de trabajar por varios años por la causa rotaria, dando de sí antes de pensar en sí, viajo el año 2009 a Brasil por 45 días como Líder de un Grupo de profesionales chilenos, Becarios del Programa de Intercambio de Estudios con dicho país y el año 2005 viajamos a EEUU junto a mi querida esposa para recibir una capacitación institucional para ejercer como funcionario de Rotary Internacional el cargo de Gobernador del Distrito 4360 en Chile para el período 2005-2006. Rotary es una gran institución mundial, creada el año 1905 en EEUU, es sin fines de lucro, está integrada por personas profesionales y empresarios, quienes practican elevadas normas de ética en sus actividades basadas en el conocimiento mutuo y la amistad para brindar una variada gama de servicios humanitarios en el mundo ayudando, a promover la paz en el mundo, la educación, la salud, el agua, el desarrollo de las comunidades y el cuidado de los niños y el medio ambiente en el mundo.

Este conjunto de actividades, contenidas en este relato de prosa sencilla, confiesan que he vivido, son las vivencias más importantes que han impactado en mi vida y debo agradecer, con la emoción del alma y el corazón, a mi inolvidable mamá que siempre me apoyó y defendió en momentos difíciles, a mi muy querida esposa e hijos, sin ellas y ellos no me habría sido posible construir un destino más llevadero y sostenido en el tiempo.

De todo esto me queda un gran aprendizaje... los más grandes ríos tiene origen humilde, en su recorrido se van alimentando de otros más pequeños, cambian de curso, sortean huellas pedregosas y senderos desconocidos sabiendo que al llegar al grandioso océano desaparecerán como parte del ciclo del agua... la vida es como un río y tiene su propio ciclo por ley de la naturaleza humana... a lo largo de nuestra existencia tenemos el derecho de buscar nuestra propia felicidad, pero también tenemos el deber de ayudar que los

demás también la busquen, la encuentren y la usen con respeto, responsabilidad y honestidad, sin olvidar de donde se viene y donde ha sido posible llegar en la vida.

Primer Lugar
Región de La Araucanía



Extraño viaje hacia el abismo



María Elvira Concha Torres (97)
Temuco

Esta carta no lleva vocativo, ¿cuál podría ser? ¿Amigo? ¡Qué absurdo! Llamar amigo a un hombre con quien se tuvo una relación tan intensa y extensa. ¿Amor? No estoy enamorada de ti. Pero qué importan las palabras, lo que vale es el sentido de la comunicación.

Es extraño el lugar en que escribo. Tiene tres zonas: una de luz, una de sombra y otra blanca.

En la luz, hay rumor de alas, flores que esparcen su perfume y hacen pensar en algo más que la materia pura, es como un leve placer que se aleja dejando una estela espiritual.

En la sombra se ven figuras que pasan, van, vienen, pero están omnipresentes. Hay angustia que oprime. Lagrimas que se ven o permanecen ocultas, éstas últimas duelen más, caen como gotas armas en el alma, que la suavidad de una sonrisa intenta disimular.

En la zona blanca, la vida dejó de ser. Sólo el monótono susurro de las hojas que mueven la brisa, quiebra un silencio que lo cubre todo. Hasta el pensamiento se encuentra detenido: leves chispazos alumbran y desaparecen.

Las tres zonas dan origen a un nombre. ¡Qué importancia tiene un nombre! Puede ser una casa a orillas de un lago, vecina a un hospital o a un convento; poder ser un lugar en cualquier parte del mundo; es posible que sea un sueño imaginado en un día perdido...



¿Cómo llegué a este lugar? No lo sé realmente. Creo que, buscando paz, alejarme de la maldad de un mundo que tan cruelmente conocía. Como una hoja que las aguas arrastran hasta dejarla caer en un remanso, no muy diáfano, es cierto, pero remanso al fin.

En realidad, no sé para qué te escribo, ¿acaso tiene que existir una razón para hacer algo? Razonamos demasiado; nos atenemos a motivos, causas lógicas. Pocas veces dejamos volar el pensamiento. Sería tan hermoso hacerlo, lanzar nuestras emociones y vivencias como notas de una melodía improvisada. Así deseo hacerlo ahora, que las palabras, como mariposas al posarse aquí y allá, vayan tornándose en imágenes, expresando sentimientos y recuerdos.

Una ilusión. Pequeña raíz que fue creciendo hasta convertirse en un árbol frondoso al que un huracán, viniendo no sé de dónde, lo estremeció, lo abatió y derribó arrastrándolo en tierra y barro.

Hubo un tiempo en que el árbol era hermoso. No hay pinceles, ni paletas de colores capaces de pintar en plenitud sus matices; tampoco armonías que logren orquestar sonidos tan diversos, ritmos suaves cuando una brisa fresca lo agitaba, fuertes acordes cuando el viento estremecía su ramaje. Era color, aroma, embrujo.

Surgían visiones llenas de vida; suavidad de arenas blancas donde quedaron las huellas de nuestros cuerpos en momentos de éxtasis. Cuando las olas las borraron, bajo la arena húmeda permaneció para siempre un palpitar de vida.

A qué seguir ¡Estas son sólo pinceladas! Si quisiera hacer un real relato no serían suficientes todas las hojas de papel del mundo.

Ahora sólo hay silencio, parecido al que existió un tiempo entre nosotros, donde se plasmaba mi imagen en medio de la nieve, el viento, los extensos crepúsculos y tus largos insomnios.

El lugar que derribó ese árbol arrancó de raíz, valores y promesas. Sólo quedaron pétalos dispersos, hojas que se fueron secando.

Nada quedó de la poesía violenta de tus besos, se quebró el cristal de sentimientos puros, todo lo arrastró una marea espesa y viscosa.

Tu imagen cayó destruida en mil pedazos que se incrustaron en mi vida como fuego y sangre.

Qué estúpido pensar que se pudiera reconstruir. Las heridas quedaron tan profundas que se necesitaron años para cerrarse y dejaron marcas, tu bien lo sabes, que nunca se borraron.

A veces, en la quietud de la noche me pregunto ¿De dónde vino ese vendaval? ¿Lo impulsó una fuerza invisible y poderosa, o en una forma inconsciente y misteriosa fuimos culpables? En verdad no importa encontrar respuesta a esas interrogantes, ahora que todo es polvo y ceniza.

Escribo, pero no tiene sentido, porque ni siquiera sé dónde te encuentras. Es posible que sea en un lugar apacible en que el oro del sol lo alumbre, tal vez tengas cerca tu eterno compañero, el mar; quizás es algo desolado y siniestro con esas nieblas que lo aíslen. Aun así, estos destellos que lanzo al espacio te llegarán como reflejos, iluminando las tinieblas o acrecentando la luz.

Recuerdo el día de tu partida a ese mundo misterioso. Era invierno, la neblina cubría la ciudad. ¿Será así la ciudad de los muertos, una especie de pueblo fantasma? Lo ignoro. En esa dimensión desconocida, las palabras carecen de valor, la única que puede tener algún significado es "comprensión".

He dudado en el título, pero está bien. Fue un viaje hacia el abismo; a la nada tú, a mí la sombra. ¿Hay alguna diferencia? Yo pude

renacer entre las ruinas en cierta forma, para muchas cosas era demasiado tarde. Mis principios cristianos no existían: se los llevó el vendaval. Era una escéptica a la que ya nada le importaba, no tenía nada que dar ni recibir.

Todo estaba tan lejos. No hay mareas ni luces cambiantes, se apagaron los colores, se hizo el silencio...

¿Cómo enviaré esta carta? Acaso con el viento, viajero eterno que va esparciendo semillas, haciendo nacer y caer flores; que a veces, se detiene un instante en nuestro camino para partir en busca de otros cálices vacíos.

¿Cómo firmaré? Con un símbolo. Una bujía cuya llama sea tenue, pero eterna.



Primer Lugar
Región de Los Ríos



Encierro 2020



María Violeta Rodríguez Soto (67)
Valdivia

Mientras cae la noche pinto sobre un lienzo la historia jamás imaginada, un virus, un avión, un viaje, unas vacaciones, el contagio, la corrupción, la violencia que acechan en medio de la pandemia. Sigilosamente observo hacia la calle, la noche está brumosa, tapada de frío y neblina, entonces vuelvo la vista hacia mi hijo que escribe un guión para su corto de cine, volver a lo suyo es más fácil que su encantó por la música, mientras Rodolfo sigue trabajando en encierro y como le digo, turno de noche. A punto de jubilarse le encontré todo, los sueños, la esperanza, el querer viajar, descansar, nada ha podido ser realidad, sólo los cientos de hojas escaneadas a firmar, a enviar vía correo electrónico u online como bien sabemos llamarle en nuestro lenguaje chilensis al simple hecho de trabajar conectados a un computador u otro aparato; siempre me ha llamado la atención esta siutiquería de a todo volverlo gringo para que suene mejor. Tal vez es la edad, los tiempos, las alucinaciones del encierro, los cambios, porque si no cambiamos con este suspenderse a golpes en la vida, no habremos aprendido nada.

Miro hacia marzo 2020, mitad de mes y las noticias que escuchábamos en diciembre a enero eran lejanas y vistas como raramente aquellos chinos amontonados, con mascarillas caminando hacia el deseo de no contagiarse, un poco escépticos, la mirada al televisor era como de otro mundo, espacios que no eran los nuestros y estaban tan lejanos de ser realidad en estos lugares, en un país alejado de todo, a orillas de mar, rodeado de cordillera, etc. Qué podría pasar si estamos tan lejos de todo, si

además somos tan grandes como latinos, claro está en nuestra mentalidad.

Y así partió todo, una y otra palabra rebotaba en nuestros oídos, primera vez encerrados, enclaustrados, solos, solas, sin hijos, sin nietas, sin familia, sólo con voces que cada día preguntaban cómo hemos estado, con mensajes bonitos, extensos, aburridos, cansadores, con los ojos prendidos por la nostalgia de tanta oscuridad, de tanta sospecha de lo cierto, lo dudoso, lo que te cuentan y una quiere creer.

Llega el primer cumpleaños en marzo 28, canto en línea, hablamos, hacemos salud, contamos un poco cómo va la vida, en el teléfono entramos los cuatro grupos de nuestra familia, todos y todas sonríen, al parecer todo estará bien, nos cuidaremos seremos responsables, buenos y educados seres humanos, nada entorpecerá el caminar planeado.

Me miro al espejo, amigo de siempre, el único que no miente, me dice tíñete las canas, ya te asoman, las raíces muestran quien eres, ni tan melena café bronceada, esa era yo ¿o no?

No, nunca somos lo que aparentamos, salvo que queramos ser auténticas, mostrar el rostro verdadero, desnudo de pastas y colores ajenos, aquellos que te esclavizan los días. Me siento, pienso, me imagino, tomo una tijera y empieza a caer cada punta de cabello pajozo, primer corte de pelo.

Así sigue abril y antes de llegar a mayo, otro cumpleaños, abril 29, cantos, risas, voces, miradas, pasa el tiempo, la rutina se repite. Las salidas a las compras necesarias o algún trámite necesario, impostergable, algún asunto que no podamos hacer en línea. Mayo es eterno, pero tiene cumpleaños el 29 la madre de mis nietas, veo sus ojitos parpadeantes, alegres de que a la mami la quieran como

a ellas y le cantemos el apio verde pa ti, una idea inventada para alegrar el rato y no terminar tan pronto de vernos, de observarnos, de sentirnos cerca. Había olvidado que antes de terminar el mes de mayo, debía podar las rosas, sembré algunas, no tengo a quien convidarles patillas, eso era antes cuando se podía salir, convidar las plantas a quien las quisiera y bueno, quedaremos con más pétalos por si hubiera que tirarlos en alguna despedida. A propósito que he mencionado los cumpleaños familiares, no son sólo los de nuestro núcleo, hijos, nietas y nosotros dos; por supuesto que esto mismo se repite para cada uno o una de las cumpleañeras familiares en pandemia.

Se viene junio lluvioso, frío, mucho frío, el cuerpo, el encierro pasa la cuenta, tirones en el cuello, cuesta dormir, hierbas, un bajativo, algo hará cerrar los ojos por más horas, alguien opina que debo hacer yoga, que me pagarán el curso, que debo moverme, hacer ejercicios, que todo estará correcto mientras mi cuerpo se estire, mi corazón lata y mi vida se diferencie de tantas encerradas sin movimientos. Mis sueños, han sido pensar en salir a conversar con las amigas, a contarnos las cosas cotidianas, a chochar con la vida de las nietas, que son quienes nos mueven el ego, la sustancia para saborear los días después de jubilarse, sí, porque ellas y los hijos si son un júbilo para siempre.

Parece el tiempo viene cargado de disgustos de peleas o disturbios políticos, de encerronas, de ser parte de historias turbias, de no querer ser parte de un circo para el cual no estamos ya en condiciones, tenemos tan poco que hacer al respecto, tanto que aportar si nos preguntaran, pero, quién les pregunta a la gente mayor de 60 años. Si todos tienen tanta preocupación y pena por estos seres mayores, en que tantos y tantas ponen todos sus buenos propósitos, gente demasiada preocupada por nosotros, no puede haber tanta humanidad bondadosa y me siento halagada, que aparte de mis hijos, muchos se preocupen por mí, porque soy

de este grupo mal llamado adultos mayores. No nos confundan por favor, las canas no son signo de estupidez.

Bueno, julio no será un mejor mes ¿o si lo será? He decidido plantearme que nada me bajará el ánimo, que he seguido tantas páginas en internet buscando sentirme mejor, que sanaré, me situaré en otra mirada, no en la de una mujercita aburrida, silenciosa, ni apartada de lo natural. Salgo al patio, respiro profundo, saco fotos a mis árboles, a mis plantas medicinales, como amo esos verdes, grises u otros colores, el dafne ya con su aroma me avisa que ha florecido, el laurel está más grande, debo cambiar plantas. Tengo frío, me cuesta salir lado calle, pasa gente, por cierto tapados, muchos trabajadores de la salud viven por acá, estamos cerca del hospital regional, veo de lejos esos rostros, se ven bien, pero imagino el cansancio, conozco bien la vida de allí por circunstancias de la vida, de los años pasados que siempre dejan huellas en el yo más íntimo del ser viviente y sintiente.

Hago un repaso a lo hecho estos meses, me quedé conectada con los niños y niñas de una biblioteca de voluntariado a la que pertenezco, allí junto a las voluntarias cada tarde apoyábamos a aquellos pequeños sin grandes oportunidades. Entonces tomo el computador, miro si han asomado a la página que les cree en Facebook, allí donde les dejo cuentos y otros ad hoc para ellos y ellas, apoyada por supuesto por alguna voluntaria, amorosa, generosa, aquellas que entregan cariño, conocimiento. En aquel rincón donde quedaron las risas, las esperanzas más escondidas que su situación de siempre, cosas que la pandemia no muestra. Entonces vuelvo ir a dejarles materiales, hojas, dibujos, lápices, algo para apañar los largos días hacinados en aquellos espacios lejanos y poco acogedores a veces. Ese lugar marca nuestras tardes cada día post jubilación, ese es otro júbilo, sentirnos útiles, queridas, valoradas.

Allí mismo siento la necesidad de saber qué ha sido de los adultos mayores que habitan en las mal llamadas viviendas tuteladas, tan lejanas, tan peligrosas como la vida que vivimos este año. Falta apoyo, se hace cadena, gestos silenciosos que emergen del sólo propósito de compartir historias, abrigos, carencias, de tapar el invierno con sonrisas que en grupo pueden ser posibles, por el sólo hecho de ver y conocer tan de cerca aquellos rincones.

Otra noche cae, espero un nuevo día, debo seguir tejiendo, haciendo algo para las nietas, para otros u otras, los demás, para mí, pero, servirá de algo para animar este espíritu ausente, cansado de tanta oscuridad, porque eso si me gusta, la luz, el aire puro, las largas conversas.

Es martes, hemos inventado un grupo para conversar por la tarde, de literatura, de música, conciertos, datos, de la vida de cada una de las que logremos estar "presentes", con un té, un café u otro a elección de cada casa. Claro alguna se queda en el camino, no puede acceder, una a una intentamos apoyarla, enseñarle y nada, seremos las que logremos, me imagino el enojo, la impotencia no poder conectarse, no contar esas historias de encierros que tan bien hemos aprendido a mostrar incluso a través de una pantalla.

Las plantas han empezado a brotar, aparecen los bulbos como escondidos de un virus que les cortaría los verdes tallos, se fueron hace un año a dormir, para dar paso a otras flores o frutos, dejar que caigan las hojas, abonon el terreno para embellecer una nueva mirada.

Pronto este agosto nos mostrará más soles pasajeros, más luces tempranas que alegren los días, seguiremos cuidándonos, dando vida a los rincones que afearon en invierno; llueve mucho todavía, el tiempo nos entusiasma, no alcanzo a atreverme a salir para estirar los músculos cuando de nuevo suenan las gotas cual carreras de

gatos en los tejados. Porque no olvido que cada maullido genera un nuevo amor gatuno, que las noches largas crujen en las carreras por alcanzar la mejor hembra gatuna de cada agosto, entonces quedarán como cada año muchos gatitos y gatitas maullando por un poco de comida, cada quién entenderá que al parecer los gatos pocas veces tienen dueños o al menos personas sinceras que digan responsablemente, los cuido.

Ganas de bailar, busco un grupo, una página, alguien que guíe la música y los pasos, ya es de noche de nuevo, hoy caminamos, el día estaba hermoso, helado, pero animaba a caminar, a observar el paisaje, a sacar fotos de tanta belleza olvidada por días, claro en la retina están las imágenes de siempre y como dice una canción, una vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida.

Entonces doy gracias, tengo lo necesario, una familia hermosa, estoy viva, qué más podría pedir...

Primer Lugar
Región de Los Lagos



Remembranzas



Hugo Haquin F. (81)
San Pablo

Ochenta y un años de edad hoy tengo;
Regalo hermoso que Dios me dio,
Recluido en mi hogar me encuentro
por la pandemia que a nuestro país invadió.

Orgullosa y activa aún me siento;
Cargando en mis hombros mi feliz vejez,
Aprovecharé este tranquilo momento
Para recordar un pasaje de mi niñez.

Lo haré con sencillos versos
para que así se entienda mejor,
dedos para el piano creo que tengo,
aunque estoy muy lejos de ser escritor.

Perquilauquen; aún se llama
El lugar que me vio nacer,
Con gran emoción lo recuerdo
Y lo pregonó por doquier.



En este hermoso terruño
Largo tiempo yo pasé,
Junto a mis padres y abuelos,
Disfrutando mi inocente niñez.

Todo iba bien, hasta que un día
Como niño, no entendí la razón.
Mis padres se fueron a Santiago,
muy amargado y triste quedé yo.

Siete años y medio tenía
Cuando ellos tomaron esa decisión;
Y en casa de unos tíos me dejaron,
Sintiendo yo una gran confusión.

Felices en su hogar me acogieron,
Pues yo fui siempre su regalón,
Me brindaron sus caricias
Y me impregnaron de amor.

Juan Gabriel mi tío se llamaba,
Conocido y querido agricultor;
Ella, muy activa y cariñosa,
era dueña de un gran corazón.

Pasaron raudo los días y meses,

Y muy pronto comprendí,
Que la tierra que pisaba,
Me haría inmensamente feliz.

Al poco tiempo transcurrido
Muy pronto logré entender,
Que en el campo había muchas cosas
Que yo debía aprender.

A levantarme temprano,
Primera regla que aprendí;
Y a llamar gallinas, pollos y pavos
Para su alimento esparcir.

Tiqui...tiiiiqui!!! Era mi llamado,
Y las aves corrían pronto a picotear;
El trigo y el maíz era su alimento
Para su buche ligero llenar.

Me gustaba siempre observarlas,
Como gozaban su libertad;
Algunas dormían en los espinos
Y en los cercos otras más.

Después de alimentar las aves,
Me hice el hábito de ir a buscar
A la vaquita "Golondrina"

Que día a día había que ordeñar.

La noté un tanto nerviosa,
Al arriarla se puso a bramar,
Pues no veía a su linda cría
A quién debía amamantar.

Contento venía mi tío,
Con un cordel pa' manear,
tranquila la vaca "Golondrina"
Se dejaba pronto lechar.

Mientras él la lechaba,
Me fui al arroyo a buscar
Una yunta de bueyes negros
Para más tarde enyugar.

Después de terminar la ordeña,
Al ternero había que soltar
Para que fuera donde su madre
Y se pusiera a mamar.

"Gueñe", me dijo mi tío
"acérqueme los bueyes pa' ca
para yo colocarle el yugo y las coyundas
Para la carreta colgar".

La carreta ya estaba preparada

Para ir luego a buscar,
Unos estacones labrados
Para un cerco reforzar.
De pronto nos llamó mi tía
“Hombrecitos dejen ya de trabajar
Que los garbanzos se están enfriando,
Es la hora de almorzar”.

Terminado nuestro almuerzo,
Mi tío empezó a comentar
Que el trigo ya estaba cortado
Y había que pensar en trillar.

Estas cosechas se hacían
A pura tracción animal.
Las automotrices no se conocían
En este hermoso y aislado lugar.

Comenzó a organizarse la trilla
De mi tío Juan Gabriel,
Todos los vecinos cooperarían
En este, para mí, gran acontecer.

Algunos ofrecían sus bestias,
Y las carretas también,
Para llevar las gavillas de trigo
A ese inmenso redondel.

Al día siguiente me ordenó mi tío,
“Gueñe, vaya donde mi compadre Miguel
Y dígale que hoy necesito las bestias
Que me ofreció prestarme él”.

Iría en la yegua Muñeca, me dijo:
“a pelo tendrá que ser
en ponerle la montura
mucho tiempo va a perder”.

Él ya me había enseñado
Cómo se debe montar,
Sosteniendo fuertemente las riendas
Para el animal dominar.

Llegué rápido donde su compadre,
El recado se le dio,
Amarradas ya las tenía; me dijo:
“Arriémosla junto los dos”.

Llevamos a tiro las bestias
Llegamos muy pronto al corral,
Las juntamos al otro piño
Que se encontraban bajo un peral.

Junto a mi tío; en sus cabalgaduras

Varios jinetes están,
Luciendo lindos atuendos de huaso
Para empezar a trillar.

Todo está ya preparado,
Las gavillas de trigo esparcidas están;
Sólo falta que entren las bestias
Para la trilla comenzar.

“¡Yeguas a la era!” dijo mi tío,
a los jinetes que estaban con él
sacaron rápido los caballares
y los llevaron al redondel.

Al grito de los jinetes;
Las bestias empezaron a trotar
Dando en la era muchas vueltas,
Largo tiempo sin parar.

Yo miraba con asombro
Las gavillas pisotear,
Las espigas se iban moliendo
Y el trigo comenzaba a aflorar.

Emoción grande yo sentía,
Al mirar el accionar,
De parientes, amigos y vecinos

horqueta en mano a ayudar.
Después de un largo proceso
Las bestias de tanto pisotear,
A granel a floraba el trigo
Y la paja molida quedar.

Todo estaba indicando
Que la trilla a su final llegó,
¡Bestias fuera de la era!
Un jinete a todo pulmón gritó.

Gueñe me dijo mi tío,
Iré a la casa a averiguar
Si ya está lista la merienda
Para nuestros vecinos festejar.

Llevamos al canal las bestias
Para que agua puedan tomar,
Luego las arreamos a un potrero
Para que pudieran pastar.

Al regresar a la era,
La carreta descargando están,
Varias mujeres muy contentas
Dispuestas todas a cooperar.

Van bajando de la carreta

Fuentes de greda con ensalá,
Calabazas llenas con vino tinto,
Tortillas calientes en la canasta van.

En estas trillas campestres
Esta merienda es vital,
Harta ensalá de tomate con cebolla,
Ají verde y mucho pan.

A la sombra de unos boldos,
Todos con sus platos de greda están,
Esperando la ansiada merienda
Que las mujeres repartiendo van.

Las tortillas a rescoldo
Calientitas aún están,
Para refrescar la garganta... dijo uno,
"El vinito tinto es ideal".

Todos estábamos muy contentos
La trilla tuvo un buen final,
Quedó la parva en su punto
Para el día siguiente aventar.

Se va acercando la noche
Y las olletas en el fuego están,
Pa' cocinar las albóndigas

Picantitas han de quedar.
Después de entretener los dientes
Veo, que todo el mundo se alborota
Y quieren pronto bailar,
Aunque sea con ojotas.

“¡Que empiece a correr el tinto!” gritó mi tío,
La fiesta va a comenzar,
Se preparan las cantoras
Y las parejas a bailar.

Comienzan los zapateos
bajo los espinos floridos,
a lo lejos un guaina entona
lanza un brindis divertido.

Así va pasando la noche
Entre comida trago y baile,
Y no falta el huasito ladino
Que se arrime a su comadre.

Total, dijo uno... “la noche está oscura
Y los boldos son frondosos
Que le hará dos tortolitos
Que se pongan bien fogosos”.

Estaba culminando la trilla
De mi tío Juan Gabriel
Cantando, bailando y riendo
Junto al lamento del pequén.

La fiesta terminó temprano,
Todos rehuyeron a la trasnochá;
La mayoría tenía siembras de trigo
Y querían pronto su cosecha empezar.

Dormimos pocas horas esa noche,
Tuvimos que madrugar
Para irnos temprano a la era,
Y el trigo poder cuidar.

Nos fuimos caminos a la era
Y llegando a dicho lugar,
Cientos de pájaros habían
En los boldos, espinos y el peral.

Tordos, diucas, loicas y torcazas
Con gran algarabía inquietos están,
Y entonaban grandes melodías
En un dulce despertar.

Qué lindo comenzaba el día
En mi fértil tierra natal,

Hermosos recuerdos para un niño
Que jamás se olvidarán.
Después de ese gran gorgojo
Los pájaros al aguaito están,
Esperando el momento oportuno
Para volar al trigo y llenar.

“Alegran la vida estas visitas” dijo mi tío,
y a uno sólo trigo se le puede dar,
pero cuando son más de cuatrocientos,
varios decálitro de granos se comerán.

Por eso, le pido a mi tío
se quede un rato en la era a cuidar,
yo iré de un galope donde mi compadre
A pedirle ayuda para aventar.

Algunos días se demoraron en el proceso,
Con buenos vientos pudieron ventear,
El trigo en los sacos ya estaba
Y a la bodega habría que llevar.

Contento se sentía mi tío,
La cosecha anduvo muy bien,
Ahora había que arrancar los garbanzos
Los porotos y el maíz también.

Los hermosos días iban pasando,
y una tarde al canal me fui a bañar,
Disfrutando estaba de esas aguas cristalinas
cuando mi tío me comenzó a llamar.

Me explicó con gran tristeza
Que mi maletita tenía que preparar,
Porque pronto llegaría mi madre
Para llevarme a Santiago a estudiar.

Amargura, pena y desaliento;
Todo eso junto me invadió,
Cuando mi tío triste y nervioso,
La carta me la la leyó.

Entendí muy bien su tristeza
Porque él me quería como a un hijo que soñó
Y que la suerte le fue esquiva
Nunca...jamás se lo dió.

Viajaría a un nuevo mundo
No sabía qué podría pasar,
Todo para mí sería desconocido
En esa gran capital.

Ocho años pronto cumpliría,
Triste junto a mi madre subí al tren,

Dejando atrás lo que más quería
Mi amada tierra de Perquilauquén.
Dejaba también a mis queridos tíos,
Que junto a ellos fui muy feliz,
Y a esa hermosa gente de mi tierra
Que, a ser generoso, de ellos yo aprendí.

Me iría con la esperanza,
Que siendo más grande volvería a disfrutar,
De esas tradicionales trillas a “yeguas”
Que desde niño me hicieron emocionar.

Hoy, debo decir con mucha tristeza
Y con un dolor muy grande en mi corazón,
Que esa linda tierra que disfruté cuando niño
Ha perdido su pureza y su noble y gran tradición.

Primer Lugar
Región de Aysén y el General Carlos Ibáñez del Campo



Oro o plata



Fresia Martínez (95)
Chile Chico

– Está fría la tarde– exclama Don Rosario Pinilla; quien comienza refiriendo que es un campesino oriundo de las frías y apartadas tierras del sector Río Leones, nacido en el “Fundo el Cañal”. Luego de un largo suspiro y con una sonrisa en el rostro, relata:

– Yo siempre me trasladé en bote para venir a la escuela, acá en Guadal, y dolían los brazos de tanto remo pa’ poder llegar. Mi abuela, la que me crió, venía con nosotros y nos acompañaba. En esos años la escuela era chiquita, una sola sala no más.

– Don Saidán Chible, el profesor, nos sentaba en una fila de hombres y otra de mujeres, porque eran tiempos distintos, el que se ponía medio porfiao le llegaba no más un buen varillazo por las canillas –ríe–. Recuerdo que, en los recreos, se jugaba mucho a la payana y a la pelota, pero mi paso por la escuela fue corto. Como tres años no ma’ estuve, no quería estudiar, nunca me gustó, yo lo que quería era criar animales como ovejas y vacunos.

– Yo como a los doce o quince años, ya sabía cómo era la vida en el campo, ¡claro que era bien distinto sí!, nevaba mucho y vivíamos harta gente por esos lados... la vida no era na’ tan solitaria. Pasaron los años y me establecí ahí, en el León, pero para las compras y otras cosas seguía viniendo a Guadal; la mercadería llegaba en barcos y ahí uno podía comprar... y bueno, ya crecido conocí a la Fresia pue’.



Esta vez, la señora Fresia, con voz temblorosa y cansada relata:

– En Ibáñez nací yo, allá crecí, me crié y murieron mis padres. También allá me convertí en madre, ¡de corazón sí! mi primera hija me la regalaron allá, después me vine para el León a armar una vida, acá nos juntamos y vivíamos con los ancianos, los abuelos del Rosario, y los hermanos.

– En 1970, si mal no recuerdo, nos llegó el primer hijo ¡regalao otra vez!... yo me acuerdo bien de ese día porque había ido a pasear al otro lao' y había una guagua nacía, ¡recién no ma'! y me preguntaron: "¿quiere recibir un chico usted?, yo se lo regalo"... "Claro" le dije yo y lo recibí, pero no tenía nada que ponerle, ¡qué sabía yo que me llegaría una guagua, pero igual no ma'!. Salí con él y me lo llevé a la casa, cuando llegué me dijeron: "¿qué es, oro o plata?" –ríe– "¡oro pues!", contesté yo, "pa' que iba a recibir plata si ya tenía".

– Lo empecé a criar, lo alimentaba con leche de las vacas, me levantaba y ordeñaba para dejarle su leche pal día y la noche, junto a un bracerito en donde la calentaba. Ni lloraba mi guagua, yo lo miraba y parece que él sabía que la cosa era difícil.

– Así pasaron los años y me llegó mi otra hija, la Roxana, esa venía de un añito ya, fue más fácil, aunque venía un poco enferma mijita; cuando le daba fiebre yo le daba agüita con limón y lechecita fría. Me miraba y me hacía seña con sus ojitos... ¡mi alma volvía al cuerpo! Recibí esos niños porque sus madres no los podían na' criar y yo tenía mucho amor para dar.

– Le agradezco siempre a Dios y a la vida, siempre hasta el día de hoy pienso en los niños que sufren ¡Yo me animo aún a criar! – con lágrimas cayendo por sus mejillas exclama – Me da lástima cuando andan los niños por ahí, tengo amor aún pa' entregar, nací pa' entregar ese amor, yo nunca pude tener hijos y Dios me premió,

nada de mi sangre, pero hijos de corazón me dio.

– Yo pienso que vivir hoy en día es una bendición, vivo feliz, veo mis hijos grandes y bien. Hoy tengo nietos, valoro y agradezco la vida que me tocó. Hoy con noventa y cinco años de vida me siento bien, no me duele nada, Dios me da vida, mis padres me dan vida y eso es bueno, siempre estoy bien, contenta y feliz.

– Yo a la juventud y a los niños les deseo que crezcan bien y que las madres cuiden y amen a sus hijos, que no los hagan sufrir. Y a los hijos de corazón, que valoren el amor, que estudien y que salgan adelante, que la gente entregue amor a quien lo necesite. Antes la gente era más pobre, igual se podía, y ahora, ¿cómo no se va a poder? – Ríe.

Don Rosario con emoción agrega –Yo estuve enfermo, tuve cáncer, leucemia y me sané, porque Dios me dio otra oportunidad. Hoy llevo once años de esta nueva vida, estoy sano y soy feliz, porque mucha gente no se sana. Tuve la oportunidad de volver a vivir y hoy descanso y disfruto la vida no ma', con la Fresia-

– Antes ya trabajamos mucho, fuimos felices criando lo que la vida nos dió y comiendo lo que la tierra nos daba, hoy estamos bien... hoy lo que les contamos ya casi no pasa, la gente es buena, pero ha cambio'.

En un último suspiro de emoción, la señora Fresia menciona – Esta historia yo la cuento con felicidad, mi vida cuando se termine será con felicidad, son noventa y cinco años, ¡noventa y cinco! Aún retumba en mis oídos ese verso de pregunta: “¡qué tienes Fresia, oro o plata! – Ríe.

Primer Lugar
Región Metropolitana



Manuel



Lucía Marín Navarro (87)
Las Condes

De los 1900, por supuesto, y mi estatura era igual a la altura de las piernas de mi madre, el tierno refugio de los niños.

Nuestra familia vivía en la avenida principal,
Alameda de las Delicias se llamaba por ese tiempo, en el número
357 casa G (fono 30946 – ¡Con 5 números!),

“¡Frente a la Universidad Católica!”

como agregaba mi madre;

pienso que esa situación la mencionaba para aumentar la plusvalía social del lugar,

que mis padres arrendaban a un señor bajito y gordo, que fumaba unos malolientes cigarros puros.

Este personaje venía una vez al mes a cobrarle el arriendo, dinero que ella reunía con gran dificultad,

para luego entregárselo, no sin antes reclamarle por el abusivo aumento del alquiler.

“¡Esta alza es obra del “frente popu!”

—decía el hombre—

—expeliendo por boca y nariz el azuloso y fétido humo de su cigarro—

como disculpa por subir los arriendos,
y refiriéndose al “Frente Popular”, coalición política que apoyaba



al presidente Pedro Aguirre Cerda, quien gobernaba en ese momento al país.

Eran tiempos difíciles:

en Europa se había iniciado la Segunda Guerra Mundial, que trajo a la humanidad tanta destrucción e ignominia.

En Chile la pobreza era patética; y, debido a la inseguridad en el transporte, que se realizaba exclusivamente por barcos,

—los que solían ser hundidos por el “enemigo”—

había escasez de algunos alimentos básicos, tales como azúcar y arroz,

entre otros insumos importantes, como la bencina y el cemento, que no se producían en el país,

por lo que las construcciones demoraban años en ser terminadas.

Nuestra residencia estaba ubicada en un pasaje conformado por siete enormes casas, con tres pisos cada una,

más una terraza que servía de techumbre y también de campo de juegos para nosotros, los niños.

Entrando al pasaje, una enorme puerta de fierro nos daba cierta seguridad, ya que la cerraban por las noches,

y en las variadas ocasiones de marchas populares y/o revueltas.

Luego venía una casona aún más grande, donde vivía mucha gente y algunos jóvenes universitarios.

Era una “pensión”, decían las domésticas del barrio.

Al fondo, colindante con la nuestra, había una casita que a los niños nos parecía “de muñecas”.

Allí vivía una señora muy viejita, que nos regalaba caramelos, acompañada por una hija que lloraba mucho.

“¡Es una solterona!”

según decían las “sirvientas” del barrio, refiriéndose a su situación social.

Esta casita marcaba el terminal del pasadizo que conformaban
las viviendas,

las que además poseían un “bandejón” de tierra al frente,
donde los residentes solían mantener algún maltratado rosal o
tristes matorrales de ignota procedencia.

El tramo que nos correspondía estaba embaldosado y era el
estacionamiento de las bicicletas de mis hermanos.

Este conjunto habitacional, que hoy llamaríamos “condominio”, se
encontraba vecino al Cerro Santa Lucía.

En ese tiempo,

el faldeo que da a la Alameda era un tierral, con una solitaria
palmera que por milagro sobrevivía,

tal vez como testimonio de su histórico pasado;
además de unas abandonadas y derruidas casuchas de adobes,
que servían de morada a grandes ratones, los que por las noches
vagaban por la calle Victoria Subercaseaux,
espantando a los nocturnos vecinos que concurrían a comprar
verduras al local establecido en esa calle.

Mi hermano Gustavo iba al “Instituto de Humanidades Luis
Campino”.

Él podía estudiar en ese colegio, que estaba al frente de la casa,
no porque nuestros padres pudieran pagarlo,

sino por una beca que tenía, por parte de mi padre, quien era
sobrino de doña María Luisa Santander Achurra,

dueña de una cuantiosa fortuna, la que, muy generosamente,
donó al Arzobispado,

con la condición de que los curas le aseguraran la entrada al
cielo,

y que educaran, en forma gratuita, al hijo mayor de sus numerosos sobrinos.

Mi padre era empleado público, del Ministerio de Hacienda.

Mi madre trabajaba en la casa, confeccionando el vestuario de una incipiente clientela.

Mi hermano Horacio y yo, correteábamos todo el día detrás de la mamá.

Así pasaba la vida de nuestra familia.

Una mañana lluviosa de invierno tocaron el timbre de la casa, causando un cierto alboroto,

aunque eso era una diaria costumbre;

siempre alguien tocaba ese timbre, sobre todo al medio día, cuando las familias preparaban sus almuerzos,

ya que el aroma de las comidas trascendía el ambiente, atrayendo a muchas personas que llegaban pidiendo

“una cosita para comer”.

Ese especial día que ahora recuerdo, nuestra querida Filomena, la “sirvienta”,

nombre que se daba a las actuales “nanas”,

ante el insistente repiqueteo de aquel timbre, acudió presurosa a abrir la mampara,

profiriendo de inmediato un tremendo grito:

—¡Señora Blanca, aquí hay unos niños que usted tiene que ver!

Mi madre dejó sus costuras, bajó corriendo las escaleras y detrás, por supuesto, íbamos los más chicos de la familia:

mi hermano Horacio y yo.

Llegando a la puerta nos encontramos con tres niños bastante

pequeños, mojados, peludos, sucios y mal olientes.

—¿Qué pasa con ustedes? —gritó mi madre— ¿Qué hacen en la calle con este frío y la tremenda lluvia?

—Tenemos hambre, señora —respondieron al unísono.

Mi madre se abalanzó sobre el más pequeño y lo tomó entre sus brazos.

—Hazlos entrar —le dijo a la Filo— Llévalos a la cocina y pon agua a calentar, para lavarlos.

Corriendo tras el tumulto, partimos, mi hermano y yo, sin entender nada.

Ya en la cocina, mi madre los hizo sentar en las pequeñas sillas que nosotros ocupábamos a diario y le ordenó a Filomena:

—Trae ropas que les sirvan a estas criaturas. Y apúrate, que están empapados.

Acto seguido puso a calentar leche y, colocando tazas en la mesita, sirvió a los niños el humeante alimento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mi mamá al que parecía ser el mayor y que tenía los ojos bizcos.

—Yo soy Alberto —respondió— y este se llama Manuel, señalando al retraído de hirsuto pelo negro.

—El otro es Matías, pero es muy chico y rezongón.

—¿Desde cuándo que no comen? —preguntó mi madre.

—Ayer una señora nos dio un poco de pan que estaba bien duro, pero remojándolo con agüita se ablandó.

—¿Dónde viven? —continuó inquiriendo mi madre.

—Por allá, a la orilla del Mapocho, pasando la estación donde llegan los trenes. Hay hartas casuchas de cartón

—dijo Alberto, señalando con su inmundo dedo hacia cualquier parte.

Cuando Filomena bajó con las ropas, esperaron que los muchachitos terminaran su leche
y los fueron desvistiendo con cuidado,
despojándolos de sus sucios harapos con el amoroso cuidado
que ponen las mujeres querendonas.

De a poco los fueron lavando, limpiando sus cabellos y
dejándolos bien peinados.

Finalmente, les pusieron ropas limpias.

Horacio y yo no entendíamos lo que estaba ocurriendo.
Asombrados, veíamos cómo nuestras ropas pasaban a los niños,
junto con la mesa y las sillitas.

Esas cosas eran nuestro mundo, el que, estupefactos, veíamos
usurado por aquellos “niños de la calle”.

Más tarde todos almorzamos. Ellos y nosotros, muy confundidos.

Al atardecer, cuando pasó la lluvia, los chicos partieron;
limpiecitos, bien vestidos, abrigados y hasta de buen olor.

—¡Vengan mañana! —les dijo mi madre, abrazándolos y
besándolos en sus nuevas caritas lavadas,
y se quedó parada en la puerta, despidiéndolos con cariñosos
besitos tirados al aire.

Cuando se retiraron, Horacio y yo le preguntamos por qué les
había dado nuestras prendas de vestir.

—¡Si aún estaban bastante buenas! —dejamos consignado.
—Ellos son sus hermanitos pobres —respondió ella, acariciando
nuestras pequeñas cabezas.

—Sus padres no tienen dinero para darles comida, ni ropas para
vestirse, por eso ustedes
deben compartir con ellos lo que tienen.

Nosotros no somos ricos, pero sí tenemos comida, ropa y un lugar donde vivir—.

Con Horacio nos tomamos de la mano y fuimos a sentarnos en nuestras camas, tratando de asimilar lo que había pasado.

Al día siguiente, puntuales a la hora del almuerzo, llegaron Alberto y Manuel.

—Matías no quiso venir —dijeron— no le gustó que lo hubieran lavado tanto.

Almorzamos juntos, todos sentados en las sillitas y, cuando se fueron, llevaron sobras de comida para el resto de sus hermanos.

Y fueron pasando los días y los meses, más o menos de la misma forma.

Cada día llegaban a nuestra mesa aquellos “hermanitos pobres”, que continuaban llevándose muchas de nuestras prendas de vestir.

Pero un día, los niños desaparecieron.

Pasó bastante tiempo antes de que regresaran, nuevamente peludos y hediondos.

De la anterior ropa no quedaba nada.

Lo que llevaban puesto eran unos sucios andrajos.

Las prendas que antes les había entregado mi madre se la habían dado a sus numerosos hermanos, dijeron.

—¿Qué les pasó? —preguntó ingenuamente mi mamá.

—No, nada. Bueno, señora, es que nosotros no estamos acostumbrados a tantos cuidados.

Nos sentimos como ahogados, ¿sabe usted?

Vagar y correr por las calles para nosotros es la vida.
Venir pa'cá, todos los días, es como que nos faltara el aire.
No por un plato de comida vamos a perder nuestra libertad.

Esa fue la respuesta del despierto Alberto.

Mi madre, sorprendida, los miró un rato, pero no dijo nada y volvió a darles comida y ropa para ellos y sus hermanos.

Transcurrió el tiempo.

Y los años.

De Alberto poco sabíamos, pero Manuel, el del hirsuto pelo negro, regresaba continuamente.

Cuando llegaba, mi madre lo bañaba, lo despiojaba, lo afeitaba, ya que era bien peludo y le ponía ropas limpias.

En un cuarto del tercer piso le hicimos una cama: colchón, sábanas y frazadas de verdad.

Para nosotros, los niños, era como jugar a las muñecas.

Realmente no sé qué hacía Manuel durante el día, pero pienso que ayudaba con la limpieza, tal vez con las compras y participaba en nuestros juegos y entretenciones, por supuesto.

Además, comía, y se vestía con las ropas de mis hermanos.

Y así seguía corriendo el tiempo.

Todos crecíamos, nos hacíamos adolescentes.

Manuel desaparecía y de pronto regresaba.

A mi padre no le gustaba esta historia de Manuel.

Cada vez que podía, lo echaba, pero al tiempo, Manuel volvía.

Recuerdo que una noche lluviosa, estando yo enferma, en cama, en mi dormitorio del segundo piso,

de pronto apareció Manuel en la ventana, colgando del alféizar,
todo mojado y con su cara peluda pegada a los vidrios.

Se había encaramado por el techo de la casita vecina y me juraba
que se dejaría caer y que se mataría,
si yo no lo dejaba entrar.

No tengo memoria de cómo se resolvió el episodio, pero
sospecho que, de alguna forma,
fue mi padre quien le puso el punto final, pues Manuel volvió a
desaparecer.

Implacables, los años pasaron, con Manuel, nuestro “hermano
pobre” o “hermano podre”,
como se llamaba a sí mismo, entrando y saliendo de la casa y de
nuestras vidas.

En un momento, por motivos económicos y otros que jamás nos
explicaron,

parte de la familia se trasladó, con camas y petacas, a vivir en
nuestra parcela en las cercanías de Paine,
a la “tierra” que fuera el sueño de mi padre.

A la sazón, yo era una jovencita que vestía pantalones de montar
y botas.

Vivíamos todos en un edén inventado, donde nadie estaba donde
debía estar y donde ninguno vivía donde debía vivir. Hasta esta
fecha, todavía no sé qué es lo que pasó, por aquel tiempo, con
nuestra familia,

pero, por lo menos, los niños éramos muy felices, sin
preocupaciones,

y con nuestras mentes primigenias lo pasábamos
estupendamente bien.

En la parcela cada uno de los hermanos teníamos un pedacito de tierra donde cultivábamos zanahorias, rabanitos, frutillas, espárragos, sabrosas verduras y cuidábamos los frutales que plantábamos con mi padre.

Teníamos nuestros propios caballos:

el “Choco”, era de Horacio,

negro y brioso, pero unos cuatreros le habían cortado la cola,

y “Monarca” era el mío:

un magnífico alazán de pelaje rojizo y larga melena de crines amarillos, que corría como el viento

y al que yo no le llegaba ni al estribo.

Comíamos melones a destajo;

con los que no estaban muy dulces, mi madre hacía unas ricas mermeladas o se los daban a los chanchos.

Y, como no teníamos sandías, por las noches, con nuestros primos y los hijos del cuidador,

las íbamos a robar al predio del vecino.

Nos arrastrábamos como topos para atravesar los cercados y lograr aquel trofeo, el que nos sabía más rico y sabroso

que las frutas compradas.

¡Lindo juego para jovencitos tan despreocupados!

Un año, al igual que todos los parceleros de la zona, mi padre también sembró cebollas,

pensando que serían todo un éxito, porque en la temporada anterior habían estado muy escasas.

Pero el resultado fue una sobre producción, o sea más oferta que demanda

y nadie compraba esas hermosas y fragantes cebollas.

Entonces y antes que se pudrieran, mi padre decidió enviarlas
de regalo a los colegios donde nosotros estábamos internos,
recibiendo, Horacio y yo, los agradecidos y apretujados abrazos
de los beneficiados curas y monjas,
creciendo en ellos un gran aprecio por los hijos de tan generoso
apoderado.

También, en un cercado potrero, una vaca regalona, nos proveía
de la leche y se criaban gallinas, patos y chanchos.

Y era curioso porque, cuando éstos se faenaban y en la cocina
colgaban los perniles, costillares y otros,
por las noches entraban los perros y se comían las más sabrosas
y apreciadas presas,
según decían las empleadas.

En oportunidades sembraban maíz junto a frejoles y en la maraña
de la plantación anidaban bulliciosas perdices,
a las que solíamos ir a robarles los huevos,
en nuestras aventureras e inolvidables excursiones por esa selva
de matas de choclos y porotos verdes.

Entrado ya el verano, cuando se hacía la cosecha del maíz,
familiares, amigos y peones,
nos reuníamos por las noches y, encaramados sobre las rumas de
hojarasca,
encendíamos chisporroteantes fogatas y entonábamos canciones
picantes,
fumando unos malolientes pitos, hechos con las hojas y el pelo
de las mazorcas.

Mis hermanos mayores invitaban a sus amigos y todos

cantábamos, felices, al son de sus guitarras,
en los almuerzos dominicales,
con humeantes cazuelas de ave y verduras de la huerta.
Largas mesas presididas por mis padres, los cuales, desde hacía
tiempo vivían, uno por acá y el otro por allá.

Y un día aparece Manuel.

Como perro de presa, él supo descubrir dónde estábamos, aun
cuando ni yo estaba muy segura de donde debía estar.

Como dije, las cosas eran bien confusas por esos días, en lo que
se refiere a la unión familiar.

Desgreñado, sucio, peludo y hediondo, Manuel surgió entre las
matas de zarzamora, junto a la línea del tren.

Mi madre, que por casualidad estaba en casa, reinició los
arrumacos con su “hijo padre”.

Y todo volvió a empezar.

—Manuel, toma estos pantalones de Gustavo y esta camisa de
Armando.

—Manuel, ve a buscar los caballos.

—Manuel, ve a alimenta a los chanchos.

—Manuel, ayuda con los riegos.

—Manuel, que las gallinas. Y que los huevos. Y que anda a buscar
agua.

—Manuel, ¡vamos al pueblo a comprar azúcar!

—Manuel, ¡te echo una carrera!

Y era el compinche inseparable de Horacio.

Un día, cuando ambos estaban compitiendo, corriendo a “pelo”
en sus caballos, había que saltar una zanja.

—¡No te achiques! — le gritó Manuel, jineteando a su yegua, la
“Negra”.

Horacio incita a su caballo para que salte,
el “Choco” se chanta y mi hermano sale disparado por la cabeza
del animal.

La “compositora” de la zona, aquella señora que se dedicaba a
arreglar los huesos,
le estiró la pierna y el chiquillo volvió a caminar, pero igual tenían
que llevarlo a un hospital.

Y,

por la tarde

¡Horror!

llegaba el papá.

Y Manuel desapareció.

Horacio estuvo el resto de las vacaciones enyesado.

De Manuel, nunca más se supo.

En el mes de abril todo volvió a una extraña normalidad y, como
era costumbre, regresamos atrasados al colegio:

Horacio, con la pierna enyesada, volvió a su internado en “El
Patrocinio de San José”;

yo también regresé a mi colegio, “Compañía de María”, en Av.
Providencia 125.

La mamá vivía en casa de una hermana.

Mis hermanos mayores en una pensión en calle Seminario.

Y el papá, solo en la parcela.

Es posible que tantas adversidades y la soledad, alejado de la
esposa, de sus hijos, minaran su salud.

Y, aunque aparentaba una gran fortaleza, no pudo sobrellevar su
tristeza.

La nostalgia por su familia hacía que me visitara casi a diario en
el internado de las monjas,

para abrazarme con gran ternura y derramar junto a mí su
desolado llanto.

Así y todo, nuestras pequeñas vidas continuaban alegres y
despreocupadas, ignorantes del drama familiar.

En cuanto a mi madre,
considerando el éxito y la reputación que había adquirido como
modista y, teniendo ya una numerosa clientela,
se instaló con una tienda o “boutique” como se les llamó
después,
en un local comercial del “Edificio de la Renta Urbana”, (ubicado
en calle Ahumada esquina Huérfanos),
para vender los vestidos que ella confeccionaba y las chucherías
que importaba desde Buenos Aires,
hasta donde viajaba periódicamente, llevándome con ella en más
de alguna oportunidad.

La tienda estaba en el subterráneo, frente al Café Santos,
donde iban a tomar onces los más connotados comentaristas
deportivos de la época,
como el novato Julio Martínez,
y también muchos jovencitos jugadores de fútbol, como Sergio
Livingston, arquero de la “católica”
y el moreno Ibáñez, portero de la “Chile”.

Por aquellos “buenos mozos” motivos yo visitaba a diario la tienda y frecuentaba los barrios aledaños a la Plaza de Armas.

Conocía de memoria los grandes establecimientos comerciales:

“Los Gobelinos”, la “Ville de Nice” y aquella “Peñalba”,
muy publicitada por Petronio Romo, locutor de “Radio Minería”.
“Falabella” era solo una pequeña tienda ubicada en un rincón de
calle Ahumada, frente al Banco de Chile,
en el edificio de la “Caja Minera”- posteriormente – ENAMI, donde
trabajaba mi tía Teresa Navarro.

En una ocasión entré a comprar cecinas en una fiambrería en
calle Monjitas,
y me encontré con que el dependiente era mi antiguo “hermano
pobre” Alberto (nunca supe sus apellidos),
el de los ojos bizcos,
quien me contó que se había casado y tenía un hijo
y que con Manuel habían dejado de verse hacía mucho tiempo.
Yo continué yendo a ese local, para saludarlo, hasta que un día
Alberto ya no estaba en el mesón.

Pregunté por él al dueño del emporio, quien me informó que
había muerto, pero no sabía la causa.

Apenada, recordé a ese muchacho de ojos bizcos, nuestro
compañero de tantos juegos infantiles.

Sacando cuentas, comprendí que Alberto era dos o tres años
mayor que yo,

por lo tanto, Manuel debe haber sido de mi misma edad,
y que, igual que yo, su estatura era el alto de las piernas de mi
madre, cuando llegó a nuestra casa, sucio y hambriento,

el pequeño niño del hirsuto pelo negro.

Alberto y Manuel, dos niños de la calle a quienes mi madre
socorría, así como a muchos otros,
otorgándoles diariamente desayunos, almuerzos y alimentos,
sentados todos ellos en el bandejón, junto a las bicicletas.
Pero ella no solo les daba comida, también les brindaba afecto y
algunas caricias,
algo que nunca más nadie les otorgó, en toda su empobrecida
vida.

Ellos fueron los “hermanitos pobres” que formaron parte de
nuestras vidas,
dejando en nosotros sus huellas y marcándonos la personalidad.

Un día 24 de diciembre, víspera de navidad, siendo ya casi de
noche, mi madre se encontraba sola,
trabajando en su local del pasaje, para entregar un vestido a una
cliente de última hora.
Solo la acompañaba su pequeña radio de baquelita verde, que le
hacía compañía,
tocando los obligados villancicos navideños.
De pronto sintió un ruido en la puerta de la tienda.
Se sobresaltó.
Apagó el radio y se quedó expectante, tratando de identificarlo.
“¿Fue un golpe o solo mi imaginación?”
se preguntó, inquieta.
Una extraña desazón se anidó en su corazón.

Se sintió sola, vulnerable, consciente que nadie iría a socorrerla si algo le pasaba.

Muy temerosa, a pesar de saber que todo estaba cerrado y con llave,

se armó de valor, salió de su taller y se asomó a la tienda.

No había nadie.

Todo solitario y, como de costumbre, las luces de los pasillos permanecían encendidas,

proyectando las tenues sombras de siempre.

Al cabo de un rato, sintiéndose más tranquila al constatar que no había ningún ser viviente en las cercanías,

decidió volver al taller para continuar con su trabajo.

Al pasar junto a la puerta, en el suelo, pudo ver que había un trozo de papel, sucio y arrugado.

Lo recogió con recelo, estirándolo cuidadosamente.

Con asombro pudo leer lo que tan garrapateadamente estaba escrito:

“felis nabida le decea su ijo padre”

Aunque Manuel nunca más volvió a aparecer, mi madre conservó esa nota entre sus recuerdos más preciados, hasta el día en que falleció, el 24 de enero de 1997, próxima a cumplir 100 años.

Esta semblanza es una evocación de aquel niño cuyo rostro
desapareció de mi mente

pero que,
con su existencia, enriqueció nuestras vidas.

Es también un homenaje a todas las mujeres que,
como mi madre,
enseñan a sus hijos lo que es la compasión y el amor al prójimo.



Ganador Internacional
Reminicuentos



María Eloísa Squirru (68)
Argentina

Encaminados mis dos hijos en sus estudios universitarios, decido comprar una casita en las montañas cerca de Milán, lejos de la detestada niebla y sus malos recuerdos. Comienzo a pasar allí los fines de semana con mi compañero de ese momento, un escritor italiano de talento, egocéntrico y ávido de atención como todos los escritores de talento.

La casa es un sueño. Ya al verla desde lejos, solita y blanca en la cima del cerro, mi felicidad se mezcla con lo que me costará dejarla el domingo a la noche. Me ronda con frecuencia la idea de mudarme definitivamente, no obstante, el grito en el cielo de toda la gente que me quiere. "Pero a tu edad...!" "Pero una mujer sola...!" "Pero en ese lugar en el medio de la nada...!" Hijos, parientes y amigos, todos en contra. Como suele pasar, más resistencia encuentro, más ganas voy acumulando. La decisión radical va tomando cuerpo. Está tomada. Me mudo.

Mi amigo escritor me visita todos los fines de semana. Con la generosidad que lo caracteriza, va trayendo lámparas, herramientas, muebles para el jardín, manteles, frazadas. Pinta el garage, saca los yuyos, poda las ramas. Pero es en la cocina que despliega su mayor fantasía, llenándola de sartenes, tarros, ollas y ollitas con sus respectivas tapas, budineras, cafeteras para tres tazas y para seis. Y no te vayas a creer que lo hace porque pretende encerrarme en la cocina. Experto cocinero y de paladar exigente, mi amigo se pasa el fin de semana preparando manjares, acompañándolos con



el mejor vino de la zona, famosa por sus viñedos.

Uno pensaría que después de semejante actividad gastrointestinal cualquiera quedaría planchado. Equivocado: hay sexo antes y después del almuerzo, de la cena y del desayuno. Y sexo de primera, a pesar de nuestros añitos.

Intelectual brillante, gourmet, amante experto. Y te adora, te mimas, te llena de regalos. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre? Sólo una cosa: que se vaya. Quiero que se lleve sus ollas y sus cafeteras y su priapismo y sus asfixiantes exigencias de niño egocéntrico. Quiero apoderarme de mis espacios, de mi tiempo, de mi cuerpo, de mi casa. Quiero silencio.

Efectivamente, cuando mi compañero se vuelve a la ciudad los domingos a la noche, siento alivio. Mala como pocas mujeres que conozco, lo saludo desde el balcón con una sonrisa encantadora, deseando que no vuelva más. Pasará un par de años hasta poder decírselo. Y al cabo de ocho, he constatado que no me lo ha perdonado.

Sin compañero, me siento Hernán Cortés quemando las naves. He buscado y obtenido una independencia absoluta. Pero como dice André Gide, lo difícil no es liberarse sino ser libre. Ahora hay que adaptarse a la añorada tranquilidad, a contar conmigo misma, a la intemperie, a las horas que parecen multiplicarse. Y a la soledad, pues los pocos vecinos que tengo no parecen propensos a la comunicación. Les cuesta saludar. En el mejor de los casos emiten unos sonidos guturales dignos de los personajes de La Isla del Dr. Moreau. Se diría que aquí la evolución de la especie ha sido en dirección inversa.

Mi primer impacto con los humanoides del lugar se produce un día de primavera poco después de mi mudanza. Con la puerta de entrada del chalet abierta de par en par, lavaba los platos canturreando un tango cuando me veo entrar cuatro perrazos, entre los cuales un gran ovejero alemán que se me acerca y me huele de arriba a abajo. Sigo cantando sin pestañear y me dirijo con calma hacia la puerta de entrada con los cuatro perros, que me siguen dócilmente. Me pongo un sacón, sombrero y anteojos negros y salgo con ellos. Me encamino hacia la casa de un muchacho pelirrojo que vive a una cuadra. Me imagino que es él el dueño de los perros pues desde mi balcón, el punto más alto de la aldea de pocas casas, lo he visto días atrás jugando con ellos.

Voy barranca abajo con mis amigos por la estrecha calle de montaña, orgullosa de la confianza que parecen tenerme. Pasamos frente a un portón de hierro; los dos Rottweiler encerrados detrás enloquecen. Los perros a mi lado responden lanzándose con furia contra el portón, ladrando y mostrando los dientes. Los dos bichos del otro lado saltan como bolas de goma. El bochinche es exaltante. Se añaden al concierto los otros dos mastines del portón siguiente. Las dueñas de ambas casas abren sus respectivas ventanas y se ponen a gritar. Me lleva algunos segundos darme cuenta que los gritos no son intentos de calmar a sus perros sino insultos dirigidos hacia mi persona. Por encima de los alaridos de los animales me llega una lluvia de perlas.

“¡Puttana di merda!”

“¡Vai altrove a fare la troia!”“¡Cagna, torna al tuo paese!”¹

Me alejo aterrada de las fauces femeninas que siguen vomitando hiel hacia una nueva vecina que ni conocen. La agresión gratuita.

1 “¡Puta de mierda!”“¡Vete a otro lado a hacerte la puta!”“¡Perra, vuélvete a tu país!”

Otro misterio de la vida.

Mis cuatro acompañantes interrumpen el jueguito y me corren detrás chochos con el combate virtual, mientras perros y perras detrás nuestro siguen reclamando territorialidad a golpes de decibel. Mis oídos llegan a distinguir los últimos improperios aun a una cuadra de distancia.

He llegado a lo del dueño de los cuatro del Apocalipsis. Toco el timbre y me abre la puerta el muchacho: dos metros de altura, ojos verdes, facciones hermosas, cabello rojo cortado a cepillo, pantalones miméticos y borseguíes negros. En fin, un espectáculo. La sorpresa recién empieza: el muchacho es una muchacha. Con un fuerte acento extranjero, la gigantesca belleza me agradece la devolución de sus perros y me invita a tomar un café. Acepto con placer. Le relato lo sucedido viniendo hacia su casa. Sacude su cabeza de G.I. Jane y se ríe.

“La vieron con los perros y pensaron que usted era yo...” me dice. “Eso no justifica los insultos.”

“No se preocupe - estoy acostumbrada” responde, inescrutable.

Charlamos un rato. Me dice que es búlgara y que vive aquí sola con sus perros. No hago demasiadas preguntas, pues no quiero ser indiscreta. Nos despedimos cordialmente. Vuelvo a casa con la idea de que hay un ser humano en la aldea. Algo es algo.

Días más tarde paso frente a su casa. Está completamente cerrada: postigones, candado, el recinto de los perros vacío. Pasan varias semanas y la casa permanece cerrada. No es época de vacaciones. Pregunto en el bar del pueblo si saben algo de la bella ragazza. Me dice el dueño que ha sido desalojada por la policía. Mi asombro provoca risitas súbdolas entre los presentes, todos hombres, como

suele ser en los bares italianos de provincia.

“Pero cómo,” sigue el dueño hablando bajito, “¿usted no sabía que era prostituta? Ejercía su profesión ahí mismo, en esa casa donde vivía. Y con gran éxito, sabe. Iban todos los de la zona. Solteros, casados, curas... La denunciaron esas vecinas suyas...”

Los únicos seres vivientes con los cuales tengo contacto diario son los que vuelan. Comienzo a distinguir aspecto y canto de herrerillos, pinzones, petirrojos, mirlos, carpinteros, jilgueros y los pequeños rapaces ratoneros que planean sobre el monte donde vivo, con cuyo nombre - poiane, en italiano - he bautizado la casa.

Indispensable presencia, la de los pájaros, pero no siempre agradable, como cuando se te mete uno en casa por error y revolotea a pocos centímetros de tu cabeza tratando de encontrar la salida. O cuando otro se estrella contra una ventana y cae con el cráneo partido y un hilito de sangre que le chorrea del pico. Fuera de su contexto natural me provocan un cierto escozor.

Lo mismo su canto, tan alegre al alba y durante el día, tan lúgubre de noche, como el lamento lejano del búho que me está llegando ven este momento mientras trato de concentrarme en la lectura. Cinco notas quejumbrosas en sucesión, dos largas y tres cortas. Desde mi ventana veo la luna al máximo de su redondez que ilumina como un relámpago inmóvil la casa vacía de enfrente, desde donde parece provenir el canto. Pienso en su dueño, personaje clave en la odisea que me ha traído hasta aquí.

La primera vez que vine a estas sierras, pregunté a un viejo campesino que labraba su huerta si había alguna casa en venta. Apoyando una mano sobre el mango de su rastrillo, me señaló con la otra la casa más alta del pueblo hablando en un dialecto italiano de sabor medieval. Siguiendo sus indicaciones, me encaminé por

una calle escarpada hasta llegar a la casa en cuestión, debiéndome accontentar con su aspecto externo, pues no había nadie y el alto portón a reja estaba cerrado con candado. Acarreando mis cincuenta años sobre mis espaldas, me trepé al portón, puse una pierna y luego la otra del otro lado y caí al patio con un salto digno de Catwoman. La vista desde la balconada me dejó sin respiro. Era la casa para mí.

En eso estaba, fantaseando como la que fué al mercado con los huevos y se tropezó antes de llegar, cuando se me aparece del otro lado del portón un señor alto parecido a De Gaulle. Me pide explicaciones. Su estatura y el tono de Polifemo me devuelven el terror infantil que me provocaba mi padre al ser sorprendida en travesuras similares.

Me presento y nos damos la mano a través de las rejas, como dos presos. Ante mi alivio, mi relato provoca una sonrisa y una invitación a tomar un café con él y su esposa. Me trepo nuevamente y repito el salto prodigioso, regalo póstumo de mis años infantiles de danza clásica. Lo sigo a la imponente casa de enfrente, que recuerda la fortaleza de un condottiero renacentista, con torres, capilla privada, campanario, docenas de chimeneas, un mástil con la bandera italiana desplegada y gárgolas inquietantes. Una placa de mármol sobre la pared de piedra nos informa del noble pedigrí de los dueños:

Anno Domini MCMLXXVI Comites de Clericis
Fieri Fecerunt

Sobre la puerta de entrada luce el blasón de familia en hierro negro: una corona bajo las garras de un búho, entre protector y amenazante. Me recibe la signora Contessa, de ojitos azules y nariz aguileña. El conde me informa que la casa que me interesa está en venta desde hace tiempo pues el intermediario encargado de

venderla no la muestra a nadie. Ante mi mirada interrogativa, el conde me explica que es una táctica del hombre para cansar a los dueños y quedarse con la casa a un precio inferior al que piden. En fin, estamos en Italia.

Mi anfitrión me da los pocos datos que tiene sobre el paradero de los propietarios y me aconseja contactarlos directamente. Logro localizarlos esa misma noche con la ayuda de Internet y hago una oferta al día siguiente, con pocas esperanzas, pues la casa vale mucho más de lo que tengo. Se produce el milagro, pues al creer que la casa es invendible aceptan mi propuesta y logro comprarla. Llamo por teléfono al conde para informarle del éxito de la operación, realizable gracias a su preciosa información. Atiende su esposa y me dice que su marido ha muerto.

Cerrado el castillo desde entonces, se va a apoderando de él la hiedra, que hoy brilla plateada bajo la luz de la luna mientras trato de concentrarme en mi lectura. Las cinco notas del búho lamentoso parecen acercarse. Alzo la vista del libro. La queja se repite con insistencia en un desgarrador crescendo. Se diría que el pájaro está a pocos metros de mi ventana. "Ou. Ou. Ou ou ou...!" aulla la lechuza con la melancolía de un alma que no quiere desprenderse del mundo.

Voy nuevamente a la ventana y miro hacia la casa del conde. ¡Ahí está! Veo el búho perfectamente, su cabeza cuadrada, el cuerpo retacón y compacto, los ojos amarillos. Grita cada vez más fuerte. Me tapo los oídos y lo miro hechizada. Sus garras aprietan la cabeza de la gárgola haciéndole vomitar gotas oxidadas sobre la placa de los condes. Respiro hondo y abro la ventana. Bato las manos con energía para ahuyentarla. El rapaz sagrado a Pallas Atenea se alza en un vuelo lento de grandes alas.

Me vuelvo a sentar al lado del fuego charlatán con la enciclopedia ornitológica italiana. Leo en voz alta: "Civetta. Famiglia: strigidi. Genere: Athene. Nomenclatura di Linnaeus del 1758: Aegolius Funereus." La cierro y voy a la biblioteca. Saco un volumen de Poe y abro una página cualquiera. Sí, me parece la lectura adecuada: su poema "The raven".

Ha llegado finalmente la banda ancha a mi monasterio entre las nubes, lo cual significa el mundo a mi alcance las veinticuatro horas del día. Las posibilidades de trabajo se amplían y me pongo a enseñar idiomas a través de varios sitios web con el uso de Skype, que ofrece comunicación gratis con cualquier parte del planeta. Los resultados no son brillantes desde un punto de vista monetario, pues mientras en la zona tengo pocos competidores, en el universo de la web se multiplican al infinito y la competencia es abrumadora. De todos modos, sentarme en mi casa con un par de auriculares y dar clase a alumnos en Dublín, Santiago, Moscú, Venecia y Miami mientras miro mis cerros encantados, no tiene precio.

Mi innata tendencia conservadora desconfía de estos medios tecnológicos aplicados a la enseñanza, pero al cabo de un par de meses de actividad no me queda más remedio que cambiar de idea: enseñar de esta manera no es menos eficaz que la lección presencial. Lo importante sigue siendo la validez del profesor y la dedicación del alumno. Pequeñas delicias adicionales del sistema: elimino el video y puedo dar clase en pantuflas, sin maquillaje, despeinada. No tengo que sonreír cada dos minutos. La expresividad pasa exclusivamente por la voz y puedo hacer muecas de disgusto manteniendo un tono angelical.

Mi primera víctima es un profesor de matemáticas escocés que quiere aprender español. Tiene un resfrío feroz y no para de sonarse la nariz, lo cual me provoca un asco irracional como si sus gérmenes pudieran viajar desde Escocia hasta Italia a través de un cable. Es muy simpático, pero no tiene la más mínima aptitud para los idiomas. Hago lo que puedo, pero, por suerte, al cabo de unas diez lecciones decide no seguir.

Como decía el médico chino del viejo chiste, “que pase el plóximo - el último se lompizó.” El plóximo es un asistente social irlandés retirado de setenta y ocho añitos que resulta un encanto. Su español es excelente y darle lección es un placer más que un trabajo. Me dice un día que está entusiasmado con nuestras lecciones y que lamenta que quede tan poco tiempo. Al preguntarle por qué dice eso me responde con dulzura resignada que con la edad uno va tomando una dimensión más real del tiempo.

“¿En qué sentido lo dice? ¿Está usted mal de salud?”

“No, para nada. Es sólo que cuando era joven pensaba que la vida era eterna.”

“¿Lamenta que no lo sea?”

“Al contrario - me doy cuenta que es su misma finitud la que le da sentido. Pero a mi edad trato el tiempo con más respeto. Cuando era joven, lo derrochaba. Ahora, cada minuto me es precioso.”

Se amplía la lista de alumnos con una enfermera de Lisboa, un jugador de fútbol mexicano y un ex-agente del servicio secreto americano que ahora provee servicios de seguridad en países “a riesgo” como Colombia e Iraq. Y así se van sumando los seres incorpóreos de la red, unos interesantes y otros menos, unos serios y otros vagos, muchos que desaparecen en el misterioso

agujero negro de la web. Todos dejan una huella. Algunos hasta te sacuden, como mi última adquisición online, un escritor español que vive en Londres.

Enseña castellano en una prestigiosa universidad británica, pero quiere perfeccionar su inglés. Las conversaciones cubren una variedad de temas y casi siempre terminan con una nota personal, a pesar del enfoque profesional que trato de infundir a mis lecciones. En nuestra última conversación, me habla de la educación de sus hijos. Se toca el tema de la religión y lo noto incómodo.

“Mi padre es judío, mi madre católica. No tuve educación religiosa porque ninguno de los dos quiso imponer su punto de vista, pensando que al crecer sería yo quien decidiría qué hacer en materia religiosa. Hice lo mismo con mis hijos a pesar de mis dudas al respecto, porque mi esposa, atea como yo, insistió en darles una educación laica.”

“¿Cuáles dudas tiene usted al respecto, entonces?”

“No estoy tan seguro de que mis padres hayan acertado en criarme sin religión alguna. Lo hicieron seguramente pensando que era lo mejor, pero me privaron de un aspecto fundamental de la formación.”

“¿Cuál?”

“La fe. Creer en Dios. Creer en una presencia protectora, una fuerza invisible que está de tu parte. A la cual puedes acudir en momentos difíciles y comunicar agradecimiento y asombro en los momentos bellos. Creo que esto se aprende de chico, cuando la imaginación es fértil y elástica. Se aprende como el lenguaje, como el respeto, como el control de los esfínteres. Luego, de grande, es demasiado tarde...”

“¿Considera que sus padres cometieron un error, entonces?”

“Temo que sí. Siento un vacío muy grande. Envidio a quienes tienen una fe.” “¿Por qué?”

“Los que creen en algo son más felices. La vida parecería tener un sentido para ellos. La muerte también. Ser ateo acarrea una gran soledad. Una sensación de desamparo.”

“¿Usted se considera ateo?”

“Fui criado como tal, aunque con un fuerte sentido ético. Mis padres nos inculcaron la importancia de la justicia, la solidaridad, la bondad, el amor. Creí junto a mis hermanos con la idea de que hay que hacer el bien a los demás sin pretender premios o recompensas o vida eterna. La sensibilidad y la consideración eran nuestros comandamientos. El aspecto metafísico o espiritual del asunto cada uno de mis padres lo vivía a su manera. Era una cosa muy privada. No se hablaba de eso.”

“¿Y con sus hijos habla de eso?”

“Mis hijos a veces me hacen preguntas sobre Dios y no teniendo fe, no sé qué contestarles. Les digo que religiones hay muchas y les ilustro los puntos principales de cada una. Les explico que a pesar de que cada una de ellas se cree la verdadera, ninguna es mejor que otra y que lo importante es no caer en el fanatismo. Les digo que para mí es mejor un musulmán moderado que un católico fundamentalista. Hemos visitado iglesias, sinagogas, mosquitas y templos. Les hablo del bien y del mal, de la bondad como regla de vida, como me han enseñado a mí. No siendo religioso, más que esto no puedo darles.”

“¿Y no le parece suficiente?”

“No, no lo es. Hay un aspecto que va más allá de la historia de las religiones o el conocimiento de las principales. Va más allá de la justicia y de la tolerancia que predicán mis padres y nosotros a nuestros hijos. Tiene que ver con el sentimiento y la imaginación y la intuición de lo que uno no logra comprender.”

“¿Cómo qué?”

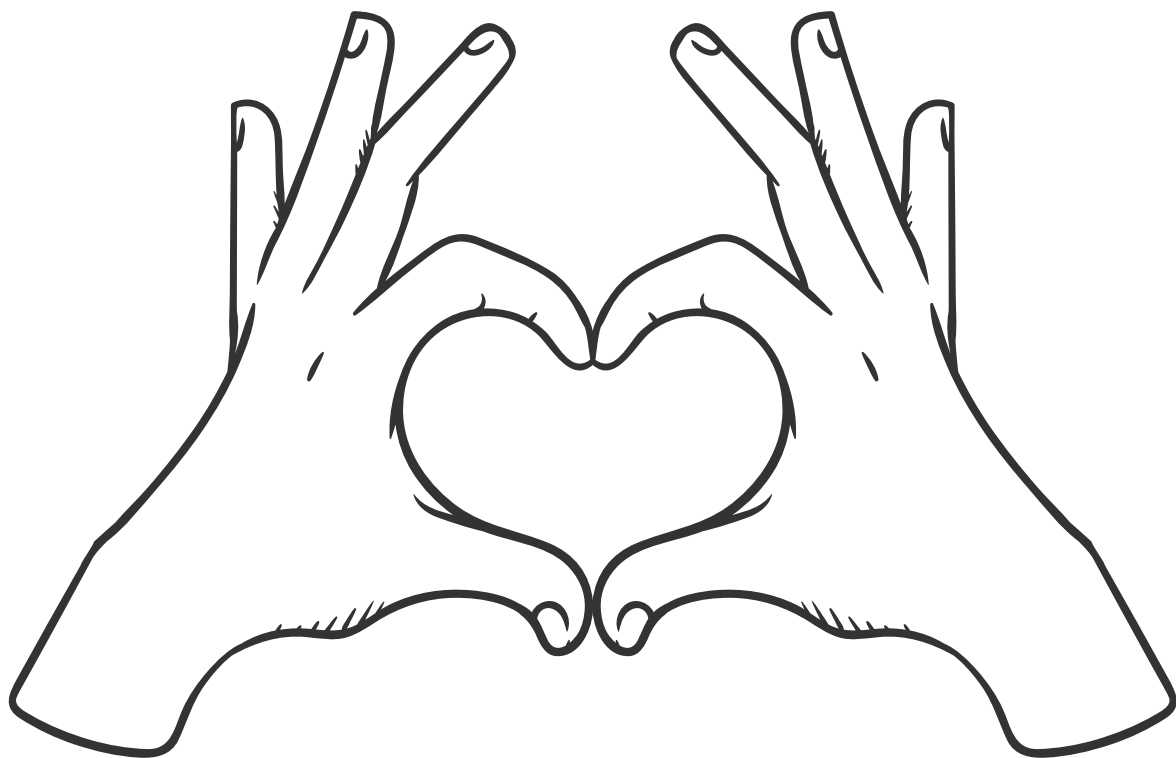
“Como la muerte. Como la belleza. Como lo que uno no puede expresar con palabras. Tiene que ver con dimensiones que trascienden lo físico y lo cotidiano y lo mortal y lo visible...”

“Disculpe si le digo esto... pero creo que usted es la persona menos atea que he conocido!”

Como el encuentro con el escritor, virtual pero intenso, se fueron plasmando otros, muchos de los cuales se concretaron con encuentros reales que desembocaron en amistades que duran hasta el día de hoy. Lo cierto es que más que enseñar yo a mis alumnos, soy yo la que he aprendido.

Y así fui dando esos primeros pasos de mi nueva existencia en la cima del cerro, que se transformaron sin que me diera cuenta en diez años de experiencias inolvidables. Y me fui acostumbrando a quien poco conocía hasta entonces: mí misma.

En estos momentos de confinamiento forzado pienso en el aislamiento voluntario de aquellos años y me parece increíble el bagaje que me ha quedado. Hoy que vivo en una gran ciudad y no puedo estar con mis seres queridos porque está prohibido, cuando añoro el apretujón de manos, el abrazo, la calidez de la mirada de mi interlocutor sin barreras electrónicas, la sonrisa de una cara descubierta, recuerdo esos años en compañía de zorros, jabalíes y aves. Y me siento más fuerte.



Mención Inclusiva
Región Metropolitana



Toda una vida, en lengua de señas



Carmen Salvador Forcano Sancho (100)
Lo Prado

¡Hoy, 18 de abril del 2020 cumplí 100 años de vida!

Soy Carmen Forcano Sancho, en plenitud y agradecida de Dios, de mi familia y de los desafíos que se fueron presentando en mi camino, los que pudiendo haberme derrotado más de una vez, se convirtieron en alicientes para intentar superarlos, haciéndome más confiada en mis capacidades y un poquito más fuerte cada día.

Al revisar mi historia familiar y la mía propia, me emociona y alegra el recordar y constatar todo lo que he experimentado en ella, con momentos buenos y otros no tan buenos, pero siempre sorteando las dificultades y los obstáculos que se me presentaban por mi condición de ser una persona que tiene una diversidad lingüística y cultural distinta a la mayoría. Ahora te cuento el por qué:

Nací en Buenos Aires el 18 de abril de 1920, de papá y mamá españoles que deciden nuevamente emigrar y radicarse en Chile buscando mejores horizontes para comenzar una nueva vida. Fui la segunda de 8 hermanos, lo que me hizo única, especial y distinta a los demás es que nací con una sordera profunda en ambos oídos. Mis padres se dieron cuenta de ello tardíamente, cuando yo ya tenía 4 añitos, perdiéndome todo ese tiempo tan valioso de estimulación y aprendizaje, debo haber estado todo el tiempo en un mundo aparte, muy ajena de todo lo que sucedía, de lo que

se decía en mi casa y a mi alrededor. Bueno, era otra época en la que todo era muy distinto y más difícil de lo que conocemos hoy en materia de accesibilidad e inclusión, no existía internet ni se difundía en la sociedad chilena que las personas sordas somos plenamente capaces, que podemos hacer todo lo que queramos y nos propongamos ser, sin importar que nuestro idioma sea la lengua de señas. Ya debes estar imaginando al leer estas líneas como era mi vida y lo que sucedía en mí.

Mi papá veía que el tiempo pasaba, que yo crecía sin apoyos y con muchas dificultades para darme a entender e integrarme al juego y al aprendizaje como sucedía con mis hermanos... que estaba muy solita a pesar de que era muy vivaz y despierta gracias a mis otros sentidos y a mi gran curiosidad. Que necesitaba aprender a hablar para comunicarme, desarrollarme y socializar, yendo como toda niña normal a la escuela, que no podía ni debía quedarme toda la vida en casa como un animalito silencioso y mudo. Por ello, él empieza una búsqueda frenética por encontrarme una que me aceptara, comenzó preguntando en las comisarías cercanas de casa sin obtener respuesta, fue al Ejército de Salvación y nada. ¡Uf! Así paso 1 año de mucha desilusión y desesperanza, hasta que recién en 1927 fui matriculada en una escuelita, ¡qué gran alegría se sentía el ser aceptada! Para mi familia fue una fiesta, pero duré poquitos días porque como todos mis compañeritos eran oyentes, a mí no me hacían participe de nada, créeme que era "NADA" al no saber la profesora como enseñarme ya que ella no había sido preparada en sus estudios para ello, papá vio que yo estaba sentada en la sala, pero completamente aislada del resto, sin entender ni aprender nada, sintió rabia, enojo y frustración al constatar esto y al imaginar que no había un lugar donde pudiesen ayudarme. Así, tristes y desolados mis padres dejaron de llevarme.

Al poquito tiempo, papá le cuenta a un curita de una iglesia cercana a casa, lo que sucedía conmigo y su preocupación de lo que sería

de mí en el futuro. Para su sorpresa y mi buena suerte, él se ofreció a enseñarme a hablar todos los días media hora en la mañana, volvíamos a ilusionarnos y a sonreír con la buena noticia de que aprendería a hablar, pero fue solo una brisa cálida la que rozó nuestros corazones, ya que me ayudó sólo un mes.

A esas alturas, era cuesta arriba el que yo accediera a la educación, y pese a que durante meses parecía no haber más posibilidades para mí, mis papitos no aflojaron no dándose por vencidos. Y, mi estrella nuevamente encendía una luz de esperanza, ya que encuentran un colegio de monjitas en calle Chiloé en la comuna de Santiago, que me aceptó. Ustedes no me creerán que esa alegría al igual que la experiencia pasada, también duró poco y que se desvaneció prontamente, cuando papá constata que me habían sentado aparte del resto a copiar unas letras en el cuaderno sin que yo entendiese nada, ya enfrentaba a tan corta edad barreras limitantes por ser la única alumna Sorda del curso. Nunca más regresé allí porque me retiraron inmediatamente.

Gracias a Dios y al tesón de mis padres, ellos a pesar de todo lo desolador que habían vivido, no desistieron en su afán de hallar ese lugar que yo necesitaba y que merecía, pensaban constantemente que debía existir en alguna parte de Santiago una escuela para "sordomudos", porque ahí yo podría aprender de verdad, sin que sólo me sentaran a calentar el asiento copiando textos sin ninguna comprensión ni significado para mí.

Estaba yo sin escolita y sin aprender lo formal que te entrega la educación, que a diferencia de otros tantos niños que quizás en aquellos años también pasaban por lo mismo, porque que la enseñanza no era obligatoria como ahora lo es, yo estaba en casa en el más absoluto silencio sin poder comunicarme ni entender de manera oportuna e íntegramente a mí entorno, solo a través de unos pocos gestos. Un panorama que podría haber sido bien triste,

pero, al contrario, se convirtió en un tiempo que yo aproveché para andar a la siga de mamá, queriendo ver e imitar todo lo que ella hacía en la cocina, cuando ella tejía la miraba atentamente como movía los palillos, sentía tantas ganas de hacerlo yo, que en una ocasión no me aguanté más y sin que ella me viera, sigilosamente, le robe un novillito de lana, fue toda una odisea. Les confieso, que estaba asustada de que me retara, así que me fui rapidito al baño y cerré con pestillo la puerta, para con mis deditos, imitando los palillos empecé a hacer el movimiento que yo le había visto hacer a ella y me salieron mis primeros puntos. Mamá que no me encontraba, partió a las casas vecinas a preguntar si es que habían visto a su "Nena" (mi apodo), sin tener resultados.

Volvió a casa, me buscó por todas partes hasta que se acercó al baño, la puerta estaba cerrada debía estar ahí, como yo no escuchaba su llamado, golpeo fuerte y varias veces la puerta, menos mal que yo estaba pegadita a ella y sentí la fuerte vibración que se producía, la abrí y pillándome mamá infraganti con las manos en la lana, no me quedó otra que esconder mis manitos imaginándome lo peor, pero ella me sonrió, me dijo con sus manos grandes que no me pegaría. Desde esa fecha me enseñó todo lo que ella sabía, empezando mi vida de tejedora devota, apasionada y enamorada de la magia que es crear y elaborar un tejido, siempre con amor y entrega.

Yo siempre estaba con los ojos bien abiertos y ávida de aprender, eso sí, ella me daba muchas responsabilidades para mi corta edad, era altamente exigente para conmigo y nunca me trato de manera lastimera para que yo me apocara y me sintiera incapaz o disminuida por no poder oír. Hasta que papá un día leyendo el diario ve una publicación sobre la "Escuela para Ciegos y Sordomudos", al fin ese momento tan anhelado y soñado comenzaba a hacerse realidad, ese lugar para mi existía en calle Santa Victoria 380 casi esquina Lira.

En 1928, entre al internado al fin a 1ero básico, de lunes a viernes. El primer día de clases lo recuerdo como si fuese hoy, mamá no podía acompañarnos porque estaba con mucho trabajo en la Sociedad de Socorros Mutuos Circulo Español, papá me llevaba de la mano y al entrar al colegio aquel domingo me asusté al ver en el hall tantos niños hombres, yo no quería estar ahí y me puse a llorar, el me calmó e hizo que siguiéramos avanzando junto al profesor que nos recibió. Caminamos un largo pasillo en ele, hasta llegar al ala del edificio donde estaban internas las niñas, era yo la única y a medida que los minutos trascurrieron fueron llegando las demás, esa tarde noche fuimos 6. Pasaron los días y resultamos ser un total de 20 niñas para distintos cursos, algunas venían del colegio internado de monjitas Buen Pastor, ubicado en calle Rivera con Vivaceta, comuna actual de Independencia.

Te imaginas mi alegría de niña al ver por primera vez otros niños y niñas, que al igual que yo entendían y se relacionaban con el entorno de manera viso-gestual, el cómo fue para mí ver que sus manitos y la de los profesores se movían en el aire dibujando palabras con significado para comunicarse en lengua de señas y que además, me modulaban con sus labios de manera lenta y clara, al fin poquito a poco aprendería articulación, fonética y a entender lo que se me decía, me integre rápidamente con mucha facilidad y felicidad, porque este lugar era un espacio en mi propio idioma y el de mi comunidad "sorda", el que me permitía contactarme con mis pares, el que me abría las puertas al conocimiento y me entregaría las herramientas necesarias para participar en sociedad durante toda mi extensa y maravillosa vida.

El ir a la escuela ha sido un antes y un después en mi vida, todavía me acuerdo a mis 100 años del director don Julio Rivera y de cada uno de mis profesores: la señorita María Matus, Humberto Moyano, Hilario Moyano, y mi querido maestro alemán desde 4to básico: don Juan Dass.

Todos ellos, de gran nivel profesional y humano, quienes ejercían su profesión con mucha vocación y nos entregaban día a día sus conocimientos con tanto esmero y cariño. Sin jamás etiquetarnos, disminuirnos ni hacer diferencia alguna por el hecho de ser sordos. Tuve mucha suerte porque cada uno de ellos me enseñó a hablar, a producir con mi voz sonidos que nunca he escuchado, también nos hablaban en lengua de señas lo que era muy significativo y maravilloso, me enseñaron a escribir y a leer, aprendí a tejer, tuve clases de gimnasia cuyas rutinas en ellas aprendidas, practico hasta el día de hoy diariamente. Teníamos muchísimas actividades; todos los miércoles desde las 8 de la mañana partíamos caminando al cerro San Cristóbal volviendo a las 12 al colegio, también nos llevaban a visitar el zoológico. Me enseñaron modales, a ser educada, bien vestida y comportada, a relacionarme con los demás de buena manera. La tranquilidad y serenidad al momento de enfrentar los problemas, que es una característica de mi ser, se la debo al profesor Moyano.

Una anécdota que es extraña hoy en día, es que en 4to y 5to básico éramos 10 alumnos, 9 hombres y yo, la única mujer.

Créeme que fui inmensamente feliz y les estaré por siempre agradecida de todo lo que me entregaron y enseñaron, fui tremendamente afortunada de tenerles ya que muchas personas sordas en Chile no accedieron como yo a la educación y con pesar te digo que nunca pudieron desarrollar sus capacidades y talentos ni aportar a sus entornos.

Ellos mis maestros, son parte de los sólidos cimientos que perduran hasta el día de hoy en mí, también muchos de mis compañeros, se convirtieron en grandes amigos de aquellos “para toda la vida”.

En el año 1936, visitó la escuela una persona sorda muy importante quien marco mi vida, mi identidad, mi pertenencia y amor a la

comunidad sorda, don Roberto Kelly, habrá el tenido unos 63 años, quien al darse cuenta que yo era la alumna de mayor edad: 16 años, se contacta con mi papá y le recomienda que al no haber más cursos en los que yo pudiese seguir estudiando, mejor me sacara de la escuela para no eternizarme en ella.

Mi papá lo hace, anhelando que yo siguiera aprendiendo y desarrollando más habilidades del habla, pero no existía en Chile otro establecimiento para mí como alumna hablante de lengua de señas donde cursar desde séptimo básico en adelante.

Entonces, ¿qué haría yo a partir de ahora?

Con todo lo que te he contado, seguro te estás imaginando que como habían sido mis padres, ambos no se permitirían cruzarse de brazos ni echarse a llorar dejándome como florero en un rincón. Pues bien, así tal cual fue, tenían que sacarme adelante, como no había para seguir progresando una oferta educativa que me aceptara por mi condición de sorda, me compraron revistas de moda con moldes incluidos para que aprendiese a coser, pero ello no era suficiente, querían que yo aprendiese un oficio, empezó nuevamente la búsqueda y los portazos ya conocidos, al ser sorda en ninguna parte me recibían, fue todo muy difícil, terminaron comprándome un telar, y en el lugar donde lo vendieron, lograron que me enseñaran a usarlo y a tejer en él, en esa empresa tuve clases 1 año obtuve mi diploma gracias a esta única opción, aprendí a hacer chales, alfombras, manteles, abrigos, géneros. Ellos mismos me recomendaron a otra empresa de telares, donde me contrataron a pesar de la reticencia de la esposa del dueño que no quería que me quedase por ser sordomuda y sería muy difícil comunicarse conmigo. Finalmente quedé, ¡era mi primer trabajo!

Estuve dos años, luego me independicé y mi mamá vendía mis productos en empresas, en el Hogar Español y a sus amistades.

En mi vida, también ha sido muy determinante la Asociación de Sordomudos de Chile "ASOMUCH", la cual conocí gracias a don Roberto Kelly uno de sus fundadores, quien cumpliendo un rol de embajador y promotor de la comunidad "sordomuda", llegó a la Escuela de Ciegos y Sordomudos donde yo estaba, para vernos, hablarnos, pedir y apuntar nuestros nombres y domicilios.

Con esta información, él nos visitaba en casa y conversaba con nuestros padres y familia, les pedía que nos dieran permiso para ir a la suya, a tomar té junto a otras personas sordas, con el objetivo de que conociéramos adultos sordos, conversáramos y compartiéramos con estos, viendo en ellos modelos lingüísticos e identitarios, lo que resultaría siendo muy influenciador porque además muchos de ellos, trabajaban en oficinas públicas: Roberto en una oficina del Ministerio de Hacienda, Horacio Varela en la Contraloría General de la República, Hernán Infante en contabilidad de Ferrocarriles del Estado, Carlos Canobio en la Casa de Moneda, la mayoría trabajaba en imprenta: 5 de ellos en la famosa Zigzag.

Si los padres nos autorizaban a visitarle, mientras tomábamos té, ellos nos motivaban a desarrollar nuestra valía, autoestima y a sentir orgullo de ser "sordomudo/a", mediante entretenidas conversaciones él y amigos invitados, nos contaban lo que se hablaba en la institución y como esta avanzaba, nos enseñaban cultura, nos hablaban de lo que sucedía en Chile y en el mundo, narraban historia sobre Bernardo O'Higgins y Arturo Prat, etc.

El único, PERO, radicaba en que Roberto y otros socios fundadores, eran machistas por ende a las mujeres solo se nos permitía asistir a esta instancia y a las fiestas, pero no integrar la asociación.

Como te das cuenta, tuve la dicha y la bendición de conocer personas muy inteligentes, completamente autónomas e independientes, muy de avanzada para la época y eso me marcó. Algunos modulaban expresándose de esta manera muy bien, también hablaban y escribían muy bien el español, otros no tanto, pero en su reemplazo usaban el propio idioma nativo “la lengua de señas” para comunicarse fluidamente y darse a entender. Todos con muy buena base formativa gracias a ese grupo de profesores de elite que ya te conté que había.

Al hacer memoria de aquellos años, nunca alguno de ellos me contó sobre discriminación, que su vida fuera triste, sufrida o traumática, muy por el contrario, siempre vi en ellos felicidad y desarrollo, tanto era así, que te aporito otra anécdota:

La mayoría estaban casados con mujeres oyentes. ¿Te preguntarás por qué?

Porque la mayoría de las mujeres sordas, por el desconocimiento, la falta de información, de oportunidad, y principalmente por el miedo de sus familias, eran escondidas en sus casas, además no había escuelas que las recibiesen o estas no eran difundidas por ende conocidas, peor era la situación en regiones o en pueblos rurales.

La institución se creó a el 24 de octubre de 1926. Y he tenido la dicha, de que siendo muy jovencita conocí a sus fundadores y sé la historia de primera fuente, es más, soy parte viva de ella.

Como dije antes, la participación como socio o miembro directivo de la institución estaba reservada exclusivamente a los hombres, así fue por muchos años, ya que la mentalidad imperante en aquella época era que las mujeres debíamos quedarnos en la casa cumpliendo labores domésticas. La primera vez que fuí, ocurrió

en 1935 junto a 4 amigas sordas: Olga y María Ramírez, Francisca Guasp y Clara Figueroa, todas de clase humilde, en comparación a la de quienes eran anfitriones, se nos invitó a su casa a tomar el te de 16 a 19 horas, de ahí en adelante nosotras las mujeres íbamos de visita ocasionalmente y para las fiestas. Con el correr del tiempo, me hice muy amiga de don Roberto Kelly, de su mujer Ceferina Vásquez, visitándoles constantemente todos los sábados en su hogar y compartiendo junto a sus 3 hijos, ambos fueron otra gran escuela para mí con sus historias de esfuerzo personal, conquistas y modelos del orgullo que significa y se siente el ser una persona Sorda.

En 1945 bajo la presidencia de Luis Moreno, se nos permite a nosotras las mujeres participar activamente en la institución, apenas supe, con alegría y mucha emoción me hago socia junto a otras mujeres y amigas, con ello nos volvimos una parte visible y muy activa, proponentes y promotoras del asociativismo, continuamos la posta de ser embajadoras de nuestro colectivo.

En 1962, estando de presidente Gilberto Plaza, promuevo la idea de que la institución tenga un casino para poder juntar dinero y así, comprar algún día la tan anhelada sede. Se aprobó y conformamos junto a Carmen Aldunate, Hernán Álvarez, Antonio Font, Carmen Gross y otros, un maravilloso equipo. Los socio/as donaron vajillas, cubiertos y alimentos para poder empezar a atender en la sede prestada que ocupábamos en calle Inés Aguilera en la plaza Diego de Almagro, yo estaba a cargo de la cocina.

También tuve el honor de ser presidenta de la Rama Deportiva Femenina durante 1 año.

Me case a los 25 años, luego de 4 meses de pololeo con Gustavo Enrique Vergara, quien había estudiado en el mismo colegio mío, pero en otro curso. Él, como yo, fue un amante de la institución

desde siempre y hasta el final de sus días a los 85 años de edad, con un poco más de 59 años de matrimonio. Ambos, nos hicimos socios de ella, siendo muy jóvenes, ocupando distintos roles:

fue su presidente desde 1962 a 1964, luego vicepresidente, director y tesorero por aproximadamente 50 años.

En el intertanto, tuvimos 3 hijos maravillosos. La felicidad fue mayor, al saber gracias a un amigo sordomudo, quien se percató a los 4 meses de nacida, que nuestra hija Juana, era sordomuda profunda como nosotros, lo que fue un regalo de Dios.

En casa junto a nosotros, ella tempranamente se desarrolló cognitiva y socialmente, porque nos comunicábamos todo el tiempo en nuestra lengua materna. Con mucho esfuerzo y fruto de su trabajo como tipógrafo en la Imprenta Universo, mi esposo pagó sus estudios en el internado particular para niños sordos "Colegio de la Purísima", donde a ella y a sus compañeritos se les educó solamente de manera oralista, sin usar la lengua de señas ya que esta había sido prohibida, prescrita, expulsada de las salas de clases como metodología de enseñanza. La manera de educarnos como lo vivimos ambos y nuestros amigos, había cambiado triste y dolorosamente, constituyendo ello una mutilación a nuestra esencia y una grave vulneración a nuestros derechos lingüísticos, culturales y de pertenencia a un grupo diverso, se impuso la asimilación pero salvo que ella, nuestra hija pudo ser bilingüe, ya que en la escuela aprendía el español, a pronunciarlo, hablarlo, leerlo y escribirlo. Y, con sus compañeritos y con sus amigos, a escondidas sin que los vieran porque si los pillaban las monjitas les castigaban, incluso pegándoles en las manos, hablaban en lengua de señas, Juanita les enseñaba nuevas palabras, porque la gran mayoría eran hijos de padres oyentes, nunca habían tenido un acercamiento a su lengua nativa o materna, ella les contaba

historias de adultos sordos, de la asociación, les explicaba noticias y las materias de estudio, etc.

Al igual que nosotros sus padres, ella desarrolló roles protagónicos, siendo una líder proactiva en nuestra comunidad en materia de asociativismo, participación y en la defensa, difusión y enseñanza de la lengua de señas.

¡Mi familia sanguínea, es mi amor y mi máximo orgullo!

Asimismo, lo es mi segunda familia: “La Comunidad de Personas Sordas”. Ella, ha sido y es mi orgullo, mi pasión.

Para entender lo tan estrecho e importante que ha sido y es mi vínculo con la institución, sólo puedo decirte que me mantuve activa en ella, físicamente asistiendo por 75 años y, sigo al pendiente, cada día de lo que sucede en ella, pero ahora ya no presencialmente por problemas de movilización y desplazamiento, lo hago hace un par de años, virtualmente usando internet y las redes sociales, ya que me lo permite mi tablet y mi celular.

Sí, me encanta la tecnología, ¡me confieso adicta a ella! porque me permite participar de mi comunidad Sorda y estar unida, además, a la Comunidad Sorda Internacional a través de Facebook y YouTube. Ahora, me siento que soy ciudadana conectada al mundo SORDO, y lo estaré en mi corazón y mi alma hasta el último respiro de vida.

Te estarás preguntando ¿por qué?

Simplemente, porque es el lugar donde he sido y soy inmensamente feliz y dichosa, el que me ha acogido así tal cual como soy, sin obstáculos ni exigencias de adaptarme a los demás, donde todo fluye en lengua de señas, somos todos somos uno en plena igualdad, tenemos una historia de vida y de lucha común, conformamos una

gran hermandad que ha luchado muchísimo a lo largo de la historia para que sean reconocidos cada uno de nuestros derechos.

Cada día, observo como mi idioma: la lengua de señas, se reconoce y se expande más y más, llegando a distintas áreas como son la educación, la justicia y la información. Lo que poco a poco, ha permitido que ya no nos miren extrañados en la micro como era antes, en que éramos apuntados con el dedo y éramos objeto de muecas ofensivas y murmullos que decían: “mira los muditos como mueven las manos”, “parecen monos” ...

Esas eran frases que presenciábamos constantemente y que nos hacían sentir vergüenza y desazón, mucha rabia y enojo, nos obligábamos a callarnos en lugares públicos, a no expresarnos ni a conversar en lengua de señas para evitar ser víctimas de burlas y risas. Gracias a Dios, para mi entorno y para mí, ello lentamente fue quedando en el pasado.

Actualmente, rezo constantemente pidiendo:

Que cuando les es detectada su sordera a un bebe, ojalá lo más tempranamente posible, aprendan su idioma la lengua de señas junto a cada uno de sus familiares.

Que estos encuentren rápidamente, sin necesidad de peregrinar; escuelas que los acojan y potencien al máximo.

Que las actuales y futuras generaciones de niños y jóvenes sordos, tengan modelos sordos como yo los tuve.

Que cada uno de ellos, así como mi hija, mi marido, y yo lo hemos tenido, cuenten con el respaldo y acompañamiento de sus pares en una comunidad sorda aún más fuerte y unida.

Que gocen y disfruten de cada derecho humano que les asiste por el simple hecho de ser persona, permitiendo que se sientan felices y orgullosos de ser sordos. Así, como yo lo he sido en estos 100 años y que brevemente, en este relato biográfico te he confesado dichosa:

¡Que he vivido toda una vida, en lengua de señas!

Concurso Literario Autobiográfico Confieso que he vivido

Sexta Edición



www.senama.cl



Senama Gobierno de Chile



Senamagob



senama.gob

